

11
BR

18

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

57 CIOT

AL DE BIBLIOTECA

Dr. J. G. ...
FUDIT
SAUTIE

70

Verdad
Del Amor

70

70

PQ2257

.G9

C788



1020026512



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



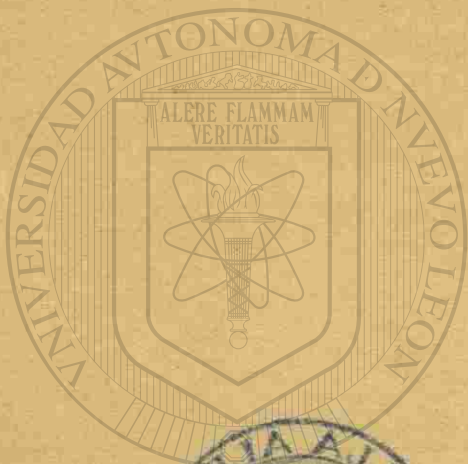


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor G 277c
Núm. Adg. 30242
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasific. cy
Catálogo _____

CRUELDADES DEL AMOR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30242



COLECCIÓN REGENTE

Crueldades del Amor

POR

MME. JUDIT GAUTIER

TRADUCCION

de

ROBERTO ROBERT

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

MAUCCI HERMANOS, EDITORES

PRIMERA DEL RELOJ, 1

1900

099017

30242

843
L.



PQ2257

.G9

2788

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ANDRÉS IVANOVITCH

I

En medio de una noche de invierno fría y sin luna, un trineo que arrastraban dos caballos lanzados á rienda suelta atravesaba con vertiginosa rapidez la llanura que se extiende desde Wologda hasta N...

Los patines resaban la nieve dura y frágil con un silbido continuo, y los cascos de los caballos la hacían crujir arrancándole fragmentos que se deshacían en tenue polvo á derecha é izquierda.

Ninguna luz delataba al trineo, que pasaba casi invisible en la obscura noche, confusamente iluminada, sin embargo, por el blanco reflejo del suelo.

Dos personas ocupaban el vehículo: una mujer cuidadosamente arropada en pieles, y un hombre que, envuelto en una buena *tulupa*, guiaba los caballos.

—¡Ah, Pavél! ¡Qué dichosa soy al verme libre!—dijo la mujer con voz entrecortada por la velocidad de la carrera.

El hombre sólo contestó con un afectuoso gruñido.

—¿Estás seguro de ir derecho? El espesor de la nieve ha borrado el camino, y no comprendo

cómo puedes guiar á tus caballos en esta obscuridad.

—Pierda usted cuidado, Celia Gregorowna, por donde voy puedo correr con los ojos cerrados. Además, he aquí uno de los postes que señalan el camino... ¡Ah! Ya está lejos—añadió Pavel al ver que su compañera volvía la cabeza,—pero no nos hemos apartado del buen camino.

Celia Gregorowna se echó á reír.

—¿Cómo va á sorprender á esos buenos aldeanos nuestra imprevista llegada! Sus exclamaciones serán inacabables. ¿Estás bien seguro de esa gente?

—Como de mí mismo—dijo Pavel—y si no, no conduciría á usted á su casa, porque la mujer de Ivan Ivanovitch era hermana de la querida compañera que perdí. He hecho algunos favores á Ivan, que no es ingrato, y se lanzaría al fuego por mí.

—¡Más de prisa! Estos caballos no andan—dijo Celia mirando hacia atrás como si temiera ser perseguida.

Pavel comunicó mayor velocidad al tronco, aunque no pareciese posible.

Pronto fué atravesada la inmensa llanura, y el trineo, sin disminuir la velocidad de su carrera, bordeó un bosque de pinos.

Los árboles se erguían al principio á un solo lado del camino, y más tarde al otro, pero separados y escasos, semejantes á grandes espectros que levantasen blancos sudarios.

Un perro ladró á lo lejos.

—Ya nos anuncian—dijo Pavel.

El bosque de pinos se apartaba un poco del borde del camino, y empezaban á aparecer algunas cabañas semi-envueltas en la nieve, que

apenas se distinguían en la penumbra y más bien parecían ser elevaciones del terreno.

Pavel dirigió bruscamente el tiro á la derecha y bordeó un momento una empalizada de cañas.

—Hemos llegado—dijo deteniendo á los caballos.

A no ser por los aullidos de los perros, que se oían por diversos lados, se hubiera dudado de la presencia de un ser viviente en aquel pueblo hundido en la nieve y tan completamente inmóvil y silencioso.

Se había parado el trineo ante una puerta cochera mucho más alta que la empalizada de madera que cortaba. Pavel saltó á la nieve y buscó la cadena correspondiente á una campana interior; tanteó algún tiempo á lo largo de la puerta y cogió, no sin trabajo, aquella cadena con mano entorpecida por un enorme guante forrado y articulado solamente en el pulgar.

Sacudida con fuerza la campana produjo un sonido grave y vibrante, pero nadie se movió en la casa.

—No llegaremos á despertarlos—dijo Celia.

Pavel llamó otra vez y acompañó el campanilleo con violentos puñetazos en la puerta. El primer resultado de aquel estrépito fué llevar al *máximum* la indignación de los perros y hacer cacarear á algunas aves, despiertas súbitamente; después apareció una luz en una ventana, haciéndola visible en la obscuridad, y, por fin, abrióse la reja y se oyó una voz de mujer, que dijo:

—¿Quién arma semejante escándalo á estas horas?

Una voz de hombre añadió enseguida:

—Ven acá, Andrés, y carga la carabina,

—¿Cómo, cómo?—gritó Pavel.—¿Se recibe así á un antiguo amigo? ¡Un tiro! No seas tan precipitado. Soy Pablo Petrovitch, tu compañero, tu cuñado. ¡Vaya un modo de recibirle a uno!

—¿Pablo Petrovitch? ¿Pablo Petrovitch? ¿Es posible? ¡En semejante noche, llegando la nieve a la altura de un hombre!

—¡Vamos! ¿Vas a estar maravillando hasta mañana dejándome helar á la puerta?

Abrióse otra ventana y una voz joven y fuerte, dijo:

—No salga usted, padre, que hace mucho frío; yo bajaré y abriré á Pablo.

Pronto se iluminó el patio, corrieron sombras y claridades bruscas sobre la fachada, y la puerta se abrió.

—Bien venido, Pablo Petrovitch—dijo el joven poniendo la linterna en el suelo para abrir la segunda hoja de la puerta.

—Buenas noches, Andrés, buenas noches, lleva á mis caballos á la cuadra.

Al mismo tiempo Pablo hizo entrar el tronco en el zaguán.

—¡Ah! no está usted solo—dijo Andrés viendo á Celia que no había bajado del trineo.

—¡Chito, hijo, chito! Cierra la puerta—respondió Pablo ayudando á su compañera á apearse.

Entraron en la casa; Ivan salió al encuentro de su amigo. Ambos se abrazaron y se besaron afectuosamente, y luego besó también Pavel á Catalina, la mujer de Ivan, en las mejillas.

—Entremos deprisa—dijo—que traigo á la condesita.

—¡La condesita, Dios mío, y sin avisarnos! ¿Cómo la recibiremos con los honores que la corresponden?—exclamó asombrada Catalina.

—No se asusten ustedes tanto, que no necesita más que algo de fuego para entrar en calor—dijo riendo Celia.

—Afortunadamente en este tiempo arde la estufa noche y día—exclamó Catalina—pero de todos modos debió Pablo habernos escrito.

Entraron en una habitación cuyo techo y paredes estaban revestidas de planchas de abeto caprichosamente labradas; el pavimento, bien jabonado y raspado, parecía haberse estrenado la víspera, por lo blanco que estaba; entre dos ventanas sin cortinas se veía un gran sofá de cuero verde; una mesa y algunos taburetes completaban el mueblaje; en la pared, un cuadro representando á la Virgen y al Niño Jesús, pintado según la escuela bizantina, tenía reflejos leonados. El vestido y velo de la Virgen eran de oro, recortados sólo en el lugar correspondiente á la cara y las manos, que enseñaba en carne morena. Ante la santa imagen colgaba del techo una hermosa lámparita apagada. Bien se veía que no se habitaba ordinariamente aquella pieza, y claras eran las señales de que solía dejarse aislada. Era un locutorio más bien que un salón. Catalina, que precedía á su huésped con una lámpara en la mano, no hizo más que atravesar aquella habitación y penetrar en otra sala más risueña, que era al mismo tiempo cocina y punto de reunión. La lámpara iluminó primero un aparador que ocupaba un rincón y relucía cargado de vajilla pintada, vasijas de cobre amarillo y algunos objetos de plata damasquinada; después dejó ver la ancha esfera de un reloj con caja de encina esculpida y algunas armas colgadas en la pared.

Celia se sentó en un banco empotrado en la

pared y que recorría como un diván dos lados de la sala sin interrupción, y se apoyó en la mesa grande que ante aquel banco se extendía.

—¡Ah, Pobre Pablo!—dijo mientras Ivan echaba leña al fuego y Catalina la miraba con cándida admiración—me parece que ha hecho una locura viniendo aquí.

—¿Desagrada á usted el sitio, señora?

—No; pero ¿podré vivir aquí sin estorbar en grande á esta buena gente?

—Vaya una ocurrencia—contestó Pablo—solamente temo que se vuelvan locos de contentos cuando sepan que les quiere usted honrar con su compañía.

Catalina, con la boca abierta, escuchaba sin comprender. Se había puesto apresuradamente una falda de lana colorada y una tulupa vieja de su marido, y algunos mechones de cabellos rojos salían de su gorrillo de lana almohadado y adornado. Tenía cara de aldeana honrada y buena.

—Expliquémonos al fin, Pablo—dijo Celia.

—Ven acá, Ivan, y escucha lo que voy á decirte—dijo Pablo Petrovitch.

Ivan se acercó, quedándose de pie.

—Ustedes no conocen á la condesita, aunque muchas veces les he hablado de ella. Ya saben que la crió mi pobre difunta, y hasta creo haberle ayudado yo, puesto que la hice tomar la primera papilla cuando la destetaron, y aun me parece verla todavía hacer muecas, que dejaban ver sus lindos dientecitos nuevos, y acabar por meter la mano en la cuchara. Figúrense ustedes si la quiero, no habiéndome separado nunca de ella. Desde que es una señorita hermosa y noble estoy sirviéndola muy á gusto. Pues bien, la pobre Celia, á quien hemos mi-

mado y consentido tanto, es desgraciada. Murió su madre al darla á luz, como ustedes saben, pero quedaba el conde que adoraba á su hija, hasta que por desgracia murió también y Celia fué confiada á un tutor, que no fué bueno ni malo mientras era sólo, pero que se hizo malísimo en cuanto se casó con una mujer envidiosa y áspera.

—¡Ah, no me hables de Prascovia!—interrumpió la condesita—es una mujer odiosa á quien no quisiera volver á ver. Imaginad, buena amiga, que tengo hoy diecinueve años y que hace tres que se casó Prascovia con Samáíof, desde cuyo día se me trata en mi propio castillo como al último de los mujiks. Prascovia cree que mi juventud estorba á su edad madura, y se venga de mí con todas las pequeñeces que puede usar una mujer mala. Puede suponerse cómo sentará eso á quien, como yo, está acostumbrada á disponer y hacer su voluntad, pero todo lo tomaba con paciencia por no saber cómo salir del paso. Ahora Prascovia me quiere casar con un viejo. ¿Comprendes, Catalina? Un hombre de edad tres veces como la mía, cuando á mí se me figura un viejo, un hombre de veinticinco años.

Catalina exhaló un suspiro lleno de conmiseración.

En aquel momento entró Andrés en la sala por una puerta que daba al patio. Los caballos estaban en la cuadra y el trineo colocado bajo un cobertizo.

—Sentaos todos—dijo Celia.—Estoy distraída y os dejo de pie.

Los aldeanos se sentaron en taburetes; el joven continuó de pie.

—No me habías hablado de este muchacho—

dijo Celia mirando á Andrés con curiosidad, y añadió para sí: ¡Qué lástima que su mujer tenga tan buen aspecto, cuando tantos señores parecen micos!

El joven, algo turbado, fué á encender lumbré para preparar el te.

—Quizá la señora no guste del te que bebemos nosotros—dijo Catalina.

—Soy, en efecto, muy exigente para estas bebidas—dijo Celia—pero tengo en mi maleta te de caravana. ¿Se llama Andrés tu hijo?—dijo á Ivan.

—Andrés Ivanovitch.

—Andrés—dijo al joven—mira detrás del trineo, donde hallarás una maleta y un cofre, y trae la maleta.

Andrés salió y volvió en seguida con la maleta, que colocó sobre la mesa. La condesita se quitó de un tirón el guante forrado y sacudió un poco sus dedos, blancos como la leche, de los cuales uno llevaba dos sortijas con un diamante y una ancha turquesa respectivamente. Cogió una llavecita y abrió la maleta.

Mientras registraba mil cosas que exhalaban delicioso perfume, Andrés la miraba con cierta sorpresa, como quien sueña. Como no habla oído el principio de la conversación, no sabía quién era ni qué hacía allí, pero á lo menos podía contemplar su rostro. Vió una piel de incomparable blancura, ojos negros sombreados por pestañas larguissimas, como las de los niños, cabellos semejantes á la plata sobredorada que ha palidecido con el uso, nariz fina, cuyas fosas parecían transparentes, y boca de forma indecisa, pero extremadamente graciosa, que elevaba por un lado la sonrisa haciendo hoyuelo en la mejilla. Las cejas, muy movibles, daban por

momentos expresión grave á aquella cabeza infantil. La mirada era segura, y bajo aquella belleza delicada y señorial se adivinaba energía tenaz.

—¿Quién será?—se preguntaba Andrés.

Ella alzó hacia él su lindo rostro y le tendió el paquete de te envuelto en papel plateado, después se quitó la pelliza negra, forrada de zorro azul, y la capucha que cubría su cabeza. Extendiéronse por su espalda los rizos de oro de sus cabellos. Una cadena de Venecia, de la cual pendía su reloj, se enredó en un corchete, y Celia lo arrancó con impaciente movimiento.

—Voy á ver—añadió—si termino mi historia. En resumen, os diré que me he escapado. Bien sé que nadie podía obligarme al matrimonio con aquel viejo feo, pero cada día tenía que escuchar sus requiebros y ver su antipática fisonomía colorada y vulgar; cada mañana tenía que echar al fuego sus ramos y sus cartas, y oír además las continuas reconvenções de mi tutor y las viperinas insinuaciones de Prascovia. Creí que me iba á volver loca, y entonces fui á buscar á mi buen Pablo, que á veces se lamentaba conmigo de aquella situación, y le confié mi decisión de dejar la casa. Quería yo irme á Francia, pero me hizo notar que no podía disponer de mi fortuna y sería allí desgraciada, y además que no era conveniente para una joven andar así por el mundo, y me ofreció traerme á casa de gente muy buena, que me querria como á una hija y me haría pasar por una parienta, guardando el secreto de mi verdadera condición. Ahora bien, ya estoy en esa casa. ¿Me queréis?

—¡Ah, Virgen Santa!—exclamó Catalina—¿que si la queremos? Eso es como preguntar al

corderillo recién nacido si quiere la leche de su madre.

Esta extraña comparación hizo sonreír á Celia.

—Señora — dijo Ivan — encontrará usted en nosotros devotos y fieles servidores que nunca olvidarán el honor que usted les hace eligiendo su casa como asilo.

—Pero para no llamar la atención es preciso que nuestra querida señorita adopte la vida y traje de aldeana — dijo Pablo. — Acostumbrada al lujo, será esto difícil para ella.

—¿Qué dice Pablo? — gritó la joven. — Con tal de alejarme de Prascovia sería yo capaz de vivir en las estepas de Siberia. Aquí seré muy feliz y me distraerá vivir algún tiempo á lo campesino. Me gusta mucho la vida libre y selvática.

—Nada le faltará á usted aquí — afirmó Ivan — y sus tocados, aunque menos bellos, no serán menos cómodos ni abrigados. El afecto de cuantos la rodean le hará olvidar, tal, vez el mal corazón de Prascovia.

—Gracias, hijos míos — dijo Celia. — También yo os quiero mucho.

Andrés había traído vasos, y se sirvió el té.

—Oye, Andrés — dijo Pablo — ¿tienes dos caballos buenos que no se entretengan en el camino?

—Tengo dos trotones que devoran una distancia como yo esta taza de té.

—¿Tienes un tronco?

—Tengo varios.

—Pues bien, toma el más ligero y engancha, vas á llevarme hasta la casa de postas de L.... Lejos está, pero las noches de invierno son largas. Al amanecer estarás de vuelta.

—¿Por qué no llevas nuestros caballos? — dijo Celia.

—¡Ah, señora! Porque he pensado en todo lo que usted ha olvidado. Quiero que crean en el castillo que se ha marchado usted sola, y es preciso que nuestro tiro no vuelva á parecer. En la casa de postas obligaré, con algunos rublos á los criados y palafreneros, á decir, si algo les preguntan, que una señora ha pasado de noche, ha pedido una taza de te, ha continuado su carrera por el camino que lleva á la estación del ferrocarril y debe de haber pasado la frontera prusiana.

Enseguida volveré al castillo sin ser visto, fingiré gran asombro mañana cuando sepa la desaparición, y como la creerán á usted fuera de Rusia, no vendrán aquí á buscarla.

Tienes ingenio, Pablo, y muchísima razón. ¡Que furiosos van á estar mis queridos perseguidores!

¿No teme usted, querida señorita — dijo Ivan — que aprovechen su ausencia para derrochar su fortuna?

—Pierde cuidado, Ivan, que allí estaré yo — dijo Pablo. — Soy el intendente de la casa y todo pasa por mis manos. Sólo me quedo allí para vigilar al enemigo, pues de otro modo no me separaría de mi dueña. No haría tal cosa Pablo Petrovitch si no vivir siempre al lado de aquella á quien hizo trincar en sus rodillas.

—No te entristezcas, Pablo — dijo la joven — dentro de año y medio llegaré á la mayor edad y todo cambiará en aquella casa.

—Entre tanto mucho me alegraré de que usted sea feliz, pero hay que darse prisa. El tiempo pasa y he de llegar antes de amanecer.

Andrés se puso su gorro forrado, se abrigó bien con la *tulupa*, y cojiendo la linterna salió afuera.

El tronco estuvo enganchado pronto.

—¡Adios, señora, adios! ¡Quién sabe cuando nos volveremos á ver! —dijo Pablo besando la falda de su ama; pero ésta le tendió su mano, que él llevó á los labios con respetuosa ternura.

—¿Vendrás á verme con frecuencia, verdad? —le preguntó.

—Cuando pueda hacerlo sin riesgo, vendré. Abrazó muchas veces á sus antiguos amigos y se fué con Andrés.

—Voy á llevarla á usted á la habitación donde duerme el señor cuando viene por aquí de caza—dijo Catalina—Es un hermoso cuarto que él ha hecho amueblar; pero póngase la pelizza hasta que se encienda bien el fuego, porque se resfriaría fácilmente.

Catalina guió hasta el primer piso á la joven condesa por una escalera de madera que cruja bajo los pies como si fuera á romperse.

Mucho gustó á Celia la habitación; era limpia y hasta coquetona: cortinas de Persia con grandes flores ocultaban las ventanas; una piel de oso cubría el pavimento de madera ante la cama, y un gran espejo se inclinaba sobre un tocador guarnecido de una tela semejante á la de las cortinas.

Pronto ardió la estufa. Catalina hizo la cama y la joven empezó á desnudarse.

—Ayúdame—dijo Celia á la aldeana.

Catalina trabajó lo mejor que supo, pero se embrolló con los corchetes y cordones, con gran hilaridad de la joven condesa, quien acabó por acostarse y se durmió enseguida.

Soñó que Prascovia había descubierto su retiro, pero había sido encerrada por Andrés en la cocina y estaba imposibilitada para hacer daño.

II

Al día siguiente Celia tardó en despertarse; Catalina había entrado varias veces en la habitación para atizar el fuego, pero la joven nada había oído. Hacia el mediodía abrió por fin los ojos, se sentó en la cama y miró á su alrededor.

Deslízose entre las cortinas un pálido rayo de sol. Celia vió que habían dejado su cofre sobre dos sillas, cerca de la ventana, y que su maleta estaba allí también.

—¿Cómo me las arreglaré sin doncella?—se dijo recordando las torpezas de Catalina. ¡Bah! Ya acabaré por acostumbrarme.

Colocó sus piecitos sobre la piel de oso y fué á abrir su cofre. Después de echar al suelo el contenido, halló por fin una bata de terciopelo azul, adornada de armiño, y se la puso; después arregló un poco su cabellera, colocó sobre su cabeza una pañoleta de punto de Inglaterra, y bajó.

Toda la familia, reunida en la sala común, aguardaba á que se despertase. Cuando llegó al pie de la escalera, oyéronse gritos de alegría, y Catalina fué á besar la falda de la joven.

—¿Verdad, Katia, que me levanto tarde y que me esperábais para comer?

—¡Oh! No son más que las doce—dijo la aldeana mirando el reloj.

Había allí dos personas que Celia no había visto la víspera.

Permítame usted que le presente á mi hija y á mi yerno—dijo Ivan;—aquella se llama Macha y éste Fedor Alexandrovitch. ¿Creerá usted que nada han oído esta noche? Se levantaban esta mañana cuando volvía Andrés con los caballos, y éste se lo ha contado todo.

Macha y Fedor contemplaban mudos y estupefactos á la recién venida, que les parecía una reina ó una santa.

—¡A la mesa! ¡A la mesa!—dijo Catalina—la señora tendrá apetito. ¡Con tal de que nuestra pobre cocina no le desagrade mucho!...

—Segura estoy de que tu cocina es excelente, Katia, si se ha de juzgar por el aroma que exhala.

—La he hecho lo mejor que sé—contestó la aldeana.

Se había cubierto la mesa con un hermoso mantel adornado con cenefa de sarga roja y una blonda ordinaria. Se había sacado del armario la mejor vajilla y un cubierto de plata cincelado brillaba en el sitio de Celia.

La joven se sentó á la mesa, y mientras Catalina iba á buscar el *chitchi* (sopa de carne y legumbres), Celia miró á sus huéspedes uno tras otro.

Ivan tenía un rostro regular, algo colorado. La barba ancha y su cabellera con la raya al medio, según la moda entre los mujiks, eran rubias, con algunas canas. Sus facciones expresaban la resignación y una especie de tranquila dignidad.

Macha se parecía á su padre: era una hermosa joven alta y robusta, de abundante cabellera, rojos labios, ojos claros, alegres y francos, que dejaban leer hasta el fondo de su espíritu sencillo y de su buen corazón. Un niño de

cinco á seis años la tenía cogida por la falda, y, con un dedo en la boca, miraba á la señora asombrado.

El marido de Macha tenía aspecto honrado, pero bastante vulgar: la barba le llegaba á la mitad de las mejillas, y su cabello castaño claro le bajaba por la frente casi hasta las cejas. Celia miró más largamente á Andrés que, sentado en la punta del banco, cortaba maquinalmente un pedazo de madera. Tenía algunos años menos que Macha, y apenas un ligero bozo sombreaba su boca seria. Alto y ancho de hombros, parecía tener una fuerza poco común. Su cabello, castaño oscuro con reflejos leonados, arrancaba bien de su frente ancha, más blanca que el resto de la cara. Su nariz era recta y algo corta, su boca estaba admirablemente dibujada, y su barbilla tenía un contorno puro y sólido. Tenía los ojos bajos. Celia le habló para hacérselos levantar. Ivan, de un azul extraño, muy claro, transparente, recordaba el reflejo del cielo sobre los hielos del Polo. Aquel joven realizaba el perfecto tipo de la belleza del Norte. Hacía pensar en las antiguas razas, en los héroes fabulosos del Edda, en los hijos de Odín, que vencieron á los gnomos y á los dragones.

—¡Qué lástima que sea un mujik!—se dijo Celia encogiéndose ligeramente de hombros.

Mientras hacía honor á la comida, que quizás por la novedad le parecía deliciosa, hizo hablar algo á sus huéspedes.

—¿Qué clase de hombre es vuestro amo?—preguntó.—¿Es joven?

—No tiene treinta años—dijo Ivan,—es un joven disipador, egoísta y lleno de malos caprichos.

—No parece que le queres mucho.

— Es el amo—dijo Ivan.

—Y ¿cómo se llama? ¿vive lejos de aquí?

—Se llama Alejo Alejandrovitch Penouchkine.

Su casa señorial está á veinte leguas de aquí, pero pocas veces se le ve en ella; habita en San Petersburgo, y solo vuelve á su casa cuando no le queda un rublo en el bolsillo.

—¿Es rico?

—Poseo este pueblo, que tiene un millar de habitantes, y los campos desde aquí hasta su casa, pero todo lo derrocha, y puedo yo considerarme más rico que él.

—¿Eres tú rico?

—Tengo dinero.

—¿Has comprado esta casa?

—No soy tan torpe; de haberla comprado, el mejor día el amo vende mi casa á otro y me echa fuera, porque podría hacerlo. Le pago un tributo y exploto la granja por mi cuenta.

—¿Por qué no has comprado tu libertad?

—Porque el amo nunca lo ha consentido, á pesar de ofrecerle más dinero del que valgo. Este es libre—dijo dando una palmada en el hombro á Andrés;—era todavía muy niño cuando el amo vino un día de muy mal humor; adido vine que necesitaba dinero, pero me hice el tonto, y al servirle, dije que mi hijo estaba enfermo, y temía perderle.

—¿Vete al diablo—me dijo—bastante me importa tu hijo!

—¿Qué tiene el señor?—dije yo.—¿Por qué se digna encolerizarse?

—He perdido quinientos rublos al juego y mi bolsilla está vacía. ¿Qué te importa eso?

—¡Quinientos rublos!—exclamé—toda la vida se necesita para ahorrar tal cantidad. Yo soy ya

viejo y no he podido juntar más. Sin embargo, si mi hijo no estuviera tan próximo á morir, con gusto los daría para hacerle libre.

—No se morirá tu hijo—dijo el amo;—ve á buscar pronto el dinero.

En su fuero interno creía que Andresito no viviría, y cuando ahora le ve tan fuerte, gruñe y suspira; pero lo hecho, hecho está.

—¿Y qué haces con tu libertad, Andrés—dijo Celia.

—Cazo—dijo Andrés.

—No lo dice todo—añadió Ivan.—Ha ido á la escuela y sabe leer y escribir. Es un sabio.

—Eres de veras un sabio?—preguntó Celia.

—Mi padre lo dice. Bastante sé, para saber que no sé nada.

—Nada de eso—gritó Catalina.—No le haga usted caso.

—¿Qué piensas hacer?

No sé, mi mayor alegría es correr al aire libre; la caza me da bastante para vivir; nada más pido.

—¿Qué animales cazas?

—El lobo, la hiena, el oso.

El joven saltó y volvió en seguida con una pelleja de oso negro.

—¿Ahí tiene usted el último que he matado—dijo.

—¿Sabes que esa piel es magnífica y que un señor la compraría? ¿No has encontrado comprador?

—Muchas veces la habría podido vender, pero no me he querido separar de ella, porque el oso me dió bastante que hacer.

—Por poco le mata—dijo Ivan.

—¿Cómo fué eso?—preguntó con curiosidad Celia.

—Sencillamente—respondió Andrés—porque le falló el tiro á mi carabina, y tuve que atacar al oso con mi cuchillo de monte; por cierto que se defendió con vigor, á lo cual tenía derecho. Eso es todo.

—¡Dios mío!—dijo Celia—si yo viera un oso me moriría de miedo.

—Esté usted tranquila, que nunca llegan hasta aquí—respondió Andrés.

El perro ladró, porque alguien entraba en el patio.—¡Ay! ¿Será Prascovia?—dijo la joven palideciendo.

—No tema usted—dijo Andrés—será algún vecino, pero no deben á usted verla con ese traje.

Salió él para detener un momento al visitante y dar tiempo á Celia para llegar á su cuarto. Subió la escalera corriendo, y se detuvo para escuchar temiendo reconocer la voz de su tutor ó de Prascovia, pero oyó voces rústicas que daban ruidosamente los buenos días.

Catalina fué á buscar pronto á la condesita.

—Es una mujer con su hijo y su nuera, vienen á preguntar qué ocurrió anoche, porque oyeron ladrar á los perros y abrióse la puerta cochera. Ahora les están diciendo que es usted una sobrina nuestra al servicio de una gran señora, quien la envía aquí mientras dura un viaje que hace al extranjero. Pero es preciso que cambie usted de traje, y aun así no parecerá aldeana.

—¡Bah, bah, Katia! Los mujiks no son tan listos, y bajo esta ropa grosera no verán más que una hija del pueblo.

—No hay que fiarse demasiado de ellos; son muy astutos cuando quieren adivinar lo que no les importa.

—Diles que limto los modales de mi señora. ¿Pero qué ropas voy á ponerme?

—Macha le prestará su traje de fiesta. Será muy grande para usted, pero le haremos algunos pliegues entre tanto, y para el domingo ya tendremos otro traje á la medida.

Macha vino con un lío y entraron en el cuarto.

—¡Ah!—exclamó Catalina.—ha tirado toda su ropa por el suelo. ¡Y qué hermosa es! Ya se ve que son vestidos de gran señora.

Enseguida empezó á arreglar el cofre, demostrando su admiración á cada momento. Macha deshizo el lío y empezó el tocado de Celia. Mucho duró, porque cuando la joven bajó á la sala común transformada en aldeana, ya era de noche. El traje le sentaba muy bien, y se le figuraba haberse disfrazado para representar alguna comedia en una reunión de amigos.

Ivan estaba solo con su nieto Feria, que hacia saltar en sus rodillas. Trajeron luz, y Catalina y Macha se sentaron, poniéndose á coser, aunque levantándose una de ellas á cada momento, para cuidar de la cena.

—¿Dónde está Andrés?—dijo Celia—¿está de caza?

Ivan sonrió lentamente.

—No lo creo—dijo—debe de estar en casa del viejo Antonovitch, un arrendatario del pueblo. Tiene una hija bonita que podría convenirle á nuestro Andrés.

—Akulina—dijo Macha sonriendo.

—¡Ah!—exclamó Celia con cierto despecho:—¿Son novios?

—Todavía no—contestó Catalina yendo al fogón.

En el salón de su tutor, el mayor placer de Celia era atraerse á los adoradores de Prasco-

via, cosa que le era fácil. Con una mirada y una sonrisa obligaba á todos los preferidos de Prascovia á reunirse á su alrededor, abandonando el rincón donde estaba su rival. Nada le era más agradable que la impotente cólera de aquella á quien detestaba. Algunas veces hasta había procedido con mucha ligereza, trastornando sin piedad á más de un sincero enamorado, de quien no hacía pizca de caso cuando se le había pasado el capricho. Ocurriósele, por un momento, tratar á Akulina como á Prascovia, pero este pensamiento la hizo encogerse de hombros.

Sin embargo, cuando Andrés volvió, le dijo con maliciosa sonrisa:

—¿Y qué? ¿has visto hoy algún lobo?

—No he salido del pueblo—respondió Andrés.

—¿Has ido á ver á Akulina?

—La he visto—respondió.

—Es una chica guapa ¿verdad? Ya me la enseñarás. Y á propósito—dijo saltando de una idea á otra sin ilación alguna—tengo el proyecto de escribir á mi tutor.

—Pero el sello de correos le hará saber dónde está usted—dijo Catalina dejando su labor.

—No, ya verás; he ballado el último invierno con un joven agregado á nuestra embajada en París, y le enviaré mi carta, rogándole que la eche allí al correo, y de esta manera creerán que estoy en París.

—¡Buena idea!—dijo Macha.

Anda ligera á buscar mi maleta.

Macha salió y volvió enseguida.

La maleta, colocada sobre la mesa, era una de esas obras maestras complicadas de los fabricantes modernos. Era de tafíete encarnado, con cantoneras de cobre dorado y la cifra en

letras rusas, en relieve, al medio. El interior, forrado de raso azul celeste, se dividía en muchos departamentos. Uno tenía álbums, un caballete en miniatura y todo lo necesario para dibujar y pintar; otro, un estuche de tocador; otro, recado de escribir completo.

El pequeño Fedia se había acercado y se fijaba con admiración en todas las cosas bonitas que Celia iba sacando de la maleta. Su linda cabeza, de cabellera color cáñamo, de sonrosadas mejillas, llegaba precisamente á la altura de la mesa. Tenía, según costumbre, un dedo metido en la boca, y de pronto puso resueltamente aquel dedo sobre la corona condal que adornaba el pliego blanco sobre el cual Celia iba á escribir.

—¿Es algún animalito eso?—preguntó dirigiendo sus grandes ojos azules á la joven.

Macha frunció el ceño y le riñó. Celia, riéndose, dió el pliego manchado al niño, cogió otro y se puso á escribir rápidamente.

Su letra era tan fina, tan poco acentuada, que Andrés, desde su sitio, no veía en el papel más que líneas casi rectas, y creía que la joven se entretenía en rayar el papel. Cuando acabó las dos cartas, las cerró, y puso el sobre:

—Ya está—dijo Celia—la llevarás al correo.

Andrés cogió la carta y miró un rato el sobre.

—Señora—dijo después de un momento de vacilación—esta letra es demasiado bonita para que puedan descifrarla los empleados del pueblo. Yo leo, ó adivino, mejor dicho, la palabra *Señor*, pero no leo más. También notarán enseguida que no es un mujik quien ha escrito esas letras, más finas que los cabellos de la

virgen, y eso daría qué hablar, porque en un lugar todo se nota.

—¡Cómo! ¿Mi letra no se entiende?—exclamó Celia.—¡Pues si todo el mundo la ha leído siempre!

—Nosotros somos aldeanos—dijo Andrés.

—Es verdad. Pues bien, pon tú mismo el sobre—dijo Celia dando á Andrés otro sobre: Señor vizconde de P..., en la embajada de Rusia, París.

La letra de Andrés era abierta, ancha, algo tosca, pero perfectamente legible.

El correo ha salido—dijo.—Mañana echaré la carta.

El marido de Macha volvió silenciosamente, se quitó su gorro de piel de carnero, y persiguiéndose saludó á las santas imágenes que sobre fondo de oro brillaban en la pared. Después se sentó en la punta de un banco.

—¡Qué de prisa ha pasado el día!—dijo Celia oyendo dar las siete.—No he tenido siquiera tiempo de visitar la granja ni el pueblo.

—No tardará usted en verlo, y tampoco es cosa tan bonita—dijo Ivan.—Quiera Dios que no se aburra usted aquí.

—¿Qué hacéis ordinariamente?

—En el invierno, poca cosa. Nada puede hacerse cuando la nieve todo lo cubre. Las vacas están encerradas en los establos con los carneros, los cerdos y las aves. Los gañanes bastan para todo. Se vá á buscar leña á las cercanías; se lleva berraje á algún pueblo próximo, y Andrés caza.

—Y de noche—dijo éste—contamos historias y leyendas mientras los lobos aullan fuera tristemente.

—¿Vienen cerca de aquí?

—Alguna vez, de noche, atraviesan el pueblo; al otro día se vé la huella de sus pasos sobre la nieve. Hasta se cuenta que, durante un invierno muy riguroso, entró un lobo en la cocina de una cabaña y se sentó timidamente junto á la lumbre.

Era en casa de Vacía, el carpintero—dijo Fedia marcando las cejas,—el que vive al otro lado del estanque.

Al ver al inesperado huésped—continuó Andrés—todos quedaron inmóviles de miedo; permanecía allí con el rabo entre piernas, el pelo rojo erizado por el frío, los ojos chispeantes, y sin moverse. Los niños perdieron el miedo los primeros, y tuvieron la idea de acercarle la escudilla de los perros. El lobo retrocedió con temor al principio, después volvió y de una lengüetada limpió la cazuela. Al día siguiente se fué en cuanto abrieron la puerta, pero volvió de noche, y así continuó diariamente hasta la primavera.

—Era un buen lobo—dijo Fedia—nunca hizo daño á los niños que jugaban cerca de él, pero no se dejaba tocar y retrocedía cuando se acercaban á él. Me parece estarlo viendo aún con su hocico puntiagudo y sus ojos llameantes.

—¿Oís gruñir á los perros?—preguntó Andrés—Los lobos han oído, sin duda, que hablamos de ellos, y andan por el límite del bosque. Y al decir esto se había levantado el joven y había descolgado el fusil.

—Andrés, Andrés, no vayas—dijo Celia—me harás soñar con los lobos toda la noche.

—¿Vas á cazar á estas horas?—exclamó Catalina temblando—no seas loco, ni te vayas á estas horas, cuando no se ve nada, á que te devoren esos bichos,

—¡Bah! ¡Bah!—dijo Andrés encogíendose de hombros.

Pero no insistió y volvió á colgar el fusil.

III

A Cella le costó trabajo dormirse aquella noche; experimentaba una extraña sensación en aquel medio tan nuevo para ella. Después de la animación de la existencia mundana á que estaba acostumbrada, le parecía que la vida se había detenido súbitamente como la andulación del agua bajo el abrazo del hielo. Aquella aldea silenciosa y desierta que sólo había entrevisto bajo su capa de nieve, le parecía fantástica, se creía llegada á los confines de las regiones polares, no la hubiera asombrado ver á lo último de la llanura tímpanos y osos blancos. Escuchaba sin querer, por si se oían los anllidos de los osos. Poco le faltaba para tener miedo y echar de menos el Castillo de Wologda, rodeado de buenas murallas, tras de las cuales ningún peligro era de temer. Sin embargo, el recuerdo del hermoso joven de altiva mirada, dispuesto á defenderla contra una manada de fieras, la tranquilizó algo, y se durmió.

Al día siguiente solicitó visitar el lugar. Andrés hizo enganchar su ligero trineo.

—¿Quiere usted que guíe?—preguntó á la condesita.

—¡Ya lo creo!—contestó ésta, instalándose en el estrecho vehículo.

Andrés la echó sobre las piernas su pellica de oso negro, y se sentó á su lado mientras el criado abría de par en par la puerta cochera.

El trineo salió á galope.

El cielo era de un ligero azul sembrado de algunas nubes de oro, la nieve buscaba al sol, hacia frío, pero no corría un átomo de viento. El trineo entró por la principal calle del lugar, que estaba formada de cabañas bastantes miserables en su mayoría, pero que hacia encantadoras la nieve blanquísima poblada de sombras apiladas. Algunos rostros de mujeres aparecían detrás de los dobles cristales de las ventanas y miraban para el trineo con viva curiosidad.

Andrés detuvo los caballos al llegar ante la iglesia, que alzaba sus cinco campanarios, coronados por cúpulas dónde brillaba la escarcha.

—¡Qué pequeña es!—dijo Celia.

Un mujik se había detenido en un ángulo de la plaza.

—¡Eh! ¡Andrés Ivanovitch!—grito. ¿Es esa tu prima? ¡Qué blanca es y qué bonita! Ya se conoce que no es de por aquí.

—¡Qué pronto se sabe todo en un pueblo!—dijo Andrés. Y, sin embargo, no es de los más curiosos este viejo.

Un momento después se encontraron con una joven, que dijo:

—¡Buenos días, Andresillo!

—Es Akulina—dijo el joven.

Celia se volvió rápidamente.

—¿La encuentras bonita?

—¡Es la chica más bonita del pueblo!

—La he visto mal; ¿no tiene los ojos pardos?

—No; los tiene negros como usted.

—¿Se parece á mi por casualidad?

—No—dijo Andrés sin mirar á Celia—es usted mucho más guapa.

Una sonrisa hizo aparecer en las mejillas de Celia aquellos hoyuelos que le sentaban tan

—¡Bah! ¡Bah!—dijo Andrés encogíendose de hombros.

Pero no insistió y volvió á colgar el fusil.

III

A Cella le costó trabajo dormirse aquella noche; experimentaba una extraña sensación en aquel medio tan nuevo para ella. Después de la animación de la existencia mundana á que estaba acostumbrada, le parecía que la vida se había detenido súbitamente como la andulación del agua bajo el abrazo del hielo. Aquella aldea silenciosa y desierta que sólo había entrevisto bajo su capa de nieve, le parecía fantástica, se creía llegada á los confines de las regiones polares, no la hubiera asombrado ver á lo último de la llanura tímpanos y osos blancos. Escuchaba sin querer, por si se oían los anllidos de los osos. Poco le faltaba para tener miedo y echar de menos el Castillo de Wologda, rodeado de buenas murallas, tras de las cuales ningún peligro era de temer. Sin embargo, el recuerdo del hermoso joven de altiva mirada, dispuesto á defenderla contra una manada de fieras, la tranquilizó algo, y se durmió.

Al día siguiente solicitó visitar el lugar. Andrés hizo enganchar su ligero trineo.

—¿Quiere usted que guíe?—preguntó á la condesita.

—¡Ya lo creo!—contestó ésta, instalándose en el estrecho vehículo.

Andrés la echó sobre las piernas su pellica de oso negro, y se sentó á su lado mientras el criado abría de par en par la puerta cochera.

El trineo salió á galope.

El cielo era de un ligero azul sembrado de algunas nubes de oro, la nieve buscaba al sol, hacia frío, pero no corría un átomo de viento. El trineo entró por la principal calle del lugar, que estaba formada de cabañas bastantes miserables en su mayoría, pero que hacia encantadoras la nieve blanquísima poblada de sombras apiladas. Algunos rostros de mujeres aparecían detrás de los dobles cristales de las ventanas y miraban para el trineo con viva curiosidad.

Andrés detuvo los caballos al llegar ante la iglesia, que alzaba sus cinco campanarios, coronados por cúpulas dónde brillaba la escarcha.

—¡Qué pequeña es!—dijo Celia.

Un mujik se había detenido en un ángulo de la plaza.

—¡Eh! ¡Andrés Ivanovitch!—grito. ¿Es esa tu prima? ¡Qué blanca es y qué bonita! Ya se conoce que no es de por aquí.

—¡Qué pronto se sabe todo en un pueblo!—dijo Andrés. Y, sin embargo, no es de los más curiosos este viejo.

Un momento después se encontraron con una joven, que dijo:

—¡Buenos días, Andresillo!

—Es Akulina—dijo el joven.

Celia se volvió rápidamente.

—¿La encuentras bonita?

—¡Es la chica más bonita del pueblo!

—La he visto mal; ¿no tiene los ojos pardos?

—No; los tiene negros como usted.

—¿Se parece á mi por casualidad?

—No—dijo Andrés sin mirar á Celia—es usted mucho más guapa.

Una sonrisa hizo aparecer en las mejillas de Celia aquellos hoyuelos que le sentaban tan

bien, y miró á Andrés con una expresión que turbó al joven.

—Se burla de mí—pensó éste.

Ya habían pasado de las últimas casas del lugar.

—¿Volvemos ya?—dijo Andrés.—Ya ha visto usted todo lo que hay que ver.

No—dijo Celia—corramos otro poco en esta dirección.

Andrés sacudió los caballos con las riendas dobladas; estos agitaron sus colleras y salieron á escape. El trineo se deslizó por la llanura, franqueó un río, mareado solo por una ondulación de la nieve, atravesó un estanque helado, y entró pronto en el bosque de pinos.

Nada más magnífico que aquel bosque blanco iluminado oblicuamente por el sol que se ponía, semejante á una brasa. Rayos de color de sangre y oro brotaban entre las filas de árboles y marcaban largas rayas en la nieve. Las pesadas ramas de los pinos formaban admirables perspectivas de arcos labrados, de guirnaldas de plata en fusión, que despedían reflejos de un azul intenso, y de las facetas de la escarcha arrancaba el sol millares de chispas.

—¡Qué hermoso es esto!—exclamó Celia—y qué bueno es correr así como locos sobre esta nieve intacta! ¡Más! ¡Más! ¡Más lejos y más aprisa!

—¿Ya no tiene usted miedo á los lobos?—preguntó Andrés sonriendo.—Mire que se acerca la noche.

—¡Ay, Dios mío, los lobos!—dijo Celia acercándose á su compañero.—Ya no me acordaba; te ruego que nos volvamos, Andrés, ahora me da miedo el bosque.

—Nada tema usted, porque lo decía en bro-

ma; pero en realidad no sería prudente penetrar más en el bosque.

Andrés hizo dar vuelta á los caballos y regresó á la granja. Al bajar del trineo sostuvo á Celia por el codo y ésta le dió las gracias con su encantadora sonrisa.

—En verdad—se dijo por la noche al echar su cabeza en la almohada—me divierte trastornar la cabeza á este aldeano.

IV

En el pueblo no se hablaba más que de la sobrina de Ivan y de su súbita llegada, y se hacían infinitos comentarios y conjeturas. Cada uno se dirigía mil preguntas, sin encontrar respuesta á ninguna. ¿Porqué no había hablado Ivan nunca de aquella sobrina? ¿Porqué llegó ésta de noche sin que la esperaran? ¿Porqué era tan blanca? A todas estas preguntas no sabían contestar los otros más que: «Sí, porqué?»

Se esperaba con impaciencia el domingo. A lo menos á la salida de la iglesia, verían á la joven misteriosa; se le podría hablar y averiguar algo.

Llegó el domingo y la iglesia de los cinco campanarios cubiertos de escarcha se llenó de todos los habitantes del pueblo. No quedaron en las cabañas más que los enfermos y los inválidos.

Llegó la última la familia de Ivan Ivanovitch, por culpa de Celia, que había gastado mucho tiempo en su tocado, por cierto encañador. La condesita había adoptado el traje nacional que se lleva el día de fiesta en el cam-

po, y también en los bailes de corte, recargado de oro y pedrería. Consiste en un túnica de alta cintura de damasco azul celeste, almohadillado y adornado con franja de ancho galón de oro sobre una falda de paño fino. Sobre la frente se encorbaba el *povoïnik*, especie de ancha diadema, de terciopelo azul claro, bordado de palmitos de oro. La cabellera rubia de Celia, reunida en una sola trenza, le caía hasta las rodillas.

No la turbó que todos la miraran, y adelantó tranquilamente con una seria sonrisa algo despreciativa. Facilísimo le era triunfar en medio de aquellas mujeres envueltas en una especie de levita informe, y con la cabeza cubierta por un pañuelo anudado bajo la barba.

Akulina era la única que llevaba, como Celia, el traje nacional.

La aldeana tenía quizá una belleza más regular que la condesa, pero le faltaba la gracia en los ademanes, la suavidad del cutis, la expresión seductora de la mirada. Akulina se sintió vencida indudablemente por la recién venida, porque palideció al verla y la miró con euvidiosa atención. Celia, en tanto, miraba sonriente los mezuquinos adornos de la iglesia, los santos morenos, groseramente pintados sobre fondo de oro, y la verja de la constancia, desdorada y enmohecida en muchas partes.

Ivan y Catalina parecían felices y orgullosos; Andrés Ivanovitch, por el contrario, tenía en su rostro una expresión pensativa y triste. Mirando al suelo parecía reflexionar profundamente y olvidaba rezar. Ni una sola vez volvió la cabeza hacia Akulina.

Al salir de la iglesia, la multitud cuchicheando y preguntando, se quedó en la plaza pisando

nieve, pero Celia burló su curiosidad subiendo con Catalina, Macha y Fedia en una troika guiada por Andrés, y que salió á galope mientras Ivan y Fedia volvían á pie hablando con los que se amontonaban á su alrededor.

Grande fué la decepción, y casi produjo un motín.

¿Es alguna gran señora, cuando no puede dar diez pasos á pie?—exclamaba Akulina, que con su instinto femenino suponía algún misterio.

No se dieron, sin embargo, por vencidos. Era domingo, y había tiempo para holgar; los más curiosos fueron á la granja y manifestaron francamente su deseo de conocer á la sobrina de Ivan Ivanovitch.

Celia estuvo muy amable con los visitantes y les sirvió el cognac que les ofreció Ivan. Les decía con la seriedad mayor del mundo que se encontraba muy bien allí, y que su más ardiente deseo era no salir ya de aquel pueblo.

La inquietud y la sorda cólera que agitaban á Andrés al ver las familiaridades (naturales entre iguales) que gastaban con ella los mujiks, la divertían sobre manera.

Un joven, muy emocionado por su belleza, se puso á hacerle el amor con gestos y frases tan estrambóticos que Celia lloraba de risa, lo cual enorgullecó mucho al aldeano, que se fué enamoradísimo y lleno de esperanza.

Esta llegó hasta el punto de que al día siguiente envió á su padre á pedir á Ivan la mano de Celia.

Cuando Andrés vió llegar al viejo Pioto, padre del pretendiente, que muy pocas veces dejaba la pisada que dirigía, admiró el objeto de su visita. Mientras Ivan hacía sentar á su hues-

ped cerca del fuego y le obsequiaba con una taza de té, Andrés subió al cuarto de Celia y llamó a la puerta.

—¿Quién es?—preguntó la joven.

—Soy yo—dijo Andrés.—¿Me permite usted decirle dos palabras?

—Entra, entra.

El joven abrió la puerta, sin pasar del dintel.

—Acércate—dijo Celia.—¿Qué hay?

—Señora—dijo Andrés—ya se habrá usted convencido de que su papel de aldeana la expone a escuchar cosas que no son para sus oídos. Ayer un aldeano se atrevió a hablarle de amor.

—¡Ah, sí! El mujik de barba amarilla—exclamó Celia echándose a reír al recordar su nuevo pretendiente.

—Usted se burló de él, aunque estaba en su derecho al cortejar a una aldeana, pero los mujiks son torpes y éste no ha creído desagradarle.

—¿De veras?

—Abajo está su padre pidiendo al mío la mano de usted.

—¿Es posible?—preguntó la joven entre nerviosas risas.

—No se reirá usted tanto si tales cosas vuelven a ocurrir con frecuencia—dijo Andrés,—y así sucederá. Esta buena gente la ofenderá a usted sin querer, persiguiéndola con sus protestas sinceras, pero algo campesinas y toscas. La fastidiarán y la irritarán.

—Razón tienes, Andresillo, pero ¿cómo les quitaremos a los mozos la gana de casarse conmigo?

—Hay un medio.

—¿Cuál es? Dílo.

Andrés vaciló un momento.

—Permitame usted decir que es mi novia—replicó con temblorosa voz.

—Eso, perfectamente—exclamó Celia.—Serás mi escudo; ven, bajemos sin hacer ruido; soy muy curiosa; oigamos lo que dicen.

Llegaron abajo sin ser vistos y entreabrieron la puerta.

—¿De modo que tu hijo se ha decidido en un momento?—preguntaba Ivan meciéndose en la silla.

—De pronto—replicó Pioto;—le he hecho notar que me parecía demasiado precipitado, que se debía reflexionar, pero me ha replicado que podría adelantarse otro y que no había tiempo que perder. Ahora bien, ¿qué dices?

—Digo... digo que es imposible.

—¿Cómo imposible? y ¿por qué? ¿Me desprecias?—gritó Pioto levantándose.

—Despreciarte no, hombre; ¿qué es lo que dices?—baluceó Ivan que no sabía por dónde salir.

Viendo los apuros de su padre, entró Andrés.

—¿Supongo que no os estorbaré?—preguntó.

—No—dijo Ivan—de ninguna manera. Ahí tienes a Pioto que me viene a pedir la mano de tu prima.

—Bueno ¡y le habrás dicho que era mi novia y que nadie tiene derecho a aspirar a ella!

—Iba a decírselo cuando has entrado tú—dijo Ivan muy contento al verse libre del apuro.

Catalina y Macha, que llevaba a su hijo en brazos, entraron en la sala, Celia las seguía.

—¿Cómo va, Pioto?—preguntó Catalina dando al viejo una palmada en el hombro.

—Bien, muchas gracias. ¿De modo que sois novios?—dijo mirando a los jóvenes.

—Sí—dijo Celia bajando los ojos.

—Bueno. ¿Y Akulina?
 —¿Qué es eso de Akulina?—gritó Celia dirigiéndose a Andrés.—¿Te has enamorado de otra durante mi ausencia?

—No tengas cuidado—dijo Andrés—era amigo de esa, pero nunca le he hablado de amor.

—Vamos—dijo Píoto—veo que nada tengo que hacer aquí. Voy a ver si consuelo a mi hijo.

Cuando se hubo ido el anciano, Celia se sentó en el banco cerca de Andrés.

—Ahora siento haber comprometido tu porvenir.

—¿Pues cómo?—preguntó.

—Esa joven de que hablábamos no te perdonará haberla dejado por otra. Quizá se case antes de averiguar la verdad, y tú, si la amas, serás desgraciado.

—No haga usted caso—dijo el joven con una especie de abatimiento,—si he querido a Akulina, ya no me acuerdo.

V

Algunos días más tarde, Pablo Petrovitch fué a la granja; había podido salir del castillo sin despertar sospechas, y traía noticias.

Cuando le vió Celia se colgó a su cuello.

—Buenos días, padre—exclamó—¡qué buena idea tuviste al traerme aquí!

—Si usted está contenta, bueno va. En el castillo ocurre lo contrario.

—¿Está Prascovia muy furiosa?

—La señora Prascovia está más bien satisfecha de la marcha de usted, porque da bailes y fiestas en que nadie la obscurece. Pero su tutor de usted no vuelve de su asombro. El primer día se encolerizó tanto, que temieron un ataque

apoplético. Acabó por calmarse algo, y con gran sorpresa mía no mandó a buscar a usted; ha dicho en todas partes que usted estaba enferma; luego vino una carta de Paris, que no sé lo que contenía, pero el señor tuvo otro acceso de rabia.

Algunos días después ha anunciado la marcha de usted a Niza, donde el médico ha dicho que pase usted el invierno.

—¿De modo que se conforma con mi fuga?

—De ninguna manera; quiere ocultarla, ir a Paris y volver con usted.

—Que se vaya; no tengo inconveniente alguno—dijo Celia riéndose.

—Parece que ha estropeado usted uno de sus más acariciados proyectos rechazando el esposo que había escogido él para usted—observó Pablo.

—Quería aumentar su fortuna a costa de la mía casándome con su socio, y he procedido muy cuerdateamente hurtando el cuerpo a sus combinaciones. Pero no hablemos más de cosas feas. Mira qué bien estoy convertida en aldeana.

—Hermosa como un ángel está usted con ese traje, lo mismo que con sus adornos de gran señora—dijo Pablo.

—¿De veras?—dijo Celia—por eso he trastornado entonces a varios mujiks. Para librarme de ellos me he supuesto novia de Andrés Ivanovitch.

—Novio bueno y guapo es ese—afirmó Pablo;—¿y dónde está?

—No lo sé, no le he visto hoy.

—Ha ido a la ciudad no sé a qué—dijo Ivan que estaba echando enormes troncos en la lumbre.

Pablo pasó algunas horas más en la granja, y se volvió. Andrés regresó poco después.

Halló a Celia sola en la sala común; tenía la labor en la mano, pero no trabajaba. Sentada junto á la ventana miraba el patio á través de los cristales dobles.

—¿De dónde vienes, Andrés?—preguntó volviéndose hacia el joven.—Me aburro cuando no estás aquí. La obligación de un novio es estar cerca de su novia.

—Temo cansarla á usted. Soy novio fingido y solamente debo representar mi papel ante los extraños, para no hacerme tan insoportable como aquellos de quienes he querido librar á usted.

—No lo creas; eres el único con quien puedo hablar algo aquí. Me aburro de veras durante tu ausencia. Vamos á ver: ¿por qué has estado fuera tanto tiempo?

—Si lo digo se burlará de mí.

—¿Qué sabes tú?

—He ido á la ciudad...

—¿Para qué?

—Pues bien: ha tenido usted que quitarse de los dedos los anillos llenos de brillantes, que no eran propios de una aldeana; pero una novia debe llevar una sortija y he ido á comprarla.

—¡Ah! Para eso has ido á la ciudad—dijo Celia inclinando la pensativa cabeza.

—¿Se enfada usted?

—Veamos la sortija.

Andrés le enseñó un anillito de oro delicadamente labrado.

Ambos en el hueco de la ventana bajaban la cabeza mirando la frágil alhaja, simbolo de eterna ternura, y permanecieron silenciosos un momento.

—La quiere usted—preguntó Andrés al fin con voz que temblaba á su pesar.

—Ponlo tú mismo en el dedo.

El joven se estremeció. Dirigió á Celia su clara mirada y le puso lentamente el anillo, rozándole apenas el dedo.

Celia sintió un vago espanto al recibir aquella prenda de amor. Veía que, quizá sin quererlo, el joven acababa de entregarle su alma, y que sería víctima del juego cruel que á ella la divertía, y, durante un momento, ella había experimentado también una emoción singular, muy nueva, que la hizo meditar profundamente.

Pronto se alejó sin decir nada y se refugió en su cuarto.

VI

Armóse á la puerta de la granja una mañana, insólito ruido, compuesto de ladridos de perros, sonar de cascabeles y voces pidiendo que se abriera.

Celia, que acababa de levantarse, corrió á la ventana de su cuarto y miró.

Abierta de par en par la puerta cochera, vióse entrar á un joven en traje de caza, bajar de su elegante trineo, y después coger por el pescuezo á su magnífico perro y ponerlo en el suelo. Otro perro se arrojó de entre los pies del cochero y empezó á brincar por la nieve, ladrando alegremente mientras su compañero se sacudía las orejas.

—¡Vamos! calla Endimión, abajo Febe, estáos quietos—gritó el joven.

Acudió Ivan con la cabeza inclinada y besó la manga del señor. En aquel momento Catali-

na entró como una ráfaga de viento por el cuarto de Celia.

—El señor—gritó—el señor que llega sin haber avisado.

—¿Y qué importa?—preguntó Celia.

—Nunca viene para nada bueno—dijo Catalina—y además, ¿qué vamos a decirle? Usted hará el honor de habitar su cuarto.

—No te asustes por tan poco; que lleven mi equipaje á otro cuarto, y nada sabrá.

—Tengo que ir á saludarle—dijo Catalina.

Y salió como había entrado.

Celia terminó su tocado, y llevada de la curiosidad, bajó también.

Habían abierto la puerta de aquella sala donde nunca se entraba, y que atravesó la noche de su llegada. El recién venido, sentado sobre el diván de tafete verde, acariciaba la cabeza de Febe puesta sobre sus rodillas y hablaba con Ivan de pie ante él.

Celia le miró de lejos por la abertura de la puerta. Parecía tener próximamente treinta años. Era alto, delgado hasta flaco, arrebatado de color, lo cual hacía su rostro más obscuro que sus cabellos (algo escasos sobre el cráneo), y sus bigotes color de paja. Sus ojos eran de un azul mate y sus arcos superciliares abultados y desprovistos de cejas.

—Sé que tu hijo no tiene igual para la caza y que es el que mejor descubre las huellas de los lobos—decía á Ivan sin mirarle—y por eso me he adelantado á mis amigos, que vendrán á buscarme dentro de algunas horas, para decirle que haga una batida en el bosque y dirija la caza. Desgraciadamente Andrés no está en casa en este momento; ha ido á las estufas, pero no tardará en volver.

—Lo siento, porque tengo prisa—dijo el joven con voz breve, alzando con una mueca la piel de la frente.

—Envíese á Fedor en su busca—respondió Ivan, que se alejó ligeramente.

El señor se levantó y se puso á pasear por la sala. Pidió fuego á Catalina, que trajo el brasero, y encendió el cigarro.

De pronto se fijó en Celia.

—¿Quién es esa?—preguntó vivamente.

—Es mi sobrina, una joven muy simpática que ha venido á vernos—dijo Catalina.

—¿Es realmente encantadora! ¡Vamos, acércate!

Celia se aproximó con ademanes torpes y tímidos, arrollando con los dedos el borde de su túnica.

—¿Qué ojos! ¡Qué cabellera de oro!—exclamaba el joven. ¿De dónde diablos has salido? Anda, sírreme el te. La joven obedeció.

—¿Cómo te llamas?

—Celia.

—¿Sabes que me gustas mucho?

—Mucho me honro con ello—murmuró Celia sonriendo imperceptiblemente.

—Mentira parece lo bonita que eres. Si quieres, te llevo conmigo. ¿Qué te parece?

—Pero, señor...—balbuceó Celia.

El la había cogido ambas manos y la tenía de pie ante sí.

Estamos conformes en que vendrás conmigo, pero por de pronto, dame un beso.

Y la cogió bruscamente entre sus brazos.

Celia lanzó un grito y procuró desasirse.

—¿Me han llamado para que viera esto?—gritó de pronto Andrés que entró impetuosamente en la sala y rechazó al señor.

30242

—¿Qué te pasa?—exclamó éste poniéndose coloradísimo. ¿No sabes quién soy?

—En tocando á mi novia, el mismo Czar será un hombre para mis puños—dijo Andrés dirigiendo al señor fieras miradas.

—¡Ah! ¿Es tu novia? Lo siento, pero me la llevaré.

—Si persiste usted en tal proyecto, succédame lo que Dios quiera, pero no saldrá usted de aquí vivo—dijo Andrés apoderándose brusca-mente de un taburete.

—¿Pero qué es esto? ¿Quieres aplastarme?—exclamó el señor palideciendo.

—¡Andrés, Andrés! ¿Estás loco?—gritaba Catalina arrodillada y santiguándose á toda prisa.

—¡Al señor! ¡Amenazar al señor!—murmuraba Ivan helado de espanto.

Celia se había lanzado sobre Andrés, y suavemente le bajó el brazo.

—Cálmate, león feroz, yo lo arreglaré todo—le dijo rozándole casi la mejilla con los labios.

Al sentir correr sobre su rostro aquel tibio aliento, Andrés pareció sentirse débil como un niño y se apoyó pálido en la pared.

Celia se volvió hacia el señor.

—¿Eres caballero, verdad, y capaz de cumplir un juramento?—le preguntó en francés.

—Soy caballero, pero nadie lo diría, al ver cómo me tratan aquí—dijo el joven temblando lleno de ira;—pero ya se conocerá en mi venganza.

—Perdonarás á ese muchacho, cuando conozcas los motivos que le han impulsado.

—¿Pero tú quién eres para hablarme en ese tono? ¿te crees igual á mi porque te ha enseñado á hablar francés alguna doncella de tu señora?

—En efecto, soy igual á ti, y alguna vez nos habremos encontrado en sociedad; pero, ya que no me conoces, sólo te diré mi nombre si me juras no revelar á nadie que estoy aquí.

—Me parece, efectivamente, conocer esa cara—dijo el joven mirando más á Celia;—pero... sí, usted es la condesa Gregorowna, y es imposible olvidarla cuando se la ha visto una vez.

—¿De veras?—dijo Celia con burlona sonrisa. —Pues bien, júreme usted no decir nunca que me ha visto en esta granja.

—Lo juro por mi vida. Pero ¿qué desgracia ha herido á usted? ¿Qué hace aquí?

—He huido de mi casa porque querían casarme contra mi gusto, eso es todo. Quiero disponer de mí misma.

—Tiene usted mil razones, y puede estar segura de mi discreción. Además está usted en mis tierras, y hacerle traición sería faltar á todos los deberes de la hospitalidad. Pero, ¿por qué la llama á usted novia ese mujik insolento?

—Ha elegido ese pretexto para poderme defender. Ruego á usted que le perdone ese arrebatado.

—Si no fuera esa boca la que me pide su indulto, le haría enviar á Siberia por mucho tiempo—dijo el señor volviendo á hablar en ruso;—pero ejerce usted sobre mí más poder del que se figura. Desde que la ví á usted, es para mí la estrella inaccesible que brilla en el horizonte. Lo digo como lo siento. De modo que por usted todo lo olvido para convencerla de que soy su esclavo.

La joven sonrió despreciativamente.

—Oyes, Andrés? te perdono—dijo Penutchkine golpeando el hombro del joven.—Has querido matarme, pero me digno olvidarlo hasta el

punto de pedirte que á mí y á los compañeros que espero, nos pongas en la pista de algún lobo. ¿Estamos conformes?

—Sí—dijo Andrés después de consultar á Celia con la mirada—me encontraréis en el límite del bosque.

En seguida cogió su escopeta y salió.

Catalina se arrojó á los pies del señor y se abrazó á sus rodillas.

—¡Qué bueno es usted! ¡qué bueno es usted!—repetía.

—No me des las gracias á mí, dáselas á la condesa Celia Gregorowna—contestó Penutchkine rechazando á la aldeana.

Catalina se arrastró hasta Celia, que la levantó y la besó.

—¡Vamos, límpiate los ojos!—le dijo—te pareces á mi querida nodriza, que cuando la veía llorar, lloraba yo también.

Pronto llegaron los amigos de Penutchkine: no se bajaron del coche y llamaron desde la puerta.

—Ve de prisa, Alejandrovitch—le dijeron,—que ya es muy de día; nos va á sorprender la noche.

—Que no la vean á usted—dijo el señor á Celia;—es usted demasiado hermosa para aldeana.

—Sin embargo, usted me ha creído tal.

—Me he visto cegado, deslumbrado, pero mi corazón no se equivocó.

Penutchkine llamo á los perros, besó la mano á la joven, y salió echándole una mirada lánguida y humilde.

VII

Andrés volvió por la noche, muy tarde. Celia quiso que se le esperara para cenar.

—La cena es triste cuando falta un comensal—decía.

—¡Es tan fácil una desgracia en la caza por una bala perdida!

Celia, á veces, participaba de sus temores, pero Andrés volvió cansado y cubierto de nieve.

—¡Alabados sean la Virgen Santa y San Sergio!—exclamó Catalina al verlo.

—¿Pues qué Macha, creías que me habían comido los lobos?—preguntó riéndose el joven.

—El lobo... no—murmuró Catalina, que sirvió la cena sin explicar su pensamiento.

—Vamos á ver, cuéntanos tu caza, Andrés—dijo Celia, que había sentido un singular movimiento de alegría viendo volver al joven sano y salvo.

Una desdenosa sonrisa apareció en los labios de Andrés.

—Cinco se han juntado para matar una pobre loba—dijo—y aun no han podido con ella, que se revolvió contra ellos. El señor Penutchkine se ha librado de buena.

—¿Cómo ha sido? Cuéntalo—dijo Macha.

—Veréis: Habían disparado sus cinco tiros; tres balas cortaron ramas de árboles, sólo dos dieron en el blanco, hiriendo en el hombro y cortando una oreja á la fiera. Tan seguros estaban los cazadores de haberla muerto, que corrieron á ella, pero la loba se levantó furiosa y les atacó. Todos huyeron, exepcto Penoutchkine, que vacía derribado y lanzaba espantosos gritos. Como no estaba yo lejos, acudí. Los gritos del señor dominaban los ladridos de los perros, que, más listos que los hombres, estaban á prudente distancia. En efecto, el señor se encuentra en situación muy desagradable—dije

punto de pedirte que á mí y á los compañeros que espero, nos pongas en la pista de algún lobo. ¿Estamos conformes?

—Sí—dijo Andrés después de consultar á Celia con la mirada—me encontraréis en el límite del bosque.

En seguida cogió su escopeta y salió.

Catalina se arrojó á los pies del señor y se abrazó á sus rodillas.

—¡Qué bueno es usted! ¡qué bueno es usted!—repetía.

—No me des las gracias á mí, dáselas á la condesa Celia Gregorowna—contestó Penutchkine rechazando á la aldeana.

Catalina se arrastró hasta Celia, que la levantó y la besó.

—¡Vamos, límpiate los ojos!—le dijo—te pareces á mi querida nodriza, que cuando la veía llorar, lloraba yo también.

Pronto llegaron los amigos de Penutchkine: no se bajaron del coche y llamaron desde la puerta.

—Ve de prisa, Alejandrovitch—le dijeron,—que ya es muy de día; nos va á sorprender la noche.

—Que no la vean á usted—dijo el señor á Celia;—es usted demasiado hermosa para aldeana.

—Sin embargo, usted me ha creído tal.

—Me he visto cegado, deslumbrado, pero mi corazón no se equivocó.

Penutchkine llamo á los perros, besó la mano á la joven, y salió echándole una mirada lánguida y humilde.

VII

Andrés volvió por la noche, muy tarde. Celia quiso que se le esperara para cenar.

—La cena es triste cuando falta un comensal—decía.

—¡Es tan fácil una desgracia en la caza por una bala perdida!

Celia, á veces, participaba de sus temores, pero Andrés volvió cansado y cubierto de nieve.

—¡Alabados sean la Virgen Santa y San Sergio!—exclamó Catalina al verlo.

—¿Pues qué Macha, creías que me habían comido los lobos?—preguntó riéndose el joven.

—El lobo... no—murmuró Catalina, que sirvió la cena sin explicar su pensamiento.

—Vamos á ver, cuéntanos tu caza, Andrés—dijo Celia, que había sentido un singular movimiento de alegría viendo volver al joven sano y salvo.

Una desdenosa sonrisa apareció en los labios de Andrés.

—Cinco se han juntado para matar una pobre loba—dijo—y aun no han podido con ella, que se revolvió contra ellos. El señor Penutchkine se ha librado de buena.

—¿Cómo ha sido? Cuéntalo—dijo Macha.

—Veréis: Habían disparado sus cinco tiros; tres balas cortaron ramas de árboles, sólo dos dieron en el blanco, hiriendo en el hombro y cortando una oreja á la fiera. Tan seguros estaban los cazadores de haberla muerto, que corrieron á ella, pero la loba se levantó furiosa y les atacó. Todos huyeron, exepcto Penoutchkine, que vacía derribado y lanzaba espantosos gritos. Como no estaba yo lejos, acudí. Los gritos del señor dominaban los ladridos de los perros, que, más listos que los hombres, estaban á prudente distancia. En efecto, el señor se encuentra en situación muy desagradable—dije

yo, sintiendo á pesar mio invencible gana de reirme.

No podía disparar por temor de herir al hombre, pero como los lobos y yo nos conocemos de muy antiguo, salté sobre el animal y le hundi en la cabeza mi cuchillo de caza, con tanta fuerza que se partió en la herida, pero el animal murió en el acto.

—¡Qué audacia! ¡Eres admirable!—exclamó Celia.—De modo que has salvado la vida á Penoutchkine, y estáis en paz.

—Ni siquiera me ha dado las gracias, y me detesta más que nunca, pero poco me importa. Otra cosa es la que me da cuidado. ¿Está usted segura de que guardará el secreto?

—No olvides, Andreçillo, que soy una rica heredera que aun no han elegido marido—dijo Celia sonriendo amargamente.

Andrés le dirigió su luminosa mirada.

—No me comprendes—continuó,—es natural, porque tu corazón es sencillo y honrado. Penoutchkine, que ha derrochado su fortuna, no intentará casarse conmigo para derrochar la mia. Será discreto.

—Yo, que he vivido más que Andrés—dijo Ivan,—he adivinado el pensamiento del señor cuando le ha perdonado tan pronto. De seguro que piensa en casarse con usted.

—Es un señor—dijo Andrés frunciendo levemente el ceño—y puede pensar en ella sin ofenderla.

—No piensa en mí, sino en mi dinero—dijo Celia;—pero no importa, el caso es que estemos seguros de su discreción.

Era tarde y pronto se separaron.

Andrés, no obstante el cansancio que sentía, no pudo dormir aquella noche. Quería darse

cuenta del extraño estado en que se encontraba su espíritu desde hacia algún tiempo, y veía claro que un sólo pensamiento le ocupaba, que un sólo nombre estaba en sus labios, que una persona, desconocida para él algunos meses antes, había llegado al único interés de su vida y había cubierto como con un velo sus antiguos afectos. Se preguntaba cómo había sucedido aquello y por qué no se había defendido mejor contra aquel amor insensato cuyos peligros adivinó desde el primer día.

Se había figurado hallar un refugio cerca de Akulina, á quien creía amar, pero aburriéndose á su lado, pensaba en Celia. Además, no podía volver á casa de Antonovitch desde que era ostensiblemente el novio de la supuesta prima. Aquel noviazgo simulado había acabado de turbar su alma, determinando sus sentimientos; estaba enamorado de una mujer tan inaccesible para él como para la mariposa oscura la resplandeciente luna que quisiera alcanzar durante la noche. El movimiento de loca ira que le había impulsado cuando vió á Penoutchkine rodear con sus brazos la cintura de Celia, le había hecho ver claro y definido el estado de su corazón; lo que le había exaltado no era la irritación de ver insultada en su presencia una señorita noble, á quien se creía una aldeana, sino un violento y doloroso sentimiento de celos.

Pero en aquel día tan agitado, había existido un momento dulcísimo, del cual Andrés no quería acordarse, y que acudía á su memoria sin cesar; la joven se había apoyado un instante sobre su pecho, haciéndole respirar el perfume de sus cabellos y sentir cerca de los labios un leve allento.

Toda su vida se borraba ante aquel minuto de embriaguez.

Sin embargo, se repitió cien veces que aquella era una locura que debía arrojar de su espíritu tan culpables pensamientos, y al levantarse al día siguiente, tras una noche de insomnio, estaba resuelto á dominar su corazón y proceder razonablemente.

Cogió su mejor caballo y pasó todo el día fuera, mató algunos cuervos que no recogió, y un zorro que llevó á la granja.

Celia se había aburrido mortalmente, pasando el día llena de impaciencia, y Catalina había pagado su mal humor, lo mismo que Macha; pero después la joven se disculpó con el pretexto de una excitación nerviosa. Causó gran tristeza á las dos mujeres verla así.

Cuando Andrés volvió, Celia le dijo brusca-mente, enfadada y risueña á medias:

—Oye, no quiero tener un novio que sale sin mi permiso.

—La señora se burla de mí—dijo Andrés.

—Quiero mandar en la casa—prosiguió—y será necesario que mi marido me obedezca.

Andrés la miró un momento y dijo con expresión singular:

—Los aldeanos no son como usted cree; mandan en sus mujeres y hasta las pegan.

—¿Catalina, es cierto eso?—preguntó la condesita.

—Ivan no me pega—dijo Catalina—pero por eso se burlan de él en el pueblo.

Andrés se acostó después de cenar so pretexto de estar muy cansado.

Al día siguiente iba á salir como la víspera, para no volver en todo el día, pero su madre lo detuvo al ir á montar a caballo.

—Quédate, Andrés, la señorita parecía muy preocupada ayer; temo que esté enferma, y si necesita ir á dar una vuelta engancharás el tronco.

—Ya lo hará Fedor y la sacará á paseo.

—Pero puede preferir ella que seas tú.

—No sé por qué—exclamó Andrés;—Fedor guía los caballos tan bien como yo.

Y salió al galope de su caballo, aunque llevaba el corazón en un puño al alejarse, y estuvo á punto de retroceder; pero venció tal debilidad y se internó en el bosque.

Por la noche Celia no habló con él. No había querido salir y parecía estar triste. Andrés sintió como remordimientos, y al día siguiente no salió.

—¿Quiere usted dar una vuelta en trineo?—preguntó á la joven después de almorzar.

—Debería negarme, pero tengo ganas de ver la nieve. ¡Vamos! Y salieron.

Andrés notó que la lucha contra sí mismo que había sostenido durante los dos días anteriores no había dado otro resultado que hacer más ardiente su error. Temía no poder dominar su omoción volviéndose á ver tan cerca de aquella, de cuya compañía quería huir, y necesitaba toda su energía para pensar que realmente no llevaba consigo á su novia por las estepas de nieve, sino á una gran señora que se divertía con él.

En algunos momentos la cólera hacía hervir su sangre.

—En este desierto, y sola conmigo, no experimenta inquietud alguna—pensaba—y me desprecia demasiado para temerme.

Y le dirigió alguna mirada que, afortunadamente, no comprendió ella.

A la vuelta estaba descontento de sí mismo y se tenía mala voluntad por haber consentido en aquel paseo y no haber tenido energía.

—Pronto me haré cobarde—se decía,—me extenuarán las noches sin sueño y un chiquillo podrá conmigo. Hay que buscar un medio de salir de este estado.

Algunos días después se puso el traje de caza y salió al amanecer. Antes de montar á caballo dió un beso á su madre.

—Hoy mataré un lobo—dijo—riendo á carcajadas.

Catalina entró en casa preocupada, sin saber por qué, pero su corazón de madre, que á veces se alarmaba por poca cosa, había sentido un doloroso sacudimiento al ver marcharse á su hijo. No había intentado detenerle, porque sabía que hubiera sido inútil. Permaneció un momento en el umbral de la puerta como petrificada, y después se metió en casa con los ojos llenos de lágrimas y, arrodillándose sobre el banco de madera empotrado en la pared, rezó largo tiempo ante la imagen de San Sergio.

Pensó no comunicar á nadie su inquietud, pero á mitad del desayuno, lanzó de pronto un grito.

Levantando los ojos por casualidad, acababa de ver en la pared las armas de Andrés colgadas en cruz como de costumbre.

—¡Señor! no ha cogido su carabina—gritó.—Ya sabía yo que meditaba alguna locura. Celia palideció y miró á Catalina con angustia.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?—preguntó Ivan poniendo violentamente el vaso sobre la mesa.

—Andrés no se ha llevado la escopeta—dijo.

—Mira, ahí están sus armas. Ivan se volvió y contestó:

—Bueno. Es que se habrá llevado la de Fedor.

—No—dijo éste,—no es posible. Ya sabe Andrés que no vale nada.

—Habrá visto en el camino á un amigo que le habrá prestado una; de todos modos, si no ha cogido el arma, es que no le hará falta.

—Me ha dicho que iba á matar un lobo.

—¡Vamos, vamos! No seas loca. ¿Vas á lloriquear ahora? Parece que tu hijo tiene aún tres años y no puede dar un paso sin tí.

—Una desgracia sucede pronto—dijo Macha.

—¡Bueno! ¡ahora la otra!... ¿Acabaremos ó no?—gritó Ivan dando un puñetazo en la mesa.

—Acabaréis por asustarme—dijo Celia, que se fué á su cuarto llorando también y se sentó en el borde de su cama, llena de asombro por verse tan conmovida.

—¿Estoy loca? ¿Qué me pasa? Creo que si á ese muchacho le sucede una desgracia tendré yo la culpa.

Catalina vino á buscarla á su cuarto.

—¡Qué buena es usted! ¡Cómo participa de nuestros pesares!

—¡Vamos, dime la verdad! ¿Por qué estás tan inquieta?

—Mire, presentimientos. Las madres nos asustamos en seguida. Me ha parecido que á Andrés le pasaba algo raro esta mañana. Sus ojos brillaban más que de costumbre. Me ha dado un beso y luego ha soltado una carcajada que me ha hecho daño. Celia bajó la cabeza.

—¿Pero qué tiene?—dijo con trémula voz:—

¿Tiene algún motivo para morir?

—¡Morir! ¡no diga usted eso! Mi hijo cree en Dios y no está loco: aquí nada le falta y es feliz.

—¿Entonces qué temes?

—¡Qué se yo! una desgracia, una imprudencia, porque es muy audaz.

—Pero también es fuerte y diestro; nada le sucederá—dijo ella, y se quedó completamente tranquila.

Catalina se tranquilizó también algo y se ocupó en los quehaceres de la casa, pero el día fué triste. El tiempo estaba muy sombrío, había tormenta y levantaba la nieve, que pronto cayó en grandes copos.

Celia, á través de los cristales, la veía caer. Sacudida por el viento, la nieve parecía sucia, color de ceniza; giraba, huta y volvía luego silenciosamente; á veces parecía subir, y después, con la vista fatigada, no podía distinguir si subía, bajaba, ú oscilaba solamente. Cuando la borrasca agujereaba un momento las cortinas de nieve, disipábase la ilusión.

Llegó la noche y cenaron todos sin Andrés, después de haberle esperado en balde.

Entonces le tocó á Ivan bajar la cabeza, pero no hablaba para ocultar su inquietud. Macha se santiguaba á cada momento y Catalina abría la puerta y escuchaba.

—Sigue nevando—decía al volver.

Celia también aguzaba el oído en cuanto sonaba el más leve rumor; volvían sus remordimientos, se sentía culpable, y habría dado lo mejor de su fortuna por ver aparecer al joven en el marco de la puerta.

Estremeciéndose de repente:

—Algo oigo—exclamó.

Todos detuvieron la respiración y escucharon, amortiguado por la nieve, el ruido del galope de un caballo. Catalina corrió á la puerta.

—¡El es! ¡El es! ¡Ya vuelve! ¡Qué tontos hemos sido!—gritó.

Poco después entró Andrés en la sala.

Al verle Celia no pudo retener un grito de admiración y espanto.

El joven venía cubierto de sangre, con la cabeza al aire y con el pelo revuelto y lleno de nieve. Una extraña expresión de alegría heroica y feroz brillaba en su rostro, centelleaban sus claros ojos y llevaba al hombro el cadáver de un lobo corpulento.

—¿Le doy á usted miedo?—preguntó á la joven.—No hay que temer, la fiera está muerta.

—No puedes figurarte qué hermoso y terrible estás—le contestó.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Te lo digo porque es verdad. Si hubiera un pintor aquí me comprendería.

—¿Verdad que está hermoso mi hijo?—dijo Catalina levantándose para abrazarle.

—Andrés dejó caer el animal al suelo.

—La sangre manchará el suelo—dijo Ivan.

—Este lobo no ha perdido una sola gota de sangre—respondió Andrés;—no se le encontrará en su piel la huella de una bala ni de un puñal, porque lo he ahogado con mis dos manos.

—¡Dios mío! ¿Estás loco? Ya no cazas, ahora te peleas con las fieras, y por eso no has llevado armas. Pero ¿y esa sangre que te mancha?

—Es la mía. El lobo no se ha dejado matar mansamente; se ha defendido bien. Se me metió en la cabeza atacarle solamente con las armas que debo á Dios.

—¿Y por qué has hecho eso?—preguntó con gravedad Ivan.

—Me sentía cobarde y creía haber perdido las fuerzas, y me he querido enterar bien.

—Bien has hecho—respondió Ivan.

Catalina se persignó y escupió al suelo al oír

semejante cosa, y después fué á buscar la cena de Andrés, que se había quedado á la lumbre.

La joven se sentó y bebió con Andrés; éste comió poco, y como vencido por el sueño y la pereza, recostó la cabeza en las manos y permaneció inmóvil, sin contestar apenas á las preguntas con que le abrumaban.

Pronto fueron todos á acostarse. Celia se quedó sola enfrente de Andrés, que no la veía.

Puso la mano sobre el brazo del joven.

—Dispénseme usted—dijo éste alzando vivamente la cabeza—si soy descortés. La tempestad me ha soplado brutalmente en el rostro durante muchas horas, y ahora el calor de la habitación me entumecerá.

—Andrés—dijo suavemente Celia,—¿qué tienes? dímelo.

—Creo que tengo fiebre—contestó procurando desasir el brazo.

—Finges no comprenderme, pero bien veo que desde hace algunos días te pasa algo extraordinario. Te ruego que me abras tu pecho.

—¡Me pide usted que la abra mi pecho!—exclamó Andrés con una voz que la asustó.—Quiere usted que desencadene la fiera que me devora encerrada dentro de mí; quiere usted verla erugir y verla saltar. No la teme usted; sí, usted la ha hecho nacer y crecer creyendo que era un cordero, y es un león feroz; no juegue usted con él.

—¡Estás muy bien así! Incomparable es el brillo de tus ojos—dijo Celia que con la cabeza apoyada en una mano contemplaba á Andrés con insolente admiración.

—No se ría usted, señora, porque no tiene derecho á despreciarme. Lejos estoy de usted, pero tengo corazón más altivo que muchos de sus

iguales; estos consienten en ser el esclavo y el juguete de una coqueta, y yo me creería despreciable si lo hiciera así; aquí somos rudos y sencillos, no sabemos dar á nuestra voz esas inflexiones acariciadoras que prenden como un lazo; nada entendemos de esas dulces miradas que entran en el corazón sin querer decir nada. Por aburrimiento, por costumbre, no sé porqué, me ha mirado usted así. Protegida por su orgullo se ha dignado deslumbrarme con la tranquilidad del sol que sabe muy bien que es inaccesible. Pues bien, cerraré los ojos, porque no quiero volverme loco. ¿Conque quiere usted saberlo? Pues por huir de usted me voy á los bosques y busco la compañía de las fieras; para acallar mi sangre me bato con los lobos; quiero matar este amor ofensivo para usted y mortal para mí. Ya sé que la privo á usted de un pasatiempo que le agradaba, pero es que juega usted con mi vida.

—Eres malo, Andrés; nunca se me ha hablado así—dijo Celia.—Ya que mi presencia te irrita, me iré de esta casa.

Andrés palideció y miró á Celia con espanto, diciéndole, después de un momento de silencio:

—¿Quiere usted marcharse de aquí, y por causa mía? Estoy loco: he alzado la voz; me he quejado de usted. ¡Un mujik ha hablado á usted de esa manera! Es que estoy febril, ya he dicho á usted que he sentido hoy penetrar los dientes del lobo en mi garganta, he perdido mucha sangre, no me encuentro como todos los días. Perdóneme usted y dígame que no se irá.

—Me quedaré, pero te ruego que te tranquilices. ¿Por qué estás tan pálido? Tu frente arde, estás enfermo, todavía echas sangre y te vas á desmayar.

—Nada tema usted. Hace un momento, cuando ha dicho usted que se marchaba, he creído que me moría, pero ya se me ha pasado. Olvide usted cuanto la he dicho y perdoneme. Seré su esclavo y fingiré ser su novio, puesto que así lo quiere, hasta el día en que vuelva usted á su casa. Entonces, ya veremos.

—Callate, porque esta noche estas demasiado exaltado—dijo Celia comprimiendo con el pañuelo la herida que Andrés tenía en el cuello.—Aquí no hacéis caso de nada; un noble, en el estado en que tú te encuentras, estaría metido en la cama gimiendo y rodeado de médicos.

—¡Bah! Esto no es nada; he perdido un poco de sangre, y esto á veces es conveniente.

—Por culpa mía te haces devorar por los lobos. Si te hubiesen matado no habría podido yo vivir tranquila. Si crees que no tengo corazón y que me eres indiferente, te engañas. Te aseguro que si fueras mi igual te querría con toda el alma.

VIII

Tibias auras empezaban á correr por la atmósfera, quebraban los ríos su cubierta de hielo y la nieve se ablandaba bajo los rayos más cálidos del sol; terminaba el invierno y preparaba la primavera su llegada. Se anunció al principio con una horrible mezcla de lodo y nieve, y las calles del pueblo se convirtieron en pantanos intransitables, sobre los cuales hubo que echar puentes. En el campo, la nieve que todavía ocupaba algunos sitios, parecía una gran sábana agujereada. Reaparecía la huella de sendas y caminos, y los pinos, envueltos á lo lejos en una especie de neblina morada, reco-

braban de cerca su color sombrío y dejaban caer de sus ramas los últimos carámbanos.

Pronto desapareció todo vestigio de nieve y empezaron los trabajos campestres.

Animóse la granja; volvieron las aves al corral, se arrullaban las palomas en el tejado, abriéronse los establos y los graneros y se bajó el trigo para la sementera. Por la mañana salían dos parejas de bueyes tirando de los arados, y los hombres permanecían en el campo todo el día.

Generalmente Andrés, aunque cazador, gustaba de trabajar en el campo, pero aquel año pareció no enterarse de la venida de la primavera. Cuando Celia estaba durmiendo ó vistiéndose, pasaba horas enteras como absorto, sin decir ni escuchar nada.

—¡Andrés, Andrés, cavilas demasiado!—le dijo un día su padre al verlo apoyado de codos en la mesa mirando fijamente al suelo.—¿No vendrás al campo?

• Andrés hizo una seña negativa. El aldeano se encogió de hombros y se fué murmurando:

—Habrá que casar á este muchacho.

Por la tarde, Andrés corría por el campo con Celia. Iban á ver las primeras hojas que brotaban, los primeros arbustos que florecían. La joven se maravillaba de todo y preguntaba los nombres de los árboles y de las plantas. Una rana que, al asustarse, saltaba bruscamente á un charco, la hacía reír como una criatura; daba un chillido de miedo cuando un insecto atravesaba el sendero, ó se detenía, con un dedo en la boca, para mirar un pájaro que brincaba cerca de ellos, de rama en rama.

Andrés le decía el nombre del insecto ó le refería las costumbres del pájaro.

—¡Qué sabio eres!—le decía Celia.
A veces encontraban aldeanos que les decían, saludándoles de lejos:

—Pero, ¿cuándo es esa boda?

Otras veces, alguno decía alegremente á Andrés dándole una palmada en el hombro:

—¡Qué suerte, picarón!

—¡Pobre muchacho!—murmuraba Celia.—

—¡Con qué paciencia soporta tanta molestia!

—Pues sí, tienen razón—contestaba Andrés.—

La ven á usted á todas horas. Vamos del brazo. Usted no se enfada cuando miro largamente, sin poderlo remediar, ese hermoso rostro con que soy completamente feliz.

Singulares rumores empezaron á recorrer el pueblo; decían que la sobrina de Ivanovitch no era tal sobrina, sino una alta dama que había cometido un crimen, y á quien buscaba la policía, y que había prometido una gran cantidad de dinero á Ivan si éste lograba salvarla de sus perseguidores, siendo su noviazgo con Andrés otra mentira. Akulina era quien había hecho correr aquel cuento. Aseguraba que cuando nadie veía á Andrés, éste hablaba á la señora como á una persona superior. Este rumor empezó á alcanzar crédito; Andrés se enteró y sintió viva inquietud por ser fundado en parte.

Un día hacía ya calor y Celia se hallaba tendida en un soto y Andrés cerca de ella. Nada hablaban. La dorada luz del sol se deslizaba en tenues hilos entre las ramas y cabrilleaba en la punta de las yerbas. Un ruiseñor cantaba en un bosque próximo, y Andrés miraba á la joven, que alguna vez le miraba también, mordiendo una flor.

De pronto, con su oído de cazador, Andrés

distinguió un roce imperceptible entre los árboles.

—Alguien anda por ahí—se dijo,—é inclinándose rápidamente hacia Celia:—haga usted su papel de aldeana, porque nos espían.

—¡Ay, alma mía!—exclamó en voz alta.—
¿Acabará de llegar tu padre para que nos casemos?

—Ya sabes que mi padre está de viaje y su vuelta depende de la voluntad de los amos—contestó Celia.

—Tú lo tomas con mucha tranquilidad. ¿No ves que soy muy desgraciado? Si me quisieras como yo á tí, compartirías mi pesar.

—¿Si dirás que no te quiero?

—Sí, lo digo y lo aseguro.

—¿Qué haré para probarte lo contrario?

—Si me quieres, dame un beso—exclamó Andrés rodeando con su brazo la cintura de Celia.

—Te besaría con mucho gusto, pero eso es malo.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Por qué ha de ser malo dar un beso al hombre con quien has de pasar toda la vida?

—Si no es malo, lo hago con toda el alma—dijo Celia rozando con sus labios la frente de Andrés.—Y ahora, ¿estás contento?

—Si—replicó Andrés en voz baja.

Algunos momentos después un hombre salía de entre los arbustos; fingió ver por primera vez á los jóvenes, y se acercó á ellos. Era un amigo de Andrés que quería saber si las murmuraciones contra ellos eran fundadas.

—Hola, Ivanovitch—exclamó.—Precisamente te estaba buscando.

—¿Te puedo servir de algo?

—Te quería pedir el favor de ser el padrino de tu primer chico.

—Concedido — contestó el joven apretando fuertemente la mano de su amigo.

Una tarde que Celia volvía a la granja con Andrés, Catalina le dió una carta.

—¡Dios mío, es de Pablo! — gritó abriéndola con presteza.

Después leyó en alta voz:

—Querida y respetada señorita: Su tutor ha muerto de repente ayer mañana. El pobre señor, víctima de una apoplejía, ha dejado este mundo sin recobrar el conocimiento. ¡Dios le haya perdonado!

Ahora es usted libre y dueña de su fortuna y puede volver a su casa sin temor a contrariedades. La señora Prascovia dejará el castillo en cuanto usted llegue, salvo las órdenes de usted. Tendré el honor de ir a buscarla a usted pasado mañana temprano, cuando hayan terminado las ceremonias del funeral.

Besa respetuosamente la orilla de su vestido, con gran satisfacción por volverla a ver, su humilde y devoto servidor,

Pablo Petrovitch.

Después de la lectura de esta carta, Celia miró a Andrés. Este se había dejado caer sobre el banco, pálido como un muerto, y la miraba con extravío.

—De modo que el pobre hombre ha muerto de repente — dijo Catalina. — Nadie podía figurárselo... ¿Qué te pasa, Andrés, que estás tan pálido? — añadió observando el trastorno de su hijo.

—Nada, madre; la alegría llevará a la señorita libre de sus disgustos.

Después de decir estas palabras con voz aho-

gada, Andrés salió de la sala precipitadamente, huyó al monte, y echándose sobre un montón de hierba segada, rompió a llorar como un loco la primera vez en su vida.

IX

Pasados dos días, toda la familia de Ivan Ivanovitch estaba reunida cerca de las doce ante la puerta de la granja, alrededor de un ligero cochecillo tirado por dos caballos negros. Pablo estaba en el pescante, y un criado joven que había traído con él le ayudaba a colocar los equipajes. Varios mujiks, parados a la orilla del Támesis, contemplaban con indolencia los preparativos de la marcha.

Todo estaba dispuesto. Celia, que había vuelto a ponerse su verdadero traje, abrazó a Catalina que lloraba amargamente, a Macha, que lloraba también, a Ivan, a Redor y a Fedia, el chiquito, y después subió al coche.

Andrés, a caballo, quiso escoltar a la joven durante una hora ó dos.

—Siento tristeza al marcharme — dijo Celia echando una mirada a la granja, a la ventana abierta del cuarto donde había vivido y a toda aquella gente desolada.

—¡Qué acostumbrados estábamos a usted! — dijo Catalina sin cesar de llorar. — ¡Qué vacía nos va a parecer la casa! ¡Qué tristes vamos a estar!

—Os aseguro contestó Celia — que nunca olvidaré los días que he pasado con vosotros, y que han sido los mejores de mi vida. Vamos, no lloréis más, que a mí también me falta poco para llorar.

—Te quería pedir el favor de ser el padrino de tu primer chico.

—Concedido — contestó el joven apretando fuertemente la mano de su amigo.

Una tarde que Celia volvía a la granja con Andrés, Catalina le dió una carta.

—¡Dios mío, es de Pablo! — gritó abriéndola con presteza.

Después leyó en alta voz:

—Querida y respetada señorita: Su tutor ha muerto de repente ayer mañana. El pobre señor, víctima de una apoplejía, ha dejado este mundo sin recobrar el conocimiento. ¡Dios le haya perdonado!

Ahora es usted libre y dueña de su fortuna y puede volver a su casa sin temor a contrariedades. La señora Prascovia dejará el castillo en cuanto usted llegue, salvo las órdenes de usted. Tendré el honor de ir a buscarla a usted pasado mañana temprano, cuando hayan terminado las ceremonias del funeral.

Besa respetuosamente la orilla de su vestido, con gran satisfacción por volverla a ver, su humilde y devoto servidor,

Pablo Petrovitch.

Después de la lectura de esta carta, Celia miró a Andrés. Este se había dejado caer sobre el banco, pálido como un muerto, y la miraba con extravío.

—De modo que el pobre hombre ha muerto de repente — dijo Catalina. — Nadie podía figurárselo... ¿Qué te pasa, Andrés, que estás tan pálido? — añadió observando el trastorno de su hijo.

—Nada, madre; la alegría llevará a la señorita libre de sus disgustos.

Después de decir estas palabras con voz aho-

gada, Andrés salió de la sala precipitadamente, huyó al monte, y echándose sobre un montón de hierba segada, rompió a llorar como un loco la primera vez en su vida.

IX

Pasados dos días, toda la familia de Ivan Ivanovitch estaba reunida cerca de las doce ante la puerta de la granja, alrededor de un ligero cochecillo tirado por dos caballos negros. Pablo estaba en el pescante, y un criado joven que había traído con él le ayudaba a colocar los equipajes. Varios mujiks, parados a la orilla del Támesis, contemplaban con indolencia los preparativos de la marcha.

Todo estaba dispuesto. Celia, que había vuelto a ponerse su verdadero traje, abrazó a Catalina que lloraba amargamente, a Macha, que lloraba también, a Ivan, a Redor y a Fedia, el chiquito, y después subió al coche.

Andrés, a caballo, quiso escoltar a la joven durante una hora ó dos.

—Siento tristeza al marcharme — dijo Celia echando una mirada a la granja, a la ventana abierta del cuarto donde había vivido y a toda aquella gente desolada.

—¡Qué acostumbrados estábamos a usted! — dijo Catalina sin cesar de llorar. — ¡Qué vacía nos va a parecer la casa! ¡Qué tristes vamos a estar!

—Os aseguro contestó Celia — que nunca olvidaré los días que he pasado con vosotros, y que han sido los mejores de mi vida. Vamos, no lloréis más, que a mí también me falta poco para llorar.

—¡Vamos, vamos!—exclamó Pablo—sed razonables, amigos míos; no parece sino que vamos a algún entierro. Ya nos volveremos a ver, que no nos vamos ni muy lejos ni para siempre.

—Razón tiene—añadió Celia,—nos veremos con frecuencia, porque ya vendréis a pasar algunos meses al castillo. Hasta la vista, queridos amigos, y mil gracias por vuestra buena hospitalidad.

—¡El cielo os proteja, señora!—exclamó Ivan agitando su gorro.

—¡Adiós, adiós, señorita querida! ¡Que sea usted feliz!—dijo Catalina limpiándose los ojos. Salió el coche a galope. Celia se volvió é hizo otra seña de despedida á los aldeanos, después el camino hizo una curva, y ya no les vió.

Andrés galopaba al lado del coche. Lívido, con los dientes apretados, y rodeados los ojos de ojeras azuladas, miraba ante sí estremecido á veces por la fiebre.

—El que nada dice es el más desconsolado—murmuraba Pablo mirándole á hurtadillas.

Celia no se atrevía á hablar al joven, porque nada había podido decirle. Sabía que aquel dolor era demasiado profundo para que lo calmaran palabras vulgares, y además, ella sentía también algo como una inquietud indefinible que le apretaba el corazón.

El día era cálido, puro el cielo; el polvo levantado por las ruedas del carruaje extendía una nube de oro á los rayos del sol; cantaba una alondra aleteando á gran altura, y las cigarras producían incesantemente el ruido de una caraca.

Llegado al pie de una cuestecilla, Andrés se detuvo de pronto.

—Acabemos—dijo.—De aquí no paso.

Pablo refrenó á los caballos.

—Adiós, querido Andrés, adiós. No me olvides. Muchas veces pensaré en tí—dijo Celia.

—¡Vea usted qué hermoso tiempo—contestó.—El aire huele bien, arde el sol, parece un día de fiesta. ¿No es este un buen presagio para la marcha?

—¿Qué quieren decir esas frases incoherentes? ¿Pierdes el quicio, Andrés?—preguntó Celia.

Sonrió el joven, y dijo:

—¡Ay! ¡Si estuviera ya loco!

—¿Qué te pasa? ¡Tu mirada aterra!

—¡Adiós—gritó—adiós, hermosa novia mía!

Y huyó por el campo.

—¡Protéjanos San Sergio!—murmuró Pablo.

—El pobre ha tomado su papel por lo serio.

Celia, inclinada, fuera del coche, seguía con la mirada al joven, cuyo caballo parecía desbocado.

De pronto vió caer á Andrés y oyó un tiro.

Un grito de horror se le escapó de sus labios.

—¡Le ha matado! ¡Loca de mí! ¡Le quería!

Pablo lanzó sin vacilar sus caballos á través de las plantaciones, en la dirección que había tomado Andrés. De pie, sobre el pescante, exploraba con la vista un gran espacio, mientras dirigía el tronco, algo espantado por los saltos del coche y las espigas que se les hincaban en el pecho. Algún tiempo llevaba sin descubrir nada, cuando una de las ruedas del coche pasó bruscamente por encima de un obstáculo que había encontrado.

Pablo saltó con presteza al suelo.

—Esta es la carabina de Andrés—dijo—y está, en efecto, descargada.

Celia se había tapado la cara con las manos,

sin querer ver nada, pero se descubrió los ojos á su pesar.

—¿Donde está él?—preguntó angustiada.

—No lo veo—contestó Pablo,—Dios sabe á donde le habrá llevado su caballo.

Sin embargo, se inclinó.

—Aquí hay sangre—dijo—y yo creía que era una amapola.

Celia se lanzó fuera del coche, exclamando: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué habrá sido de él! Y miraba con desesperación la impenetrable muchedumbre de los trigos ya muy altos.

—Por este lado hay gotitas de sangre en las espigas que están ligeramente inclinadas, sigamos esta huella.

Celia echó á correr en la dirección indicada, y Pablo iba detrás. Algunos tallos rotos y muchas espigas inclinadas, les guiaban.

De pronto la joven dió un grito y cayó de rodillas.

—¡Ahí está inmóvil! ¡Pablo, está muerto!—gritó rompiendo á llorar.

Pablo se arrodilló junto al hijo de su amigo.

—Muerto no está, pero es lo mismo, porque agoniza. ¡Pobre Andrés! ¡Parece imposible!

—¡Andrés, Andrés! ¡Háblame, te lo ruego, di una palabra, dime que me perdonas! Ya ves, Pablo, como ha muerto, puesto que no lo despierta mi voz. Culpable he sido, Dios mío, pero el castigo es demasiado cruel.

—¡Tan guapo, tan joven, tan valiente, y morir así!—murmuraba Pablo.

—¡No, no es posible! ¡No morirá! ¡Yo le salvaré!—exclamaba la joven con febril exaltación—¿qué sería de mí sin él? ¿Porque le amo, me oyes? Tengo en un dedo su anillo de boda y me casaré con él, lo juro.

Pablo miraba á su ama cón espanto.

—Ven—continuó ésta,—nos lo llevaremos al castillo, no perdamos un instante.

—Llévesme—dijo Pablo,—pero mucho me temo que cuando lleguemos sea cadáver.

—Cállate, Pablo, ¿no crees en Dios?

—No diga usted eso—respondió Pablo santiguándose.

Se acercó el coche, y Pablo, con ayuda de su compañero, que se había quedado junto á los caballos, levantó al herido con cuidado; al primer movimiento, un chorro de sangre brotó de la herida manchando la falda de Celia, que estuvo á punto de desmayarse; pero dominó su dolor y ayudó á colocar á Andrés sobre los almohadones; luego se sentó á su lado.

Pablo llevó los caballos de la brida hasta el camino; allí subió al pescante y los lanzó á galope.

El viaje fué para Celia un largo suplicio: sostenía lo mejor posible al moribundo, cuya inerte cabeza sentía saltar sobre su hombro al menor vaivén; Celia se estremecía y procuraba evitar sus consecuencias para el herido.

—¿Le quieres matar, Pablo? ¡Modera la velocidad!

En cambio otras veces temía ir demasiado despacio, y gritaba:

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! Su sangre brota por todas partes. Si tardamos en llegar algunos minutos, no le quedará una gota en las venas.

Al fin llegaron á Wologda y atravesaron la puerta del castillo. Antes de poco tiempo un médico asistiría al herido.

Criados y criadas se juntaron alrededor de la gradería para saludar á la señora. Prascovia, muy enlutada, se adelantaba también con triste

aspecto. Por poco se cae de espaldas viendo á la joven cubierta de sangre, con el rostro trastornado y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Señor! ¡Qué catástrofe!—gritó.

—¡Abrid las puertas! ¡Traed paños limpios y agua fría!—exclamó Celia al penetrar en el vestíbulo.

Después abrió la escalera corriendo.

—¿A qué cuarto hay que llevar al herido?—preguntó una doncella—¿al del señor que acaba de morir?

—No, no—dijo Celia;—llevadle al cuarto de mi padre.

—¡Al cuarto de su padre!—murmuró Prascovia.—A un cuarto que no dejó habitar por nadie y que venera como si fuese una capilla. ¿Es algún gran dignatario el moribundo que nos trae?—preguntó á un criado.

—Es un mujik, señora.

—¡Un mujik! ¡Esta muchacha se ha vuelto loca!

—Y subió llena de curiosidad detrás de los hombres que llevaban al herido.

Por fin extendieron á Andrés en una cama, y Celia se inclinó hacia él para ver si respiraba todavía.

—¡Dios mío! ¿Vendrá ese médico?—exclamaba desesperada.

—¡Aquí está, señorita!—dijo una voz que Celia conoció en seguida.

—¡Ah, querido Ovnikof! ¡Venga usted en seguida!

El doctor entró en el cuarto y dió el sombrero y el bastón á un criado, diciendo:

—¡Calma, calma! ¿Qué sucede? ¿Por qué está usted así?

—Celia se acercó á la cama.

—¡Ah!—dijo el médico—¡un accidente!

Sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió la frente, y después sacó de la cartera unas tijeras y cortó rápidamente los vestidos del herido.

—Denme agua—dijo.

Apareció la herida algo más arriba de la tilla izquierda, y el doctor la examinó largamente, diciendo:

—Es raro; la bala ha entrado de abajo arriba. ¿Cómo ha ocurrido el accidente?

—La carabina se ha descargado estando el joven á caballo—contestó Celia.

—Incomprensible es, pero eso importa poco. Ayúdame á levantarlo—dijo á Pablo que estaba inmóvil cerca de la cama.—Eso es—añadió,—la bala ha salido por encima del hombro.

Sintió el herido un espasmo convulsivo y apareció en sus labios sangrienta espuma.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Acabáis con él, doctor—gritó Celia—Parece que agoniza.

—No; es que se ahoga; pero váyase usted de aquí, querida niña, este espectáculo doloroso le causa á usted demasiada impresión.

—No, no; me quedo. Mire usted, ahora abre los ojos.

Andrés recorrió la concurrencia con una mirada sin expresión, y después perdió de nuevo el conocimiento.

—¡Señor, esto es horrible!—dijo la joven tándose el rostro con las manos.

El doctor hizo la cura sin que el enfermo se estremeciera. La respiración penosa y profunda era lo único que dilataba en él la vida.

—¿Hay esperanza?—preguntó Celia mirando á Ovnikof angustiosamente.

—Nada puedo decir aún—respondió el doctor encogiéndose de hombros. La herida es muy

grave, y si una costilla no hubiera hecho desviarse la bala, ésta habría penetrado en el corazón. El pulmón está atravesado y de nada puedo responder.

—Doctor, si quiere usted á la niña á quien ha visto nacer, le salvará usted—exclamó Celia.

—¿No la he de querer á usted? ¿Se interesa usted mucho por él?

—Mucho—contestó Celia ruborizándose algo.

—Es realmente el joven más hermoso que he visto. ¿Quién es?

—El hijo de un aldeano que me ha prestado grandes servicios. ¡Ay, Pablo! ¿Qué dirán Ivan y Catalina? ¿Cómo les daremos cuenta de esta desgracia?

—¡Pobres amigos! No seré yo quien les lleve la noticia—dijo Pablo llorando.

—Manda á alguien que les digan que ha ocurrido un accidente: que Andrés se ha caído del caballo y que le hemos traído aquí para cuidarle mejor, y que esperamos salvarle. ¿Verdad, doctor, que le salvaremos?

—Es joven y robusto, quizá le salvemos.

—Haré lo que usted manda—dijo Pablo marchándose.

Prascovia fué tras él para interrogarle.

—Veamos, hija mía—dijo Ovnikof al verse sólo con Celia—¿qué tiene usted? ¿Qué ha pasado? Celia bajó los ojos.

—Creo adivinar la verdad—dijo el doctor—no se explica la herida de este muchacho más que como una tentativa de suicidio. Ha querido matarse y tal vez por causa de usted.

—Verdad es—dijo resueltamente la joven—y, si muere, llevaré mis remordimientos á un convento.

—¡Vamos, vamos! Menos exaltación, juro ha-

cer cuanto esté en mi mano para sacarle adelante. Pero ruego á usted que se tranquilice, porque tiene la cabeza ardiendo y está febril. Quitese usted ese vestido ensangrentado y descanse un poco sin temor, que yo me instalo junto al herido y no me muevo de aquí.

Celia estrechó con efusión la mano del doctor y se alejó después de haber mirado largamente á Andrés. Prascovia fué á buscar á la joven á su cuarto, volviendo á tomar el doliente aspecto que había preparado para recibirla. Las doncellas desnudaban á Celia y le bañaban la frente con agua fresca mientras estaba echada en un sofá.

—Querida señorita, ha muerto su tutor, mi pobre marido, el compañero de mi juventud—dijo Prascovia echándose á llorar.

—Ya lo sé, ya—respondió Celia.

—¡Qué horrible desgracia! Ayer le han enterado y creo que no le sobreviviré.

—Hay que resignarse—dijo Celia;—aun es usted joven y se volverá á casar.

—¡Hablarme de eso cuando está recién enterado mi esposo!—gritó Prascovia levantando los brazos al cielo.

—No me haga usted caso, porque tengo la cabeza trastornada.

—Quizá la desagrado á usted mi estancia en el castillo; si así es, al momento me iré.

—No, no, quédate. ¿Qué sería de mí en el estado en que me encuentro sin poder ocuparme de nada?

—La muerte de mi pobre Sarnilof me ha dejado casi sin recursos, se había arruinado... ¡Ah! Ahí está Alejandra haciéndome señas.

Prascovia fué á hablar con una criada y volvió en seguida.

—Una visita, hija mía. Ya sabe todo el mundo que está usted de vuelta.

—Digan ustedes que estoy enferma.

—Pues si es el gobernador del distrito con su mujer, que vienen a dar el pésame.

—Pues como si fuera el Gran Turco—exclamó Celia,—para visitas estoy yo.

Y dejó su habitación para volver junto al herido.

—Pues señor, novela tenemos—se decía Prascovia bajando al salón.—Imposible es que a un mujik le de ella la habitación de su padre, llame por él al médico y mande a pasear al gobernador. Ese aldeano es algún príncipe disfrazado.

—¡Dios mío! ¡doctor! ¿está peor?—preguntó Celia viendo a Ovnikof inclinado hacia el herido cuando penetró en el cuarto.

—Apenas puede respirar; la sangre no sale ya de la herida, y temo una hemorragia interna. Ordene usted que suba mi cochero cuando vuelva de la farmacia.

Celia misma bajó y salió del peristilo:

El carruaje del Gobernador esperaba al pie de la escalinata; los caballos removían la arena con los cascos, mientras el lacayo saboreaba un vaso de kwas.

—¿Es ese el coche de Ovnikof?—preguntó la joven.

—No, señorita—contestó su criado,—es ese otro que viene ahora.

Celia no dió al cochero tiempo de bajar, cogió el paquete de medicinas y volvió a la casa. En aquel momento se abrió la puerta del salón, y con ruido de voces, el gobernador, su mujer y su hijo, seguidos de Prascovia, aparecieron en el vestíbulo. Celia pasó corriendo por entre

ellos, y le faltó poco para derribar al hijo del visitante, joven alto y flaco como una pórtiga.

—¡Cómo! ¡Es Celia Gregorowna! ¿Pues no estaba enferma?—exclamó el gobernador.

—Nada se le puede ocultar a usted—dijo Prascovia con misterio.

—¡Ah! ¿es que la joven ha perdido el juicio?

—No es eso. Creo que el czarevitch está aquí.

—¡El czarevitch!

—¡Pch! Guárdeme usted el secreto—dijo Prascovia con un dedo en la boca.—Accidente de casa. Celia se ha traído el herido en su coche...

El gobernador se fué aturdido.

Al acabar la noche Andrés recobró su débil y confuso sentimiento de la vida. Paseó por el cuarto esa mirada vaga y soñadora propia de los que salen de un largo desvanecimiento. Vió relucir en las paredes tapices de raso y púrpura, sobre el suelo una alfombra espesa llena de rosas grandes y oscuras, en el techo cisnes y amoreillos jugando entre nubes azules.

Frente a él vió a un desconocido adormecido en un sillón, con la cabeza apoyada en la mano, ligeramente calvo, de pobladas cejas y canosas patillas. Andrés le miraba sin darse cuenta, sintiendo como un peso enorme que le aplastaba.

Lo que más atraían las miradas del herido eran dos grandes lámparas encendidas sobre la chimenea, que reflejadas por el espejo a los globos de cristal esmerilado, le parecían dos perlas, y mil objetos dorados brillaban alrededor.

Intentó levantarse para ver mejor, pero experimentó terrible dolor y exhaló un gemido.

Celia, que se había aletargado en una butaca a la cabecera de la cama, se puso de pie y llamó al doctor. Este se había levantado también y echó una medicina en un vaso.

—Ayúdeme usted—dijo á Celia.

Andrés, caído de nuevo sobre la almohada, había cerrado los ojos; Celia le levantó la cabeza y dijo:

—¡Ay! De nuevo tiene espuma sangrienta en los labios.

—No importa, se ha quejado, lo cual prueba que recobra la sensibilidad, y lo prefiero así. Mire usted cómo bebe ávidamente.

El joven abrió otra vez los ojos, vió á Celia inclinada hacia él, con peinador blanco y la cabelleira medio suelta, y quiso sonreír.

—¡Ah!—exclamó ella—me reconoce! ¡Se ha salvado!

—¡Celia!—preguntó Andrés lentamente—¿dónde estamos?

Su voz tenía un timbre extraño, sordo, que parecía venir de lejos.

—¡Silencio!—dijo Övnikof—calle usted, charlatán, que le prohíbo hablar.

Andrés miró al doctor y luego á Celia.

—Hay que obedecer—dijo ésta.

—Vámonos de aquí—replicó Andrés más bajo.

—Falta aire.

—¡Cuánto sufro! ¡Qué penosa es su respiración!

—Creo que va á dormirse—dijo el doctor.

—Callemos.

Celia se sentó de nuevo á la cabecera, pero el herido, con una mirada llena de inquietud, intentó volver la cabeza para mirarla otra vez. Ella se acercó entonces y le cogió la mano.

—Hay que tratarlo como á un niño mimado—dijo Övnikof.—Déjele usted la mano y se dormirá.

El doctor se aletargó de nuevo; Andrés cerró en seguida los ojos y Celia siguió velando.

Recorrió en su imaginación todas las fases de la temporada de seis meses que había pasado en la aldea rodeada de afectos profundos y sinceros: se preguntó cómo había podido marcharse con tanta tranquilidad y sin darse cuenta de sus propios sentimientos. Tan caprichosa que despreciaba á veces lo que le había gustado la víspera, y que en medio de las fiestas, el lujo y los triunfos, hallaba la vida vacía y monótona, había podido vivir tanto tiempo en una granja, sin adornos, sin su acostumbrado bienestar, sin sentir un sólo momento de fastidio, y no había comprendido el origen de tal milagro, no había sabido leer en su propio corazón; había sido necesario un suceso terrible para arrancar de su boca la confesión de su amor.

Si,—se decía—si no es por este acto de desesperación, le habría dejado marcharse, habría vuelto aquí sola é indiferente. ¿Y qué me habría pasado? ¿Qué corazón lleno de ternura habría hallado el mío? ¿Hubiera yo podido vivir ahora en medio de estas cortesías indiferencias, de estas protestas falsas é interesadas? ¿Qué hombre me amaría tanto que prefiriera la muerte á mi ausencia? ¿Dónde encontraría un corazón semejante á ese, tan leal y tan noble, una abnegación tan completa? ¡Y he estado á punto de desdeñar un tesoro tan raro! ¡Temo que Dios me castigue arrebatándome el único ser que hoy quiero en este mundo!

Y mirando la hermosa cabeza de Andrés, pálido y contraído el rostro por el padecimiento, seguía con la mirada su penosa respiración. Acudieron entonces las lágrimas á sus ojos y sintió una especie de remordimiento ante aquel enfermo que sufría por su causa.

—Si vive he de amarle mucho y hacerle olvi-

dar lo que ha padecido por mí. Soy libre, afortunadamente, dueña absoluta de mis acciones, y puedo hacer sin obstáculos la locura que ha de darme la felicidad. ¡Qué alegría ha de hacer conocer el mundo á esta alma virginal que sólo ha admirado la naturaleza! ¡Ver sus sorpresas, sus entusiasmos! ¡Sentir de nuevo cerca de él sensaciones antiguas borradas por la sociedad!... Prometo devolverte la hospitalidad que de tan buena gana me has dado. ¡Hiciste de mí una aldeana; yo haré de ti un gran señor!

Celia, sobreexcitada por aquel terrible día y aquella noche de insomnio, no podía detener sus lágrimas. Apoyó la abrasada frente en la mano de Andrés, que seguía acariciándola con la suya. El joven se despertó.

En los árboles del jardín cantaban, á no poder más, los ruiseñores. Amanecía.

—¡Celia!—murmuró Andrés.

La joven levantó la cabeza y exclamó:

—¡Querido Andrés, ¿vivirás, verdad? No me dejarás sola en el mundo, porque me quieres demasiado para irte sin mí.

—¡Vaya, vaya! Si seguimos así, le impediré á usted la entrada en este cuarto—dijo el doctor, que despertó sobresaltado.—Ahora mando yo. Agita usted á mi enfermo y tendrá fiebre en seguida. Déjele usted en paz de una vez. Mire usted—añadió viendo fruncir el ceño á Andrés,—todavía está con un pie en el otro mundo y ya quiere defenderla á usted.

—¡Pobre amigo mío!—exclamó Celia.

—Por su bien lo digo—dijo Ovnikof preparando otro medicamento.

Después de ver dormido de nuevo á Andrés, Celia consintió en ir á descansar un poco.

Cuando algunas horas más tarde se despertó

cansadísima y con la cabeza pesada, vinieron á decirle que el notario y otras varias personas la esperaban hacia rato.

—Vaya usted á saber cómo está el herido—dijo á la doncella, que obedeció y volvió diciendo:

—No hay novedad. Sigue descansando.

Celia, saltando de la cama, dijo:

—Vísteme, y vamos á ver qué quiere ese notario.

—¿Qué va á querer?—exclamó Prascovia que entraba en la alcoba.—Pues rendir cuentas de la tutela y poner á usted al corriente de sus negocios y en posesión de su fortuna.

—¡Qué fastidio!—dijo Celia malhumorada.

—Vamos, hay que ser razonable—replicó la viuda de Samailof besando á Celia en la frente.

—¿Por qué estará tan amable?—pensó la joven.

—¿Y el enfermo ¿cómo está?

—Lo mismo, pero me ha conocido y me ha hablado algo, y quizá le salvemos.

—¡Alabado sea Dios!—dijo Prascovia con entusiasmo.

—¿Qué será esto?—se decía Celia mirándola á hurtadillas.—¿Me voy á poner luto?—añadió mirando al vestido que le preparaban.

—No, pero lo llevará usted algunos días. Bien debe usted eso á la memoria de quien le ha servido de padre—contestó Prascovia.

—Verdad es—replicó Celia bostezando.

—Además, así está usted encantadora, y sus brazos extendidos sobre la tela oscura, son magníficos.

Verificábase la reunión en la biblioteca, situada en el piso bajo, y la formaban numerosas

personas que Celia no conocía, como mayordomos, intendentes y colonos. El notario, auxiliado por sus pasantes, estaba sentado ante una mesa, y se levantó al entrar la joven.

—Dispénsenme el haberles hecho esperar—dijo ésta sentándose en el sillón que le estaba destinado.

También se sentó Prascovia extraordinariamente agitada, ruborizándose, palideciendo, suspirando profundamente y dirigiendo á Celia miradas en que tan pronto se leía el odio como la súplica.

La joven no se enteraba, porque su pensamiento estaba con Andrés. Con la cabeza apoyada en la mano y mirando al suelo, parecía haber olvidado completamente á la concurrencia.

El notario arregló varios legajos que tenía delante, se puso los anteojos, se sonó ruidosamente, y dijo á Celia:

—En nombre de la señora Prascovia Samailowna, presente, voy á dar á usted cuenta exacta del estado de sus bienes, administrados hasta hoy por el señor Samailof.

Y empezó á leer atentamente todos los papeles.

Enumeró las aldeas, los campos, las alquerías, los mujiks pertenecientes á la joven; manifestó el importe de los arrendamientos que pagaban los colonos; fijó el término medio de las cosechas, dijo los nombres de los siervos muertos, enfermos y el total de los nacidos, y después, al llegar á las cantidades líquidas, anunció las ganancias y las pérdidas. Aquella voz monótona acabó por adormecer á Celia, y el notario advirtió que su cliente no oía una palabra.

—Si la señorita duerme—dijo—no podemos continuar.

—¡Está tan cansada!—dijo Prascovia.

No importa. Se trata de cosas que forzosa-mente tiene que oír.

Callaron un momento. Celia despertó en seguida, preguntando:—¿Se acabó?

—Pronto, señorita—contestó el notario algo resentido.—Debo manifestar á usted que su tutor creyó que podía disponer de una cantidad de cincuenta mil rublos perteneciente á usted, y arriesgarla en una empresa cuyo fin era mejorar su propia fortuna. Desgraciadamente, el negocio salió mal y se perdió el dinero.

Prascovia padecía horriblemente.

—Algún dinero me queda—dijo con voz ahogada,—y aunque tuviese que pedir limosna, restituiré la cantidad perdida.

—¡Bah! Conserva tu dinero—contestó Celia—¿Qué son cincuenta mil rublos? ¿A qué hablar de esa miseria?

—¡Ah! Qué corazón tiene usted tan generoso—exclamó Prascovia abrazando á la joven.

—¿Puedo irme?—preguntó Celia mirando al notario.

—Todavía no, como no dé usted plenos poderes á alguien.

—No tengo inconveniente. Se los doy á Pablo,—contestó riendo al anciano.

—¡Cómo! ¿A un siervo?

—¡Pablo un siervo!

—Señorita—dijo éste adelantándose,—tan ligero era el yugo, que nunca pensé en pedir mi libertad.

—Pues yo te la doy; sustitúyeme, que entiendo de estas cosas más que yo. Tienes toda mi confianza y apruebo cuanto hagas.

Y después de haber saludado ligeramente á la concurrencia, se escapó.

—¡Qué cabeza tan loca!—murmuró el notario.
—¡Bien administrada va á estar la fortuna!

Celia corrió al cuarto de Andrés, poniéndose antes una rosa colorada en el corpiño para atenuar el efecto fúnebre de un traje de luto.

—¿Qué tal, doctor?—preguntó entrando con sigilo.

—Apareció la fiebre y está delirando. Hace un momento creía batirse con un oso, y he tenido que apelar á todas mis fuerzas para que se estuviese quieto.

—Dispénsame usted mi brutalidad—dijo el herido con aquella voz sorda cuyo sonido hacia daño,—le tomaba á usted, en efecto, por un oso.

—Mira, muchacho—dijo Ovnikof,—el día en que te encuentres capaz de darme una paliza, me alegraré en el alma. A propósito—añadió volviéndose hacia Catalina,—han llegado sus padres, ¿podemos hacerles subir?

—¡Ay! ¡Dios mío! Como soy la causa de su desgracia, creo que no podré soportar su mirada tan buena como leal—exclamó Celia.

—¿Qué dice usted, señorita? ¿Tiene usted la culpa de que yo sea tan torpe que no pueda manejar una escopeta?

—¿Oye usted lo que dice, doctor?—preguntó Celia.

—Me gusta mucho este muchacho—dijo Ovnikof á media voz.

Pronto entraron Ivan y Catalina. Apenas se atrevían á pisar las muelles alfombras, pareciales que se hundía el piso y contenían su llanto por respeto.

Celia corrió hacia ellos y les abrazó.

—¡Quién iba á decir que nos veríamos otra vez tan pronto!—decía llorando.

—¡Andrés, mi mismo hijo!—balbuceaba Ivan tapándose la cara con las manos.

—No hay por qué llorar—dijo Andrés,—no hay hombre á quien no le suceda una desgracia en la vida. Al contrario, debo dar gracias á Dios que ha permitido que me socorrieran, y que á lo menos muera entre aquellos á quienes quiero.

—¡No hables de morir, Andrés!—gritó Celia.

—¡A qué vivir, si ella me ha dejado!—murmuró el herido en un nuevo acceso febril. Me abandonó en el camino; quería seguirla y no pude, porque las ruedas de su coche me habían destrozado el corazón.

—¡Dios mío! ¡No sabe lo que se dice!—exclamó Celia echándose á llorar.

Ivan sollozaba bajito.

—Si han venido ustedes para que sigamos esta música, váyanse, porque fatigan al enfermo. Le ruego á usted, Celia, que se los lleve, y prohíba á todo el mundo la entrada aquí—dijo Ovnikof mal humorado.

Celia obedeció á su pesar, y mientras cerraba la puerta, al marcharse, oyó la voz de Andrés que repetía lentamente:

—¡Se ha marchado, se ha marchado!

X

Algunos días más tarde, hacia una hora que se había levantado Celia y tenía en las manos un libro que no leía, cuando Ovnikof llamó á la puerta de su cuarto. La joven palideció al verle, pero le pareció que el doctor tenía alegre el semblante. Celia no se atrevió á hablar y sólo le interrogaba con mirada ansiosa:

—¡Qué cabeza tan loca!—murmuró el notario.
—¡Bien administrada va á estar la fortuna!

Celia corrió al cuarto de Andrés, poniéndose antes una rosa colorada en el corpiño para atenuar el efecto fúnebre de un traje de luto.

—¿Qué tal, doctor?—preguntó entrando con sigilo.

—Apareció la fiebre y está delirando. Hace un momento creía batirse con un oso, y he tenido que apelar á todas mis fuerzas para que se estuviese quieto.

—Dispénsame usted mi brutalidad—dijo el herido con aquella voz sorda cuyo sonido hacia daño,—le tomaba á usted, en efecto, por un oso.

—Mira, muchacho—dijo Ovnikof,—el día en que te encuentres capaz de darme una paliza, me alegraré en el alma. A propósito—añadió volviéndose hacia Catalina,—han llegado sus padres, ¿podemos hacerles subir?

—¡Ay! ¡Dios mío! Como soy la causa de su desgracia, creo que no podré soportar su mirada tan buena como leal—exclamó Celia.

—¿Qué dice usted, señorita? ¿Tiene usted la culpa de que yo sea tan torpe que no pueda manejar una escopeta?

—¿Oye usted lo que dice, doctor?—preguntó Celia.

—Me gusta mucho este muchacho—dijo Ovnikof á media voz.

Pronto entraron Ivan y Catalina. Apenas se atrevían á pisar las muelles alfombras, pareciales que se hundía el piso y contenían su llanto por respeto.

Celia corrió hacia ellos y les abrazó.

—¡Quién iba á decir que nos veríamos otra vez tan pronto!—decía llorando.

—¡Andrés, mi mismo hijo!—balbuceaba Ivan tapándose la cara con las manos.

—No hay por qué llorar—dijo Andrés,—no hay hombre á quien no le suceda una desgracia en la vida. Al contrario, debo dar gracias á Dios que ha permitido que me socorrieran, y que á lo menos muera entre aquellos á quienes quiero.

—¡No hables de morir, Andrés!—gritó Celia.

—¡A qué vivir, si ella me ha dejado!—murmuró el herido en un nuevo acceso febril. Me abandonó en el camino; quería seguirla y no pude, porque las ruedas de su coche me habían destrozado el corazón.

—¡Dios mío! ¡No sabe lo que se dice!—exclamó Celia echándose á llorar.

Ivan sollozaba bajito.

—Si han venido ustedes para que sigamos esta música, váyanse, porque fatigan al enfermo. Le ruego á usted, Celia, que se los lleve, y prohíba á todo el mundo la entrada aquí—dijo Ovnikof mal humorado.

Celia obedeció á su pesar, y mientras cerraba la puerta, al marcharse, oyó la voz de Andrés que repetía lentamente:

—¡Se ha marchado, se ha marchado!

X

Algunos días más tarde, hacia una hora que se había levantado Celia y tenía en las manos un libro que no leía, cuando Ovnikof llamó á la puerta de su cuarto. La joven palideció al verle, pero le pareció que el doctor tenía alegre el semblante. Celia no se atrevió á hablar y sólo le interrogaba con mirada ansiosa:

—Querida niña, respondo ahora del enfermo. Se curará.

—¡Ah doctor!—exclamó abrazando á Ovnikof—nunca he experimentado una alegría como esta.

—Vamos á ver—dijo el doctor haciendo sentar á Celia en un diván y sentándose cerca de ella,—razonemos algo. Comprendo perfectamente que ante ese moribundo, impulsado á la tumba por usted, su corazón se haya conmovido y que un noble pensamiento de abnegación haya germinado en su espíritu. Pero ahora vuelve el herido á la vida; el crimen de que usted se acusaba no pesará ya sobre su conciencia. Reflexione usted lo que ha de hacer y no se deje arrastrar por su entusiasmo juvenil á cometer una locura que más tarde le pese.

—¿Es una locura guiarse por el corazón y casarse con el hombre á quien se ama? Poco me importa la casualidad, que no le hizo nacer noble, porque un título no ennoblecería más su alma. Antes era yo orgullosa y no habría hablado así, pero se ha despertado en mí un sentimiento nuevo, y hoy, á la nobleza del nombre, debida á la suerte, prefiero la nobleza del espíritu y del corazón, debidas á Dios.

—Nunca faltan razones cuando se persigue un fin; ¿pero está usted segura de que sea lo mismo mucho tiempo? Si yo me guiara por mis sentimientos, no me preocuparía en extremo la misión desigual. Príncipes y ciervos son iguales ante el dolor: la naturaleza, que está mal educada, trata al noble como al plebeyo, y á veces he hallado á éste más fuerte, más hermoso y mejor; tiene más resignación y más ánimos cuando padece, y agradece más los

enfadados después de su curación, de modo que lo prefiero. Si me llaman al mismo tiempo un señor y un mujik, voy antes á casa de éste, pero por lo mismo, paso por hombre peligrosamente original y no quiero imponer mis opiniones á nadie. No veo cerca de usted á nadie que sea capaz de darle un consejo desinteresado, y por eso me permito hablar, puesto que siempre la he querido á usted y tengo algún derecho á su estimación; así es, que usted me fescucha con alguna impaciencia (justo es confesarlo), pero con atención. Yo la he recogido á usted en brazos cuando entró en el mundo, y desde entonces no la he perdido de vista; de modo que no soy un extraño para usted y puede permitirme ayudarla á leer en mi alma. La conozco usted y aprecio las buenas cualidades de su corazón y de su ingenio, pero deploro también otros defectos que otros quizá encuentren encantadores y que son el fondo de su carácter; es usted autojodiza, voluntariosa, coqueta, colérica también y despreciativa á veces. Al tomar por esposo á un hombre que le sea á usted inferior en educación, éste la resentirá á usted más de una vez involuntariamente; entonces le hará usted notar su desdén, y si él tiene un corazón algo altivo, su hogar será un infierno. Conozco el indomable carácter de usted y sé que no soportará nunca una observación, por muy justa que sea.

—En eso se equivoca usted, doctor. Quizá fuera yo antes como me ha pintado, aunque recargando algo las tintas, pero he cambiado. Ahora soy muy capaz de dejarme dominar por el hombre á quien ame y cuyo carácter haya estudiado. He de confesar que ese joven á quien ha visto usted moribundo, me ha hecho temblar

algunas veces; hay en él una energía terrible y una fuerza de alma que me llenan de admiración y respeto. Cuando le conozca usted mejor me comprenderá.

—Reconozco sin dificultad que Andrés, joven como es, dotado de natural elegancia y de agudo ingenio, pronto se pondrá al corriente de los usos del mundo, pero sus padres continuarán como son. ¿Qué gusto le dará á usted tener una suegra que no sabe leer!

—Le dará una lectora que lea por ella. ¡Pobre Catalina! La quiero con todo mi corazón. Sabe usted que no he conocido á mi madre. La hermana de Catalina fué mi nodriza, ésta se le parece, y creo hallar en ella de nuevo á aquella pobre mujer que tanto quise. Además, he comprendido ya la transformación de mi futura suegra, y si estos días no hubiese estado tan triste, mucho me hubiera reído viéndola tropezar á cada momento con la cola de su vestido y volverse al oír el roce de la seda, como si alguien le hubiera pisado los talones. ¿De modo que tiene usted algo más que decir, doctor?

—Nada, hija mía, veo que nada puedo hacer; me declaro vencido.

—¡Buena! Pues no le quiero á usted —dijo Celia haciendo un mohín encantador.—El día en que me anuncie usted la salvación de mi amigo, en lugar de dejarme ir á buscarle á escape, me echa usted un sermón. Ya ve usted qué cambiada estoy, cuando le he oído hasta el fin sin encolerizarme.

A medida que el herido recobraba la salud se ponía más profundamente melancólico; ni el júbilo de su madre, ni las suaves reprensiones de Celia, que fingía ignorar las causas de aquella tristeza, podían hacerle sonreír. El día que

se levantó por vez primera, sintió ganas de llorar.

—Vaya—murmuró—creí poder huir del dolor, pero me vuelve á coger en sus garras y no quiero perdonarme.

Celia, que le observaba atentamente, se acercó al oído del doctor y le dijo:

—Ya ve usted que la pena le hace mucho daño: permítame usted hablarle yo y acabarle de curar, enterándole de que le amo.

—Háblele usted, hija mía—dijo Ovnikof.

Andrés dió algunos pasos por el cuarto.

—Ya puedo andar—dijo con amarga sonrisa.

—Entonces voy á llevarte al invernadero—contestó Celia—y allí podremos hablar á gusto.

El gran salón del piso bajo tenía salida al invernadero de que hablaba la joven; era alto, vastísimo y estaba lleno de árboles exóticos, de plantas con enormes hojas de flores raras; ollas á tierra mojada y pétalos maduros. Pájaros de diversas razas gorjeaban en una pajarera.

—¡Qué bonito es esto!—dijo Andrés al entrar. Parece imposible que exista un país donde plantas como estas crezcan libremente.

—Si quieros, iremos juntos á ese país.

—¡Juntos!

Celia le hizo sentar en un sillón de junco trenzado y se sentó cerca de él, diciéndole, después de un momento de silencio:

—Andrés, mira mis ojos y dime qué ves en ellos.

El joven la miró.

—Veo que la infinita bondad de usted la hace alegrarse de mi curación.

—¿Nada más, ves?—dijo Celia cogiéndole las manos.—Yo sé leer mejor en tus pupilas: veo en ellas centellear el amor, y veo también desde

hace días una tristeza sombría cuya causa conozco, y que borraré con una palabra. ¿La adivinas?

—¡Oh! ¡no me mire usted con tanta dulzura, que me vuelve loco! Tenga usted piedad de mí —murmuró Andrés apartando la cabeza.

—¿No comprendes que te amo? —exclamó la joven. —¿Me ama usted?

—Sí; tanto como tú á mí, y yo sé lo que tu amor vale, no lo hay más ardiente, más abnegado ni más puro. He sido cruel y hasta criminal, he jugado con un corazón como el tuyo, te has vengado queriendo morir y yo he sufrido quizá más que tú, pero bendigo mi sufrimiento porque con él me he revelado á mi misma. Te amo, Andrés, y te amaré toda mi vida.

—¿Verdad que estoy soñando? —baluceó Andrés. —¿Estoy loco, ó deliro aún?

—Mira, tengo en el dedo tu anillo de esponsales, y esta prenda posee un misterioso poder. Unida estoy á ti desde que me lo diste. Es el primer eslabón de una cadena eterna, el simbolo de un compromiso sagrado que cumpliré. Seré tu mujer.

Andrés movió la cabeza tristemente, y dijo:

—Es usted muy buena por haber guardado ese anillo, pero bien sabía usted que no la obligaba á nada. Adivino qué sentimiento lleno de delicadeza y de abnegación la impulsa á hablarme como acaba usted de hacerlo, pero sepa usted que no aceptaré lo que me ofrece. Vea usted cuán fina y blanca es su mano; mirela cerca de la mía. ¿No parece un pedazo de pan blanco junto á otro de pan moreno? Ambos panes no pueden encontrarse en la misma mesa. Siempre la amaré á usted, pero no tema que intente matarme otra vez.

—¡Ah! ¡No había yo previsto esto! —exclamó Celia fuera de sí. —¡Un aldeano negarse á ser el marido de una condesa! ¿Es ese tu cariño? ¿Razona así el amor? ¿He razonado yo? Toda objeción que se opone á la felicidad debe ser rechazada como una locura. Unámonos, y este argumento no tiene vuelta de hoja. Uno sin otro no podemos vivir; lo más sencillo es unimos para siempre. ¿Qué quieren decir semejantes vacilaciones? ¿Dirás también que soy más rica que tú?

—Piense usted en lo que soy...

—Eres el hombre á quien amo.

—¡No diga usted eso! Esas frases son una burla en sus labios. Demasiado la amo á usted para aprovecharme de un momento de ternura que la extravía. He tenido la dolorosa dicha de conocer á usted, me moriré de eso, y no me quejo de mi destino.

—De modo que te figuras que no te quiero; que las lágrimas que he vertido son falsas; que el sentimiento profundo que por primera vez ha hecho palpar mi corazón es solamente un capricho pasajero; que la dulce alegría que siento á tu lado nada significa; que el espanto que hiela mi sangre cuando temo perderte es una ilusión. Finalmente: ¿No quieres creer en mi amor?

—¡Ay! ¡Usted me mata, Celia! —murmuró el joven sobrecogido por una congoja y reclinándose pálido en el sillón.

Ovnikof se paseaba por el jardín. Celia le llamó.

—Ne es nada; un desvanecimiento —dijo aproximándose á Andrés. —La emoción ha sido demasiado fuerte.

—¡Ah, doctor! Si usted supiera...

UNIVERSIDAD DE MÉRIDA
BIBLIOTECA DE MÉRIDA
1951

—¿Qué hay, hija mía? Parece que ha llorado usted.

—No quiere la dicha que le ofrezco; se niega á casarse conmigo.

—¡De veras! ¿Ha hecho eso?—exclamó Ovnikof con un movimiento de alegría.—Le confieso á usted que lo esperaba; empiezo á conocer esa alma hermosa.

—Parece que mi dolor le regocija á usted.

—Se equivoca usted al juzgar mis sentimientos; deseo con toda mi alma que llegue usted á vencer sus escrúpulos. Es hombre verdaderamente digno de usted.

—Juro triunfar de todos los obstáculos. Emplearé en ello toda mi energía y toda mi inteligencia. Se trata de la felicidad de toda mi vida.

XI

Abundaban las visitas en el castillo desde la vuelta de la condesita; pero ésta siempre encontraba disculpas para no recibirlas. Sin embargo, un día cambió de opinión é hizo anunciar á sus conocidos que el salón se abriría todas las noches, como en otro tiempo.

Una multitud de adoradores acudió á aquellas recepciones. Celia fué abrumada bajo el peso de los ramos, las declaraciones y las miradas ardientes. Todo lo soportaba con paciencia y parecía que lo utilizaba para un proyecto que ella sola conocía.

Una noche pudo bajar al salón Andrés, que había recuperado sus fuerzas. Cuando entró, cierta emoción agitó á los concurrentes. El rumor comunicado por Prascovia al gobernador se había esparcido prontamente por la ciudad, y

todo el mundo estaba seguro de que el herido recogido por Celia sólo podía ser un alto dignatario. El buen aspecto del desconocido, su alta estatura, su mirada altiva, acabaron de convencer á los que dudaban. Todos se formaron en fila al pasar él y le saludaron humildemente. En cuanto le vió Celia, corrió hacia él y le hizo sentar en el ángulo del salón donde ella solía estar.

El joven, que asistía por primera vez á una reunión de sociedad, miraba curiosamente los trajes, los ademanes y las fisonomías. Ovnikof se había acercado á él y le indicaba los personajes más importantes.

—Mire usted, aquel de la cabeza redonda sobre un cuerpo también redondo, que, en equilibrio sobre las piernas, se parece á una manzana clavada en dos cerillas, es el gobernador del distrito. Su mujer es larga como un espárrago, y la ha querido, sin duda, por la ley de los contrastes. El hijo ha salido parecido á la madre, no tiene más que piernas. Si quiere usted verle, mire junto al biombo japonés aquel joven larguirucho de pelo amarillo pegado por el cosmético: es uno de los aspirantes á la mano de Celia.

—¿Es posible?—preguntó Andrés sonriéndose.—Y aquella señora tan tiesa en la silla, que no habla ni levanta los ojos, ¿quién es?

—¿La que está detrás del plano de cola? Es la señora que acompaña á Prascovia, uno de esos seres cuya existencia es completamente inútil, insignificante é incolora, que nada tienen, á nada aspiran y en nada piensan. Un comparsa de la vida que entra y sale sin haber entendido jota de la comedia representada. No hace más que acompañar; es decir, sentarse

aquí ó allí, con su labor de bordado en la mano, y callar durante horas enteras. Es algo así como un mueble.

—¿Y el que allí abajo se apoya en el pedestal de una estatua de mármol? Celia le habla.

—Rostro carmesí, más ancho que largo; cogote que se desborda sobre el cuello del traje; pocos pelos en un enorme cráneo. Es el famoso general de W... y hay que desconfiar de él, porque Celia le colma de agasajos y él piensa muy formalmente en casarse con ella.

—¿Suceden tales cosas en la nobleza? ¿Podría casarse una joven, hermosa como una hada, con ese ridículo viejo sin despertar la indignación pública?

—Ya lo creo, amigo, pero mire usted á Prascovia, que está fuera de sí porque parece que la hermosa Celia quiere quitarle esa proporción.

—¿Todavía tiene tales ideas esa señora?

—Oh, sí, y la verdad es que aun tiene buen ver. Ni á su cabellera ondeada, ni á sus negros ojos, que brillan bajo cejas pobladas, les faltan encantos, y si no fuera por el rebelde bozo que sombrea su labio superior, sería muy agradable.

—Tiene aspecto duro y poca gracia en la fisonomía.

—Sabe adquirir una expresión muy dulce cuando quiere, pero hay que confesar que ahora echan lumbre sus ojos. Además, el negro no le sienta bien. En cambio, mire usted qué hechicera está nuestra querida Celia entre esas oleadas de encajes negros; su tez parece despedir luz; su pelo rubio resplandece, y la estrella de diamantes que brilla sobre su frente, se extingue en aquellos rayos de sol.

—¡Ah, sí! ¡Es muy hermosa!—murmuró Andrés contemplándola con muda adoración—y cuando se la mira todo parece negro en el mundo, como cuando se ha fijado la vista en una claridad demasiado viva.

Celia notó que Andrés y el doctor hablaban de ella; dejó al general y se acercó á ambos, diciéndoles á media voz:

—¡Ay, amigos míos! Cuando ocupa la cabeza una sola idea, cuando el corazón está lleno de un sólo sentimiento grave y profundo ¡qué difícil y doloroso es ser amable, sonreír y coquetear con personas que nos son en absoluto indiferentes!

—¿Porqué hace usted eso? ¿quién la obliga?—preguntó Ovnikof.

—Ya que el que yo quiero me desdeña—dijo echando á Andrés dulce y maliciosa mirada,—me veo precisada á buscar otro afecto en la vida. Ahí está Penutchkine, tengo que dejar á ustedes.

—¿Es este uno de los preferidos de usted?—dijo Ovnikof.

—Sí; uno de mis preferidos—contestó apretando significativamente la mano del doctor, y alejándose.

—¡Penutchkine! ¡Vaya un personaje lleno de suficiencia y de orgullo! Nunca se causa de hablar de sí mismo—dijo el doctor.

—Ya lo conozco—respondió Andrés con una imperceptible expresión de cólera.

—¿Le ha oído usted contar sus proezas de cazador? Especialmente cuenta mil veces la historia de una lucha con un lobo, cuerpo á cuerpo, en la cual se portó heroicamente; quedó su puñal en el cráneo de la fiera; enseña la hoja, y si los demás se empeñan, las huellas de las he-

ridas que recibió. Lléveme el diablo si no le he oído contar esta historia veinte veces.

—Seguro estoy de que delante de mí se guardará muy bien de contar semejante aventura—dijo Andrés, que no pudo dejar de sonreírse al recordar la triste figura que haría el caballero bajo las garras del lobo.

Hacia un momento que se dirigía el gobernador hacia el ángulo del salón donde estaba Andrés; el prudente funcionario tenía especial interés en saludar al misterioso desconocido que ocultaba su verdadera personalidad, pero que indudablemente debía de ser un importante personaje.

Se detuvo ante el joven, poniéndose las manos sobre el corazón, echando un pie hacia atrás como un bailarín que va á empezar un paso, y alzó los ojos al cielo con ademán tierno.

—Permitame usted que le exprese la alegría... inefable que nos ha causado su curación, por decirlo así... milagrosa—dijo con voz llena de suavidad. Somos provinciales, pero tan capaces de sentir el espantoso vacío que su muerte hubiera causado, como cualquier habitante de la capital.

—Es usted amabilísimo—dijo Andrés que se levantó y saludó al gobernador con aspecto sorprendido, que éste encontró afable y dignísimo.

—¿Está ese señor en su cabal juicio?—preguntó Andrés á Ovnikof, mirando al gobernador, que se alejó enseguida por respeto, dirigiendo al joven miradas llenas de agradecimiento.

—Le toma á usted por el gran Mogol—dijo Ovnikof cubriéndose la boca con el pañuelo para disimular una invencible risa.—Ahí está

la princesa Kawlovna que va á tocar algo. ¿Le gusta á usted la música?

—No existirá en el mundo un ser humano á quien la música no encante—exclamó el joven.

—Venga usted, Celia nos hace señas para que nos acerquemos al piano.

La baronesa tocó con entusiasmo la *overtura* de una ópera de Glinka, y después la concurrencia rogó á Celia que cantara.

Al principio se negaba, después cambió de opinión súbitamente y se levantó, diciendo á Andrés, en voz baja, al pasar junto á él:

—Voy á cantar para ti sólo.

Se sentó al piano y cantó con singular arrebató una canción de Asantchewski, joven compositor ruso, célebre ya. Era un inefable grito de alegría que expresaba de un modo conmovedor la embriaguez de quien se siente amado y considera estrecho el mundo para encerrar su felicidad.

«¡Me ama! ¡me ama! Oigo la voz de los bosques que lo canta; el viento se lo dice á las nubes que arrebató; el río lleva esta confesión de ola en ola.»

«¡Me ama! ¡me ama! Bajo las ramas, el gorjeo de las aves lo repite; las corolas de las campanillas blancas lo prelaman en el valle.»

«¡Me ama! ¡me ama! Me abrumba una alegría desconocida, una dulce inquietud hace estremecer mi corazón.»

La voz de Celia era flexible y fresca, poco extensa quizá, pero de timbre encantador. Aquella vez supo darle una expresión fuerte y entusiasta que arrebató á los oyentes.

Mientras la aclamaban por todas partes, miró á Andrés y creyó leer en su rostro, pálido por la emoción, y en sus ojos, donde brillaban las

lágrimas, que ya no podía luchar, que el amor vencía á la razón y que toda su resistencia se desplomaba. Leve rubor de alegría coloreó un momento las mejillas de la joven.

Le rogaron que cantara más, pero no quiso y dejó el piano, yendo á sentarse cerca de Penoutchkine.

—Es usted divina—le dijo éste fingiendo que se limpiaba una lágrima.—Ha puesto usted toda su alma en su voz; parecía que el amor hubiese conmovido su corazón, y, sin embargo, hartó sé que no es así.

—¿Está usted bien seguro?—dijo Celia mirándole con malicia.

—¡Claro! Usted no conoce las torturas, las dudas, las esperanzas, las ansias de abnegación; en una palabra, cuanto usted me inspira.

—¡Cómo! ¿Le hago á usted sentir tantas cosas?

—¿Lo duda? ¿No sabe leer en mis ojos y no ve en ellos que estoy dispuesto á dar mi vida por usted?

—Eso de dar la vida se dice pronto, y bien sabe usted que no he de pedírsela, porque para nada me sirve; pero si se tratara de cualquiera otra cosa, no hablaría usted así.

—¡Póngame usted á prueba!—exclamó Penoutchkine.—¿Tendré la suerte de que quiera usted pedirme algo?

—Algo tengo que pedirle á usted, pero si me lo negase...—dijo Celia mirándole de reojo.

—Negárselo yo!—añadió levantando los ojos al cielo.

—Pues bien, deseo adquirir una de las propiedades de usted.

—¿Nada más? De usted es ya. ¿De cuál se trata?

—De la granja en que últimamente nos vimos. ¿Consiente usted en vendérmela?

—Sin duda alguna.

—Pero con todos los habitantes.

—¡Extraño capricho!—dijo Penoutchkine con ligero gesto de contrariedad.

—Capricho, efectivamente. Quiero que nada cambie en la casa, que no se mueva un mueble, que los mismos rostros aparezcan allí. Quizá sea para encontrar más tarde con toda su frescura recuerdos que me son muy queridos—añadió dirigiéndole una mirada seductora.

—Es usted adorable—exclamó Penoutchkine, que le cogió la mano y la llevó á los labios.

—De modo que convenimos en firmar mañana la escritura de venta.

—Soy esclavo de usted—contestó Penoutchkine en el colmo de la dicha.

Celia bajó la cabeza para ocultar la burlona sonrisa que jugueteaba en su boca, y dijo:

—Mire usted al general de W... Está agitado y nos echa sonrisas y miradas. No le vaya á dar un ataque apoplético y se arme un escándalo. Permitame usted que vaya á hablar con él. Celia se aproximó al general.

—¿Con que se va usted á casar con ese joven?—le preguntó moviendo sus ojos encarnizados.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque hace una hora que habla usted tiernamente con él.

—¿Tiernamente? Hablamos de negocios. Pero parece que le doy á usted explicaciones. ¿Cree usted que le tengo miedo, guerrero feroz? Debe de ser así, porque no recuerdo que haya usted hecho méritos para alcanzar las consideraciones que le guardo.

—Desgraciadamente aun no se ha presentado

ocasión de demostrar mi amor, pero que venga y ya verá usted.

—Vamos á ver. ¿De qué sería usted capaz?

—¡Ah!—exclamó el general suspirando ruidosamente.—Por besar la punta de esos deditos haría yo lo imposible.

—Pues bien, le voy á usted á pedir una cosa casi imposible.

—Pida usted.

—Quiero que me entregue usted un despacho de oficial.

—¿Un despacho de oficial?

—Precisamente—contestó Celia haciendo una reverencia.

—¿Para quién?

—Con el nombre en blanco.

—¿Y qué hará usted con él?

—Lo que me dé la gana. Ponerle mi nombre ó quemarle...

—No la entiendo.

—Ni falta que hace. ¿Ve usted cómo vacila?

—De ninguna manera. ¿Se casará usted con Penoutchkine?

—Le juro á usted que no.

—Pues mañana tendrá usted ese despacho.

Un relámpago de alegría brotó de los ojos de la joven.

—General, tome usted su recompensa—le dijo fendiéndole la mano que besó él con recogimiento.

XII

Cuando, terminada la reunión, Andrés se vió solo en su cuarto, se dejó caer en un sillón y se apretó con ambas manos su abrasada frente.

—No puedo más—murmuró,—siento que se doblega mi voluntad y que el amor domina á la conciencia. No puedo combatir más tiempo, es demasiado terrible el tormento de rechazar la felicidad que apenas se atrevía uno á entrever en sueños. La boca abrasada por la sed no puede apartarse siempre de la copa refrescante que se le ofrece; sin embargo, sería necesario. Mi conciencia me ordena el sacrificio y no tengo fuerzas para obedecer. ¡Me ama! Este pensamiento llena mi corazón y canta noche y día á mi oído. Mi razón no puede hacerse oír. Pero la escucharé y haré callar á las locuras embriagadoras que me persiguen. ¿Y tendré bastantes ánimos para querer? Un aldeano no se casa con una condesa, nunca se ha visto tal cosa. Celia, espantada por el acto de desesperación que ha estado á punto de privarme de la vida, ha creído amarme: después de la boda notaría su error y yo abusaría de esta equivocación. ¡Imposible! Tengo el corazón demasiado altivo para querer disfrutar alevosamente algunos días de felicidad mediante un odioso crimen. Huiré de la tentación, partiré. Andrés se levantó y anduvo agitadamente por el cuarto.

He recobrado casi por completo las fuerzas, se ha cerrado mi herida. Entonces ¿qué hago yo aquí? No es para mí este lujo, aunque cualquiera lo diría al ver la prontitud con que me he acostumbrado á él. Ya no me asombra esa cama de ébano y seda, ni esos muelles asientos. ¡Vaya, vaya! Mi alfombra es el musgo de las montañas, la nieve mehollada por el humano pie, y debo sentarme sobre el tronco derribado á orilla del sendero. ¿Qué hago aquí? Soy una fiera de los bosques y nadie me domesticará.

Se acercó á la chimenea y se miró al espejo.

—Sin embargo, bien próximo he estado á dejarme domar. ¿Soy yo el cazador despreocupado y fuerte de antes? La desesperación y la enfermedad han borrado en mi rostro las huellas del sol y del viento; estoy pálido como un caballero; me he puesto, sin notarlo, el traje que han cambiado por el mío, he visto que me sienta bien; mis manos blanquean, mi voz se dulcifica, mi pelo es más flexible, y debo confesar que un movimiento de orgullo llenó mi corazón cuando, al pasar frente á un espejo, casi no me conocía. ¿Qué voz es esa que me grita que todo eso está mal y me degrada? Hay que obedecerla, hay que arrancar de mi alma ese amor como se arranca el puñal de una herida; hay que huir lejos, sólo y para siempre. Pero vivir sin ella es horrible suplicio. ¿Porqué no me habrá dejado morir entre los trigos manchados con mi sangre? Ya había sufrido demasiado para mis fuerzas, tenía derecho al reposo, y ahora tengo que sostener de nuevo tan abrumadora carga. ¿Qué he hecho yo—decía—para ser tan desgraciado?

—El joven abrió la ventana para calmar algo la fiebra que le abrasaba. Brillaba la luna, la noche era tibia, y el jardín embalsamaba el ambiente.

¡Partir! ¡Ser amado y partir!—murmuraba con las manos crispadas sobre el alféizar de la ventana.—Tener delante la gloria y elegir el infierno, es superior á la fuerza humana.

Sin embargo, me marcharé muy pronto... mañana... ¿Y porqué mañana?—exclamó de pronto—¿A qué prolongar esta agonía? Si la veo y me habla, perderé todo mi valor. Ahora mismo tengo que huir, sin despertar á nadie,

sin que me vean... ¡De modo que la he visto hace un momento por última vez. ¡Dios mío! ¡Se acabó para siempre!

Dejóse caer abrumado en un sillón y ahogó sus sollozos ocultando el rostro en los almohadones.

Al levantarse estaba tranquilo y resuelto.

Vamos — dijo, —cuando se despierte estaré lejos de aquí.

Para que nadie le oyese abrir y cerrar puertas, decidió bajar por el balcón. Empezó por apagar las lámparas, para que no le vieran desde afuera, y se deslizó con precaución como un criminal.

Llegó al suelo y dió algunos pasos, procurando que sus pies no hiciesen crujir la arena.

Por aquel lado, la casa proyectaba sombras angulosas y bien recortadas en el jardín vivamente iluminado por la luna; Andrés oyó, por la parte de la fachada, al criado encargado de velar, golpeando un disco de bronce para demostrar su vigilancia; debía evitar el paso por allí. Antes de alejarse levantó el joven los ojos hacía el cuarto de Celia, que aun estaba iluminado y tenía entreabierta una ventana.

—¿Estará enferma, Dios mío? ¿Por qué no duerme aún?—pensó Andrés, que parecía fascinado por la claridad que salía de aquel cuarto, y que no podía dar un paso.

Harto fuerte era la tentación; podía observarla una vez más sin ser visto y sin temer las seducciones de su palabra; se llevaría por lo menos á su destierro el último recuerdo.

Mucho tiempo vaciló, pero pudo más su corazón que su cabeza, dió un salto, y agarrándose á los salientes de la pared, bien pronto estuvo á la altura de la ventana.

A través de las tenues cortinas de encaje no vió más que una radiación azul singularmente suave; en aquel cuarto todo era azul, las paredes cubiertas de seda acolchada; la alfombra, la cama cubierta de elegante dosel y que sólo tocaba á la pared con la cabecera.

Celia, con peñador blanco y sentada cerca de una mesita, estaba escribiendo. Una lámpara colocada ante ella la iluminaba enteramente, la luz jugueteaba con su cabellera color de miel, los contornos de su rostro parecían bañarse en plateado fluido, y sus dientecllos brillaban entre los labios sonrientes. Andrés, agarrado á los hierros del balcón, la contemplaba con desgarradora emoción, porque nunca la había visto tan espléndidamente hermosa.

Pronto dejó la pluma y se echó hacia atrás en el sillón.

—Ya está hecho—dijo estirando los brazos— ¡con qué alegría he trabajado para él.

Se levantó, y la cola de su peñador sonaba por la alfombra.

—¡Las tres ya!—dijo dando cuerda al reloj.

Después se sentó en el borde de la cama y cruzó las manos por detrás de la cabeza.

—¡Dios mío, cuánto le amo!—dijo á media voz.

—¡Qué desgraciado soy!—murmuró el joven dejándose deslizar ó, más bien, caer al suelo.

Después huyó sin mirar atrás, llegó á la pared del jardín y la midió con la vista. El muro era alto y muy liso, é imposible de escalar. Además, Andrés había trabajado de sobra, y su herida, apenas cicatrizada, le hacía sufrir mucho. Buscó una puerta y acabó por encontrar una salida que sería especialmente para los jardineros. Estaba cerrada con varios cerrojos y dos vueltas de llave, pero ésta estaba en la cerra-

dura. Descorrió los cerrojos y dió vuelta á la llave. Su mano temblaba, estremecimientos corrían por su cabeza; le parecía que todo oscilaba á su alrededor.

—¡Adios, adios!—murmuró—¡adios la vida!

La puerta rechinó sobre sus goznes, pero cuando Andrés iba á salir se sintió rodeado por brazos femeniles y un gran grito resonó en sus oídos.

—¡Celia!

—¿Qué haces? ¿Dónde ibas?—le dijo ahogada por el espanto.—Ya sabía yo que había oído un suspiro y pasos furtivos. ¡Dios mío! Si hubiera yo estado durmiendo te escapabas y me dejabas aquí loca de desesperación. Porque tu intención era escaparte ¿verdad? ¿Quieres matarme? ¿se ha convertido tu amor en odio? ¿qué te he hecho? A ti sólo amo en el mundo. Toda mi vida está pendiente de la tuya ¿y huyes de mí sin decirme una palabra, sin despedirme, Andrés? ¿es posible que hayas hecho eso?

Y apoyando la cabeza en el pecho del joven, empezó á sollozar.

—Celia—contestó él,—le ruego á usted que tenga piedad de sí misma. Déjeme marchar.

—Estás loco—contestó estrechándole más entre sus brazos.—Intentas separarte de mí. Además, vete si quieres, yo te seguiré.

—No puede usted casarse con un hijo de siervos—contestó Andrés queriendo deshacer el lazo que le abrazaba.

—¡Cállate! Ya no lo eres. Tus padres son libres ya.

—¿Qué dice usted?

—Digo la verdad. La granja donde has nacido, aquel encantador lugar donde he encontrado el amor, es nuestro. Pertenece á tu padre.

Catalina es libre, Fedor y Macha son libres, y el niño de hermosos ojos azules, libre es también. Tu padre es rico; él me lo ha dicho. Conque ya ves que ahora somos iguales y nada se opone á nuestra dicha más que tu odio, porque es evidente que me odias.

—¡Los ha hecho usted libres! ¡Pobre padre mio! ¡Se ha realizado, por fin, el sueño de toda su vida!

—Sí; y el día que les iba á anunciar esta novedad, pidiéndoles su bendición, huías tú para librarte de mi amor.

—¿Es posible que usted me ame?

—Ven; la emoción me ha rendido y no puedo tenerme en pie; vamos á un banco que hay junto á unos jazmines.

Llegaron al banco y se sentaron. La luna los envolvía con su luz. Entre los árboles empezó un ruiseñor su canto tierno y doloroso. El rocío brillaba en las flores y en la arena de los senderos. Después de un momento de silencio, Celia dijo:

—¿Preguntas si te amo? Ahora comprendo que te amé desde el primer minuto en que te vi; aquella noche misma soñé contigo y al siguiente día tenía celos. Loca de mí, creí poder jugar con fuego; pero cuando te ví ensangrentado en el camino, sentí que tu muerte me costaría la vida, y que sin tí no existe para mí el mundo. Hablo con toda la sinceridad de mi alma: te amo, Andrés: ¿consientes en casarte conmigo?

—¡Ay! Ya sabía yo que si me hablabas perdería todo mi valor—exclamó dejándose caer á los pies de la joven.—Esto es demasiado. Ya no puedo luchar. Acepto la felicidad celestial que me ofreces. Librome, por fin, de tan largo sufrir y mi corazón se dilata en sin par alegría.

Celia, te amo como un condenado el perdón de Dios. Sin embargo, quizá un día dejes de amarme y entonces volveré á caer en el abismo, pero llevaré conmigo el recuerdo del cielo.

—Oye, Andrés—contestó Celia besándole en la frente:—el día en que ya no te quiera, te permitiré que me dejes, y te juro que estoy enteramente segura de pasar toda mi vida junto á tí.

Algunos días después la casa estaba llena de luces y de flores, de música, de bailes y de risa. Celia Alexandrowna daba una fiesta, á la cual estaba invitada la alta sociedad de la capital. Se susurraba que esta fiesta se verificaba con motivo de los esponsales de la condesita con un desconocido, príncipe según unos, mujik según otros, y en ciertos rincones del salón se discutía acaloradamente sobre ello.

—¡Un mujik! ¡Déjeme usted en paz!—decía el Gobernador encogiéndose de hombros.—El mismo aspecto de aldeano tiene que usted.

—Bien seguro estoy de ello—decía Penautchkine pálido de ira.—Era cazador en mi tierra.

—¡Ah!—dijo Ownikof que pasaba.—Sin duda habrá asistido á aquella célebre lucha con un lobo, cuya relación me ha interesado tanto. Voy á decirle que me la cuente.

Penautchkine se puso muy colorado ó hizo un movimiento para lanzarse sobre Ownikof, pero se dejó detener por los que le rodeaban.

Celia, con vestido de seda blanca cortado en cuadrado sobre el pecho, con tres filas de perlas finas al cuello y una rama de jazmín en el pelo, se paseaba lentamente de una sala á otra del brazo de Andrés.

Ownikof se acercó y tendió una mano á cada uno de ellos.

—¿Os habéis decidido ya? Me alegro casi tanto como vosotros, y os bendigo.

El general de W... entró en el salón y se acercó á saludar á la joven.

—Tengo que dar á usted una noticia — le dijo Celia mientras él se inclinaba ante ésta. — Me he decidido á cederle á usted la alquería que corta una de las fincas de usted y que mi tutor se empeñaba en negarle.

—¡Ah! Me hace usted un favor señaladísimo.

—Ahora, permítame que le presente á mi novio Andrés Ivanovitch, que quiere dedicarse á la carrera militar y solicita la protección de usted. Joven y valiente, ha de esperarle un gran porvenir, y seguramente merecerá su estimación.

—¿La mía? — exclamó el general después de un momento de confusión — Pues hay que saber soportar heroicamente una derrota. No puedo tenerla á usted mala voluntad por haber preferido á este joven. Me place la franqueza de su mirada y puede contar conmigo.

Los dos hombres cambiaron su cordial apretón de manos.

Se anunció que la cena estaba servida. Mientras pasaban todos al comedor, los novios pudieron dirigirse algunas palabras en voz baja.

Desde el día que entraste en mi casa — dijo Andrés, — cada minuto de mi vida, cada palabra de tus labios, han quedado grabados en mi alma.

—Tampoco yo he olvidado nada — contestó Celia. — Acuérdate lo que un día me digiste dirigiéndome tu hermosa y serena mirada: «no somos nosotros como usted cree: pegamos á las mujeres... ¿Es verdad? ¿Me pegarás tú?...

LA BARQUERA DEL RIO AZUL

I

En aquel tiempo todavía era Nankin la capital de la China, florecía la dinastía de los Mings, y reinaba el emperador Hoaï-Tsong.

La ciudad, que tenía siete leguas de circunferencia, estaba encerrada en murallas formidables, tan espesas, que siempre era de noche bajo las triples puertas abovedadas que á largos trechos las perforaban. Sobre aquellas puertas se erguían fuertes castillos y altas torres, cuyas techumbres, de orillas levantadas, desaparecían bajo el ondear de banderas y gallardetes de mil colores.

Sobre las murallas velaban los centinelas; cerca de las puertas, soldados apoyados con bizarría apostura en sus lanzas hacían preguntas á cuantos llegaban.

El recinto de la ciudad contenía montañas, lagos y ríos. Las calles, anchas y rectas, llenas de soberbios palacios, ostentaban puertas triunfales de techos esculpidos y levantados, vislumbrábase á lo lejos la alta torre de Li-cou-li, maravilla de las maravillas. Aquella torre, construida hace 2.700 años de orden del rey A-You, tenía al principio tres pisos; 1.200 años después de su fundación, el emperador Kien-Ouan la compuso é hizo sellar en sus muros las reliquias de Foo. Los Mongoles la quemaron mil años después,

—¿Os habéis decidido ya? Me alegro casi tanto como vosotros, y os bendigo.

El general de W... entró en el salón y se acercó á saludar á la joven.

—Tengo que dar á usted una noticia — le dijo Celia mientras él se inclinaba ante ésta. — Me he decidido á cederle á usted la alquería que corta una de las fincas de usted y que mi tutor se empeñaba en negarle.

—¡Ah! Me hace usted un favor señaladísimo.

—Ahora, permítame que le presente á mi novio Andrés Ivanovitch, que quiere dedicarse á la carrera militar y solicita la protección de usted. Joven y valiente, ha de esperarle un gran porvenir, y seguramente merecerá su estimación.

—¿La mía? — exclamó el general después de un momento de confusión — Pues hay que saber soportar heroicamente una derrota. No puedo tenerla á usted mala voluntad por haber preferido á este joven. Me place la franqueza de su mirada y puede contar conmigo.

Los dos hombres cambiaron su cordial apretón de manos.

Se anunció que la cena estaba servida. Mientras pasaban todos al comedor, los novios pudieron dirigirse algunas palabras en voz baja.

Desde el día que entraste en mi casa — dijo Andrés, — cada minuto de mi vida, cada palabra de tus labios, han quedado grabados en mi alma.

—Tampoco yo he olvidado nada — contestó Celia. — Acuérdate lo que un día me digiste dirigiéndome tu hermosa y serena mirada: «no somos nosotros como usted cree: pegamos á las mujeres... ¿Es verdad? ¿Me pegarás tú?...

LA BARQUERA DEL RIO AZUL

I

En aquel tiempo todavía era Nankin la capital de la China, florecía la dinastía de los Mings, y reinaba el emperador Hoaï-Tsong.

La ciudad, que tenía siete leguas de circunferencia, estaba encerrada en murallas formidables, tan espesas, que siempre era de noche bajo las triples puertas abovedadas que á largos trechos las perforaban. Sobre aquellas puertas se erguían fuertes castillos y altas torres, cuyas techumbres, de orillas levantadas, desaparecían bajo el ondear de banderas y gallardetes de mil colores.

Sobre las murallas velaban los centinelas; cerca de las puertas, soldados apoyados con bizarra apostura en sus lanzas hacían preguntas á cuantos llegaban.

El recinto de la ciudad contenía montañas, lagos y ríos. Las calles, anchas y rectas, llenas de soberbios palacios, ostentaban puertas triunfales de techos esculpidos y levantados, vislumbrábase á lo lejos la alta torre de Li-cou-li, maravilla de las maravillas. Aquella torre, construída hace 2.700 años de orden del rey A-You, tenía al principio tres pisos; 1.200 años después de su fundación, el emperador Kien-Ouan la compuso é hizo sellar en sus muros las reliquias de Foo. Los Mongoles la quemaron mil años después,

pero Yong-Lo la reconstituyó, la dedicó á la emperatriz madre y la llamó Torre del Reconocimiento. Era altísima, porque tenía nueve galerías superpuestas; sus paredes, revestidas de porcelana amarilla, colorada y blanca, brillaban como las alas de un faisán. Los nueve techos, cubiertos de tejas verdes, parecían esmeraldas, y el viento producía música encantadora al sacudir las mil campanillas colgantes de cada piso; alzábanse en las azoteas estatuas de dioses y genios, y en la cima de la torre centelleaba como un sol una esfera de oro.

Umbrosos jardines cercaban en aquella época la torre de Li cou-li, y en ellos se ocultaban modestas viviendas de anchas techumbres construidas de madera de cedro. Cada jardín lo rodeaba una empalizada de bambú, cuya cancela se cerraba con un pestillo, y junto á cada puerta estaban sentados, sobre pilares de piedra, dos perros quiméricos ó dos dragones de bronce ó de madera carcomida.

Una tarde, durante el cuarto año de reinado del emperador Hoai-Tsong, algo antes de ponerse el sol, levantó un joven el pestillo de una puerta y salió de un jardín. Vió el lugar desierto y anduvo rápidamente á lo largo de la empalizada, sin hacer caso de las colgantes ramas que le rozaban el rostro.

Aquel joven era de alta estatura, bien formado y guapo; con ojos negros, rasgados y algo oblicuos, que estaban llenos de altivez; sus cejas eran finas y lisas como el terciopelo; su boca parecía una flor; llevaba una túnica de seda negra sembrada de hilos de oro y atada con un cinturón de seda azul, y del mismo color era su gorro.

Llegó á otro jardín y se detuvo.

No se oía más rumor que el de los pájaros en los árboles. La luz del poniente enrojecía el cielo y resplandecía la cima de la torre Li-cou-li.

El joven procuró mirar al jardín á través de las ramas, pero la tupida cortina del follaje le impedía ver; entonces dió una palmada leve al principio y otra más fuerte después.

A esta señal movióse el follaje y apareció una joven, de la cual sólo se veía la linda cabeza rodeada por las hojas.

—¿Eres tú, Li-Tso-Pé?—preguntó con amorosa sonrisa.

—Lon-Foo—contestó Li-Tso-Pé rápidamente,—ve junto á la tumba de los antepasados y allí nos encontraremos; sigue la calle de los Leones de Hierro, que yo tomaré otro camino.

—Voy corriendo—dijo Lon-Foo asustada por el triste aspecto de la casa de Li-Tso-Pé.

El joven se alejó ligeramente hacia el cementerio. Llegó á él mucho antes que la joven y se sentó en una tumba, á los pies de un jinete de piedra.

Sobre todas las tumbas se veían ginetes semejantes á éste. Las cuatro patas del caballo, fijas en la tierra, estaban cubiertas hasta la mitad por la alta hierba. Los guerreros llevaban traje de combate y blandían sus lanzas. También se veían largas avenidas con filas de dromedarios, elefantes ó leones, uno frente á otro. Todas aquellas estatuas resaltaban en negro sobre el cielo sonrosado ó azul pálido, y sus grandes sombras se extendían oblicuamente en el suelo.

Pronto una forma esbelta, graciosa, se deslizó á través del bosque formado por las patas robustas ó flacas de los animales de piedra, llegó á la tumba en que estaba sentado Li-Tso-Pé y se sentó junto á él.

—Aquí estoy—le dijo,—la angustia me oprime el corazón porque he visto que tu semblante está triste.

—Oye, Lon-Foo: mis padres quieren casarme con la hija de un gran magistrado.

—¡Es posible!—exclamó Lon-Foo poniéndose tan pálido como las piedras tumulares.

—No quiero seguir el uso que permite tener varias mujeres. No puedo dividir mi corazón, que es enteramente tuyo, pero ¿cómo resistir á mis padres?

—¡Metámonos los dos juntos en esta tumba!

—No, hija mía, somos demasiado jóvenes para morir y nuestro amor es inagotable manantial de felicidad, del cual hemos bebido aún muy pocos sorbos. ¿Quién sabe lo que nos reserva la muerte? Mira, he pensado una cosa, hoy mismo huiré de este país y permaneceré lejos, sin dar noticias mías hasta que la que me destinan sea de otro esposo.

Lon-Foo nada respondió; apoyó la cabeza en el hombro de su amigo y lloró en silencio.

—¡Ay!—dijo Li-Tso-Pé—esta separación es una desgracia, pero nos salva de otra más grande. Hay que procurar dar firmeza á nuestro corazón. Voy á dejarte, Lon-Foo—añadió suspirando y dejando caer la cabeza en las manos.—Verte un momento era mi alegría y no voy á verte ahora. Cada día será para mí como un año de padecer. Lon-Foo respondió con un sollozo, y el joven continuó:

—¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro? Estabas subida en un banco, cerca de la valla de tu jardín, para alcanzar una rama florida, y yo pasaba por la plaza de Li-cou-li. Era en otoño, mis pasos no sonaban sobre las hojas húmedas. Cuando te volviste, estaba yo muy cerca y te

vi sin darte tiempo á huir. Fuime, turbado por un sentimiento que no comprendía, pero que me preocupó todo el resto del día.

—Ya me acuerdo—dijo Lon-Foo,—también yo te había visto y toda la noche estuve pensando en tí.

—Al otro día volví, vi el banco y en el suelo la florida rama que habías dejado caer al verme. Pasé el brazo por la valla queriendo coger la rama y no pude lograrlo. Entonces salté dentro salvando la empalizada, y en aquel momento oí un ligero grito y me escapé asustado. Cuando pasé, al tercer día, estabas en medio de la alameda. Cambiamos una mirada y después una sonrisa (¿te acuerdas?) y te escondiste entre las ramas.

—Aquel día empezó la vida y hoy acaba—murmuró Lon-Foo.

—Después nos hemos visto diariamente, sin temor al sol ni á la nieve, hablándonos por encima de la valla de bambú, á través de las ramas, viviendo únicamente en los momentos en que nuestras manos se enlazaban, nuestras miradas se encontraban y nos decíamos los más íntimos pensamientos. Caen las hojas de los árboles, estamos en otoño y hace un año que nos amamos.

—Déjame morir sobre tu pecho después de este año de alegría, que no podré soportar tu ausencia. ¿Qué haré mañana? ¿Qué los siguientes días? Cada hoja del jardín me recordará lo pasado; cada estaca de la valla será un puñal para mi corazón.

—¿Prefieres verme casado con otra, Lon-Foo? Ya ves cuánto padezco. Te dejo para conservarte algún tiempo de dolor; después, la dicha de toda la vida.

¿Quién sabe si el que parte volverá algún día? ¿Quién sabe si cuando vuelva estará aquí la que deja?—dijo Lon-Foo sollozando.

Y Li Tso-Pé contestó vencido por el llanto:

—¿Qué quieres que haga? Habla, bien mío, y me quedaré si lo mandas.

—No, no, vete. El día de tu boda sería el de mi muerte. Tendré fortaleza, y, suceda lo que quiera, te juro por la memoria de mi padre aquí enterrado, que nada hará cambiar mi corazón.

—Hasta la vista, pues, amada mía. El día acaba, hay que volver á casa. Hasta la hora de mi muerte, cada latido de mi corazón acompañará á un pensamiento para tí.

Los dos amantes se abrazaron estrechándose con violencia, se separaron y volvieron á acercarse, abrazándose de nuevo.

Cuando la joven atravesaba otra vez el cementerio, un hombre que oraba sobre una magnífica tumba, la vió y pareció asombrarse de su belleza. Notó sus lágrimas, y creyó que lloraba á un parlante recién muerto. Al salir del cementerio, aquel hombre hizo seña para que se alejase á la escolta que le acompañaba. No perdió de vista á la joven que, absorta en su dolor, nada miraba. La siguió, y cuando la vió entrar en su casa, escribió en sus tablillas: Plaza de la torre de Li-cou-li, casa de los dragones azules.

Lon Foo era huérfana. Su madre había muerto al darla á luz; su padre, en un glorioso combate. La joven vivía sola con su anciana abuela y algunos criados. Su fortuna era modesta, pero sobrada para sus necesidades. Lon-Foo tenía diecisiete años. Educada por aquella abuela llena de indulgencia, disfrutaba de una li-

bertad mayor de la concedida generalmente á las jóvenes chinas; bailaba poco y prefería la lectura á los juegos al aire libre. El cuarto interior en que acostumbran á estar las mujeres la ahogaba, y especialmente desde que había conocido á Li Tso-Pé pasaba el tiempo en el jardín.

La noche en que se marchó su amante, Lon Foo no durmió y lloró sin cesar. Así es que á la mañana siguiente, cuando se miró en el espejo de acero pulimentado, semejante al disco de la luna, vió que tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y para no disgustar á su abuela quiso borrar las huellas del llanto y bañó varias veces su lindo rostro en agua fresca.

Mientras se ocupaba en eso, un golpe sobre el gong de la puerta de entrada la hizo estremecerse.

—¿Quién vendrá tan temprano?—se preguntó.

Y bajó precipitadamente desde su cuarto al piso bajo. Su abuela estaba ya bajo el alero, y dos criados corrían hacia la puerta del jardín; abierta ésta, no encontraron á nadie, únicamente hallaron un cofre de laca en el suelo, lo cogieron y lo llevaron á su dueña.

—¿Qué es esto?—exclamó la abuela alzando los brazos al cielo.—¿Es para nosotros ese cofrecillo?

—Hay una carta bajo el cordón de seda que lo ata—dijo un criado.

Lon Foo cogió la carta, escrita en papel colorado, y la abrió.

«A la hermosa Lon Foo, un poderoso ofrece estos objetos sin valor.»

—¡Dios, Foo!—dijo la abuela.—¡Un poderoso! ¿Y cómo te conoce?

—No sé—dijo la joven.—Sin duda es una broma, y el cofrecillo estará lleno de piedras.

Veamos—dijo la vieja levantando la tapa.

Las dos mujeres lanzaron al mismo tiempo un grito de sorpresa; un magnífico collar de perlas de Tartasia estaba enrollado en varias vueltas en el fondo de la caja, como una serpiente en reposo; las perlas eran del tamaño de los guisantes, todas semejantes y de sin igual pureza. En realidad hubiera sido imposible encontrar un collar como aquel en todo el imperio. El cofrecillo contenía además agujas para la cabeza guarnecidas de rubies y un aderezo completo: pulseras, broches, estuches para las uñas en seda verde, y todo calado con exquisita perfección.

¡Qué hermoso es todo esto!—decía la anciana dando palmadas.

¡En toda mi vida he visto nada tan magnífico!

—¿De dónde vendrá esto?—se decía Lon-Foo vagamente asustada.—Con seguridad no es Li-Tso-Pé quien me envía este collar que sólo podría llevar una reina.

Se pasó el día en conjeturas. Lon-Foo acabó por creer que ladrones perseguidos habían dejado el cofrecillo ante la puerta para no despertar sospechas. Empezó, pues, con ayuda de su abuela, á escribir una carta, explicando á los magistrados de la ciudad cuanto había ocurrido. Todavía no estaba terminado el escrito cuando resonó de nuevo el gong violentamente, y al mismo tiempo una multitud de pajes, de escuderos, de hombres con linternas, invadieron el jardín y se pusieron en filas á cada lado de la alameda.

Las dos mujeres, estupefactas, se adelanta-

ron bajo el alero de la casa y vieron acercarse á ellas un mandarín de primera clase, con gran traje de gala, seguido de dos hombres, de los cuales uno llevaba el quitasol de honor y otro un sello de cristal en un cajón de seda.

El mandarín se fué derecho á la joven y se arrodilló ante ella.

—¿Eres tú quien se llama Lon-Foo?—preguntó humildemente.

—Sí—balbuceó la joven temblando.

—Pues bien, joven más dichosa que todas las mujeres del reino, beldad privilegiada, á quien sólo puedo hablar de rodillas: has de saber que aquel cuyos presentes has recibido esta mañana, el que me envía á tí, es el hombre ante quien todo se inclina y tiembla, el dueño de la vida de todos, el emperador de la China.

¡El emperador!—exclamó la abuela dejándose caer sobre la silla.

—¡Sí! ¡El mismo hijo del cielo!—dijo el mandarín.—Ha visto á Lon-Foo volver del cementerio y ha experimentado por ella una pasión violenta que no le deja descansar. Hace saber á la que ama que quiere tomarla por mujer, y que mañana su magnífico cortejo vendrá á buscarla para conducirla con gran pompa al palacio imperial. Supongo que cuando sea la esposa favorita de nuestro amo, la hermosa Lon Foo no olvidará al mensajero que le ha traído la primera noticia. Y después de nuevos saludos, el mandarín se fué sin que Lon-Foo, aterrada, pudiera pronunciar una palabra.

El alegre asombro de la abuela era tan profundo que no le dejó notar la tristeza ni el espanto de Lon-Foo. Envió á buscar á todos sus conocidos, para darles la buena noticia, y pronto se llenó de gente toda la casa.

Lon-Foo recibió sus felicitaciones sin parecer enterarse de quienes se juntaban á su alrededor; ni hablaba ni miraba. Muchos creyeron que su nueva posición la hacía ya altanera y desdenosa.

Cuando llegó la noche, Lon-Foo se retiró á su alcoba, se dejó caer en una silla y permaneció largo tiempo inmóvil, con la mirada fija en el suelo. De pronto se levantó, y saliendo del estupor que la entumecía, dijo:

—Hay que obrar inmediatamente... Aun soy libre, y mañana, en aquel palacio, estaría ya presa.

Entreabrió la puerta de la alcoba de su abuela y oyó su respiración fuerte y regular; la anciana dormía. Salió al pasillo y escuchó de nuevo. Un silencio profundo reinaba en la casa, y los criados dormían también.

Entonces volvió á su cuarto, abrió algunos cofres, recogió sus ahorros, que eran bien escasos, después un paquete con flores marchitas y con cartas, y se echó un vestido obscuro. Apagó la luz y bajó la escalera con sigilo. La puerta de la casa estaba cerrada por dentro con una barra que la joven no pudo mover, pero abrió una ventana y saltó al jardín. La valla de bambú estaba cerrada con un pestillo que abrió Lon-Foo, volviéndolo á cerrar después; luego, medio oculta por uno de los dragones cubiertos de esmalte azul obscuro que había á ambos lados de la puerta, miró por última vez la casa y el jardín.

—¡Ah, querido Li-Tso-Pé! — dijo llorando: — quizá no vuelva á ver ese rinconcito donde he sido tan feliz; pero el cielo nos ha protegido disponiendo tu viaje. ¡Cuántos peligros amenazarían hoy al rival del emperador!

II

Lon-Foo atravesó con firmeza la plaza de Li-ou-li y se metió por una calle. La noche era obscurísima, el cielo estaba nublado y ninguna luz brillaba en las ventanas. La joven no sabía á dónde iba; andaba rápidamente tentando la pared con la mano, tropezando alguna vez, pero sin detenerse; pronto se arriesgó por una maraña de estrechas callejas, donde no se dormía aún. Se oían rumores de voces y risas, rayos de claridad pasaban por debajo de las puertas, y los papeles grasos de las ventanas se iluminaban vagamente. Lon-Foo, algo asustada, adelantaba con vacilación. Sin embargo, se atrevió á mirar por una rendija lo que pasaba en una de aquellas casas llenas de ruidos sordos, y vió varios borrachos sentados á la mesa con despreciables mujerzuelas. La joven dió un salto hacia atrás y huyó velozmente. De pronto, al volver una esquina, vió brillar las linternas de una ronda de policía.

—¡Ay! — exclamó. — ¿Qué será de mí si me cogen esos soldados, y cómo explicaré mi presencia en la calle después de haber tocado el segundo toque de vela?

Se había apoyado en una casa oscura y creyó oír una voz gangosa que contaba al parecer dinero. Lon-Foo llamó resueltamente á la puerta, prefiriendo hallarse entre ladrones á caer en manos de los polizontes que la hubieran llevado á su casa.

Abrieron, y la joven entró precipitadamente y cerró la puerta.

—¿Qué vienes á hacer aquí? — preguntó una vieja que estaba sentada sobre un montón de

harapos é informes despojos.—Las mujeres de mala vida no entran en esta casa. Ya te decía que no abrieras—continuó dirigiéndose á un hombre, cuya cara delgada y arrugadísima parecía una manzana cocida, y que miraba estúpidamente á Lon-Foo.

Abro cuando llaman—contestó.

Tranquilícese usted—dijo Lon-Foo,—soy de buena familia: he dejado el lugar paterno para huir de los malos tratos de mi madrastra, y, si he llamado aquí ha sido para no caer en manos de la ronda.

—Bueno; pues espera que haya pasado, contestó la vieja con la indiferencia de quien es harto desdichado para hacer caso de las desgracias ajenas.

Espera que haya pasado—repitió el viejo.

Después volvieron los dos á contar monedas de cobre, que corrían en el suelo con las uñas, sin hacer caso alguno de Lon-Foo.

Esta miraba á su alrededor; un farol redondo de papel, casi hecho pedazos, alumbraba extrañamente la única habitación de la casa. El suelo era de tierra, y cubrían el cuarto las tejas sirviendo de techo. No había muebles, pero raros montones de trapos de todas clases servían, al parecer, de sillas y mesas. Sobre uno de ellos había tapones desportillados de porcelana. Levantando los ojos, Lon-Foo no pudo ahogar un grito de espanto, porque creyó ver en las paredes una fila de ahorcados que la luz de la linterna hacía oscilar y temblar. Veía distintamente los pies de algunos calzados con botas viejas de seda deslucida, y las cabezas de otros con el sombrero hundido hasta la barbilla. Mirando mejor, observó la joven que no había piernas en las botas, ni cabezas en los som-

breros, y que los ahorcados eran sencillamente trajes viejos, ajados, desteñidos y remendados, pero colocados muy cuidadosamente á lo largo de la pared. Lon-Foo se rió de su sorpresa. Una muestra descolorida que se colgaba de día á la puerta de la casa la enteró de que sus huéspedes eran preñados, y dirigió su mirada á los habitantes de aquella morada miserable, que seguían contando las monedas de cobre.

—Aunque las cuentas mil veces—dijo por fin la mujer,—no habrá más.

—Sigue faltando la cuarta parte de un *liong*—contestó el viejo.

—Si, y mañana el casero nos echará fuera y se quedará con nuestros trapos.

—¡Nos echará!—repitió el viejo consternado.

—Completaré la cantidad—dijo Lon-Foo, sacando una moneda de plata—con la condición de que me dejen ustedes pasar aquí la noche y cambien estos vestidos de seda por un traje de mujer del pueblo.

Ambos levantaron la cabeza, mirando á Lon-Foo, de cuya presencia no se acordaban; sonrióse la cara amarilla del viejo, y la mujer meneando la cabeza, dijo:

—Te estás burlando de nosotros.

—Nada de eso tienes el vestido que necesitas?—dijo Lon-Foo echando la moneda de plata entre las de cobre.

—Eres una buena muchacha, y el cielo te ha enviado á esta casa—contestó la vieja levantándose ligeramente.

Descolgó varios trajes que enseñó á Lon-Foo. Esta eligió uno casi limpio, compuesto de un ancho pantalón de tela parda, una túnica de algodón azul y un ancho sombrero de paja que fácilmente podía ocultar su rostro. Después la

vieja exparcíó un montón de andrajos en un rincón, y la cubrió con un pedazo de estera, diciendo á Lon-Foo:

—No puedo ofrecerte más cama que esa.

La joven se tendió en aquel lecho rústico.

Pronto se apagó la luz y no se oyó otra cosa que los ronquidos sonores de ambos viejos.

Lon-Foo no durmió. Levantóse al amanecer, se quitó su vestido de seda, se puso el otro, y sin hacer ruido salió de la casa.

El arrabal estaba aún desierto. Algunos perros flacos, olfateando el arroyo, poblaban únicamente las miserables callejuelas. La joven se apresuró á dejar aquel barrio sórdido y siguió una larga avenida que bajaba hacia el río. Pronto el *hijo mayor del Océano* extendió ante ella sus apiladas ondas.

El cielo matutino llenaba el río de reflejos plateados; una brisa casi insensible estremecía la superficie del agua y deformaba la imagen de una pagana situada á la orilla. Áves acuáticas plabán y aleteaban en los juncos, volaban las grullas desde la cima de los árboles, lanzando largos gritos, y en el horizonte las altas montañas mostraban vagos perfiles entre las brumas de color de rosa y lila del Oriente.

Lon Foo se sentó en la hierba, á la orilla del río azul, y meditó.

¿Qué sería de ella, sola, tan joven, y sin experiencia alguna de la vida? Sabía jugar al volante, cuidar flores, criar pájaros varios, pero no era apta para ningún trabajo manual en relación con su nuevo estado.

Sacó de la manga su bolsita y la vació en el regazo. Algunos *liangs* de oro sonaron alegremente. Algo era aquello, pero muy poca cosa

si había que vivir con aquella cantidad hasta el cambio de reinado; contó varias veces las monedas y se sonrió recordando á sus nocturnos huéspedes recontando las de cobre.

En aquel momento pasó un hombre cerca de ella, adelantó hasta la orilla del río, y llamó á alguien.

Un grito contestó al llamamiento y una barca deslizóse entre los juncos y atracó ante el hombre.

Este saltó á la barca, que se alejó de la ribera, y atravesó el río.

Lon Foo la siguió con la mirada. Era una de las embarcaciones llamadas *cham-pan*, en la cual se yergue un camarote cubierto de estera de bambú, y que sirve de habitación al barquero. Lon Foo observó que la embarcación iba dirigida por una mujer de edad.

—Está vestida como yo—pensó la joven,—de modo que mi traje es de barquera. De todos modos, es un oficio que me convendría bastante.

Después de haber dejado al pasajero en la otra orilla, la barquera llegó cerca de Lon Foo, quien se levantó y le hizo una seña.

—¿Quieres pasar?—preguntó la vieja.

—No; quiero que me informes de dónde podría comprar un barco como el tuyo.

—¿Nuevo ó viejo?

—Lo mismo me da.

—Si me lo pagas bien, cedería yo el mio y me iría á vivir con mis hijos, porque me voy haciendo vieja y me hace daño la humedad.

—¿De modo que me venderías tu barco? ¿Cuánto quieres por él?—preguntó Lon Foo con alegría.

—Tres *liangs* de oro—dijo á bulto la vieja.

—Voy á dártelos.

La barquera abrió desmesuradamente los ojos, y en cuanto vió brillar los *liangs* los cogió á escape, saltó á la orilla, y haciendo muchos saludos se alejó con rapidez. Temía que la joven se arrepintiera, puesto que le había vendido el barco en tres veces más de lo que valía.

Encontrarás en el camarote algunas provisiones y dos medidas de arroz que te doy de propina—le gritó al alejarse.

—¿Por qué se irá tan deprisa?—se preguntó Lon Foo.—Me habría convenido que me diera algunas nociones del modo de dirigir el barco.

En aquel momento llegó un aldeano á la orilla del agua y saltó á la barca, diciendo:

—Vamos, pronto, que tengo prisa, llévame á la otra orilla.

Lo Foo, bastante preocupada, bajó al *champan* con grandes precauciones, y después se sentó y cogió los remos, pero los manejó con tal torpeza, que la barca osciló, dió mil rodeos y adelantó muy poco.

—¿Estás loca?—gritaba el aldeano encolerizado—¿quieres hacernos zozobrar?

—No estoy aún bien despierta—contestó Lon Foo.

Al cabo llegaron á la otra orilla, y el aldeano, después de haber insultado violentamente á la barquera, se fué sin pagar.

Lon Foo al verse injuriada, sentía ganas de llorar, pero luego se repuso.

—¡Bah!—pensaba—si este hombre supiera que el emperador me pretende, se arrastraría á mis pies, hundiéndolo la frente en el polvo.

Durante el día, la joven se vió en mil apuros para dirigir su embarcación entre las muchas que surcaban el río; muchas veces estuvo á punto de zozobrar, pero por la noche ya podía

apostárselas con cualquiera á dirigir una barca por el río azul.

Rendida de cansancio durmió en la rústica habitación de esterilla de bamba, con un sueño que nunca había disfrutado en su linda alcoba.

III

Entre tanto, el emperador Hoai-Tsong, á quien irritaban los obstáculos puestos á la satisfacción de sus deseos, estaba lleno de ira y había maltratado á un ministro, amenazándole con la pérdida de la cabeza si Lon-Foo no parecía dentro de breve plazo. Agitadísima estaba la ciudad y el palacio, y se ofrecieron recompensas á quienes dieran noticias de la joven fugitiva. Á todas las provincias salieron correos, y pronto buscó el imperio entero á la hermosa Lon-Foo amada por el emperador.

Llegó el rumor de la ventura á oídos de Li-Tso Pé, que había ido á defender las fronteras amenazadas por los Mongoles, y mordido en el corazón por la inquietud y los celos, abandonó su puesto en el acto y emprendió el camino de Nankin.

Ya se habían encontrado las huellas de Lon-Foo; hallaron sus vestidos en casa del predero, que había dado la descripción del traje que tomó la joven. Súpose también que una barquera vieja del río azul, había sido sustituida de improviso por una joven de extraordinaria hermosura.

Noticióse, pues, al emperador que la que él buscaba era, sin duda, aquella barquerita cuyo origen nadie conocía.

Hoai-Tsong quiso convencerse por sí mismo

y fué disfrazado á la villa del río y al lugar que le indicaron.

En el momento en que el emperador se aproximaba al *Cham-pan*, Lon-Foo, á la sombra del camarote, cantaba á media voz una canción que habla compuesto pensando en Li-Tso-Pé. Aguzó el oído el emperador, y oyó lo siguiente:

«Desde que me dejaste, amado mío, ya no vivo en tierra día y noche, me mece el agua límpida del río azul.

«Cambió el soplo del otoño en oro el verdor. ¿Qué fué del tiempo en que nos apretábamos la mano entre las ramas, mientras caían las hojas amarillas?

«No valen todos los tesoros del emperador lo que la dulzura de tu mirada. Nada es su poder comparado con una palabra de tu boca.

«¿Dónde estás, amado mío? ¿Qué haces, mientras mis lágrimas, una á una, caen al río?»

—Bueno—pensó el emperador cuando Lon-Foo terminó su canción.—Ya sé ahora por qué me desdeña y ha huído.

Entró en la barca y Lon-Foo se levantó ligeramente.

Latió el corazón del emperador súbita y hondamente al verla de nuevo. Colmóle de alegría aquella sensación casi dolorosa, porque las emociones son raras en los omnipotentes.

—¿Joven, quieres conducirme á la otra orilla?

—Claro que sí. Mi oficio es atravesar el río á todas horas.

—No me parece oficio digno de tí.

—Me trae cuenta y sería yo inepta para otro cualquiera—contestó Lon-Foo, alejando el barco de la orilla.

—Esas manos tan blancas no se han hecho

para manejar toscos ramos. Ese rostro hechicero debe de tener los ataques del sol: debiera brillar bajo los techos del palacio imperial, y tu delicada mano empuñar un cetro de oro y perdrería.

Al oír estas palabras palideció Lon-Foo, y mirando con espanto al hombre sentado frente á ella, le dijo con temblorosa voz:

—No te burles, señor, de una pobre aldeana como yo. Parecería allí una mancha de tinta en raso blanco.

—¿A qué fingir más, Lon Foo?—exclamó el emperador.—¿Por qué me haces padecer hace dos meses? ¿Por qué te ocultas, cuando para buscarte revuelvo todo el imperio?

—¡Dios mío! ¡Es el emperador!—exclamó la joven juntando las manos.

—Soy el emperador para todos; para tí, un hombre que te ama.

—¡Ten piedad de mí, gran emperador!—gritó Lon Foo arrodillándose.

—¿Cómo? ¿Así acoges mi amor?

—No soy digna de él y ese honor me abruma. Te ruego que no te acuerdes más de mí.

—He oído tu canción hace un momento—dijo el emperador frunciendo el ceño.—He conocido los celos por vez primera. Tu amante está lejos, según decías, y si supiera su nombre moriría. Borra ese nombre de tu memoria y seca tus lágrimas. Voy á llevarte á mi palacio y darte un lugar entre mis esposas. La resistencia sería inútil, puesto que soy el amo y te quiero.

—¡Ay! ¡Perdida soy!—dijo la joven.

A una seña del emperador, cubriéronse de gente las orillas: estalló súbitamente alegre música; juncos empavesados, abriendo como un ala su gran vela de esterilla de bambú, ado-

lantaron por todos lados cargados de mandarines y altos funcionarios en trajes de ceremonia.

Viéndose prisionera de aquella multitud sometida al emperador, Lon Foo desesperada, alzó la mirada al cielo y exclamó:

—Querido Li-Tso-Pé: quiera Dios que nuestras almas se unan algún día, porque en este mundo no nos volveremos á ver.

Y de un salto se tiró al río.

Terrible grito lanzó el emperador.

Los barcos llegaron rápidamente; muchos hombres se lanzaron al agua y se sumergieron en ella. Hoaf-Tsong no quitaba su vista del sitio donde había desaparecido Lon-Foo.

—¡Ahi... buscad ahí!—les decía.

Reaparecieron los mismos y volvieron á sumergirse, y pasaron varios minutos, que parecieron siglos á todos. El emperador pateaba de rabia y de dolor. Al cabo de una hora sacaron á la joven del agua. Había muerto.

Cuando depositaron el cadáver en la orilla, un guerrero bien armado llegó á galope, se apeó y atravesó la muchedumbre. Al ver á Lon-Foo extendida sin vida en la ribera, exhaló un grito desgarrador y se precipitó sobre el cuerpo de la joven.

—Amada mía—exclamó,—has cumplido tu palabra, has muerto por serme fiel y ahora estás como una flor de primavera sorprendida por la escarcha. No te habría podido yo salvar de la pasión del emperador, pero llego á tiempo para morir contigo; aun está tibia tu mano, tu alma espera á su compañera de viaje revoloteando en nuestro derredor. ¡No te impacientes, dulce Lon-Foo, aquí estoy!

Vióse brillar un acero, y corrió un arroyo de sangre por el suelo.

—Una sola gracia pido al emperador, y es que se me sepulte junto á aquella que ha muerto por mí—dijo al espirar.

El emperador estaba en pie, con los brazos cruzados, mordiéndose los labios, ocultando á la multitud su cólera y su dolor. Miraba con celoso odio el cadáver de aquel hermoso joven, preferido por la única mujer amada por el emperador.

—¿Hemos de acceder al deseo del difunto? ¿Enterraremos juntos á ambos amantes?—preguntó un mandarín.

—¡No! ¡Os lo prohíbo!—dijo secamente el emperador.

Después se alejó y volvió á su palacio.

Poco tiempo después de lo acontecido, los Mongoles invadieron el territorio chino. Hoaf-Tsong, destronado, se suicidó. Fué el último soberano de la dinastía de los Mings.

Aun pueden verse en el cementerio viejo de Nankin las sepulturas de Lon-Foo y Li-Tso-Pé. A cada tumba da sombra una magnífica acacia. Están lejos una de otra, pero los dos árboles han extendido sus ramas, que se juntan y entrelazan.

MAL CARÁCTER

Hay una época del año en que París se hace insoportable, y los más fervientes adoradores del asfalto del boulevard suspiran pensando en el aire puro del campo.

Así pensaba una noche de verano Mauricio Laugier, protagonista de esta historia, buscando en balde el sueño en su cama revuelta por el insomnio.

Era á fines de Junio, y ya hacía días que un calor implacable convertía la gran ciudad en un infierno.

Mauricio Laugier, parisiense impenitente, tan aficionado á los viajes como los gatos al agua, tomó sin embargo, al nacer el día, una heroica resolución.

Algunas horas después, Mauricio recogía en la estación del Norte un billete para Montmorency. Bastante era.

Pero ya en el tren, empezó á sentir súbitamente un gran amor hacia el campo. No dejaba pasar una acacia, ni una amapola, ni una parrá agarrada á la caseta de un peón caminero, sin dirigirle ávida mirada, diciendo:

—¡Qué bonito es esto! Quizás el hombre esté hecho, al fia y al cabo, para vivir en el campo.

En Montmorency todo estaba alquilado, y el joven creyó un momento que tendría que volverse á la ciudad. Acabó, sin embargo, por en-

contrar una habitación no muy buena en un piso bajo de la calle Mayor.

Gracias á lo bien dispuesto que se hallaba, todo le divertía: las puertas que chillaban, sin dejarse abrir ni cerrar, los ladrillos de un colorado rabioso que sonaban bajo los zuecos del ama como las losas de una iglesia, los ramos de flores de papel que en la cómoda estaban á ambos lados de un Niño Jesús de cera amarilla, echado en un establo. Leyó con interés los letreros de los extraordinarios grabados que adornaban las paredes, y que decían: *La pulga en la oreja, No despertéis al gato, Se querían y se lo decían*, etc.

Mirándose en un espejo con marco de caoba imitada, sintió un momentáneo espanto, porque su rostro, agradable generalmente, le parecía raro é hinchado. Reconoció, por fortuna, la infidelidad del espejo, y, riéndose á carcajadas, se tumbó en el tercolopelo amarillo y raído de un sillón viejo, cuya dureza le sorprendió dolorosamente.

Después fué al campo, asombrándose ante cualquier arbusto y deteniéndose largo tiempo delante de un seto florido, en el cual cantaba un pinzón que se le figuró un ruiseñor.

Una cabra atada á una estaca le admiró durante una hora; seguía con la vista el estrecho sendero abierto entre los trigos, y pensaba vagamente en vivir siempre en el campo. Cuando la campana de la iglesia tocó el nocturno *Angelus*, lloró tiernamente.

Pero aquellas felicidades duraron poco. Después de algunos días de entusiasmo, Mauricio confesó que la naturaleza era hartó monótona y dirigió sus melancólicas miradas hacia Enghien.

Para disculparse, decía: Tengo ganas de oír algo de música.

Se vistió con cuidado, encendió un puro y echó á andar.

Encontró chiquillos montados en borricos que el arriero arreaba con su palo, chiquillas vestidas de blanco con un gorrito feo y velo de muselina, que indudablemente venían de comulgar. Pero, llegado al puente del ferrocarril, cruzó con una joven cuya hermosura le llamó la atención. La acompañaba una criada con un cesto.

—Encantadora es—se dijo volviéndose para verla otra vez.—Me ha parecido contemplar el tipo femenino bosquejado confusamente en mis ensueños. ¿Es que se encuentra así, al revolver una esquina y cuando menos se piensa, el ideal secretamente deseado? ¿Es esa la mujer que he de amar?

Después de vacilar un momento, retrocedió y dijo:

—Decididamente no voy á Enghien.

Y echó á andar detrás de la joven, cuyo vestido examinaba.

Llevaba una falda de muselina color de malva, sembrada de margaritas, y un sombrero redondo, adornado de lo mismo. Las largas puntas de un pañuelo cruzado sobre el pecho se ataban al descuido por detrás de la cintura, y las guirnaldas del sombrero le caían sobre sus hombros.

—¿Será soltera ó casada esa joven? Casi me ha parecido una niña, pero la criada y el cesto me preocupan, parecen indicar un ama de casa.

Pronto salló de su inquietud, oyendo á la criada contestar á una pregunta que le hacían:

—Sí, señorita Julieta.

—¡Precioso nombre!—pensó Mauricio.

Al llegar á la plaza del Mercado, en Montmorency, Julieta la recorría puesto por puesto, comprando toda clase de viveres, con los cuales se llenaba el cesto.

—Sin duda no tiene madre—pensaba Mauricio—y dirige la casa de su padre, comprando, disponiendo y vigilando; nada hay más hechicero que una joven dirigiendo una casa.

Como no se atrevía á seguirla en sus idas y venidas, Mauricio se colocó en una esquina de la plaza, de modo que no la perdiera de vista. Acabadas las compras, la joven se volvió á poner en camino. La criada dejó el pesado cesto en el suelo, y las dos miraron á la parte opuesta á Enghien, como si esperaran á alguien ó algo. Después de maduras reflexiones, y especialmente al ver á lo lejos una gran nube de polvo y al oír ruido de cascabeles y látigo, Mauricio adivinó que esperaban una especie de diligencia que sirve á las localidades vecinas. Lleno de maquiavelismo se lanzó hacia el coche, dejando á la desconocida á la orilla del camino, y subió como un viajero impaciente.

—Decididamente voy á Enghien—pensó.

Según había previsto, la joven hizo parar el coche cuando pasó delante de ella, y subió. Mauricio pudo mirarla entonces á gusto, porque se había sentado frente á él y se había levantado el velo. Su lindo rostro, animado por el andar y el calor, tenía una dulzura alegre y llena de encanto. La blancura de su frente resaltaba junto al color de sus mejillas y traía á la imaginación la antigua y robada metáfora del lirio junto á las rosas. Para completar el ramillete, sus grandes ojos infantiles recorda-

ban los pétalos del «no me olvides.» Pero Mauricio no sabía con qué comparar la bonita nariz de alas anchas y movibles y el precioso mohín del labio superior. En cuanto á los cabellos, ni oro, ni trigo, ni rayos del sol, parecían suficientes términos de comparación para el entusiasta y casi enamorado joven.

En efecto, realizaba el tipo soñado. Cuando volvía la cabeza y Mauricio la veía de perfil, se acentuaba el mohín del labio y daba á la boca una expresión rebelde llena de virginidad.

La joven miraba el campo por las estrechas ventanillas, pero á veces su mirada se encontraba con la de Mauricio. Entonces apartaba la cabeza y contenía una imperceptible sonrisa algo burlona. El joven, avergonzado, miraba también el campo, y entonces Julieta le miraba pensativa y curiosamente.

De Montmorency á Enghien el camino es corto. Pronto se detuvo la diligencia y la joven atravesó corriendo la calle y llamó á una puerta. La criada la alcanzó, llevando el enorme cesto, y ambas desaparecieron.

—¿Qué tendré?—pensaba, mirando á la casa de la joven.

Como los transeuntes empezaban á fijarse en él, se alejó, tomó un bote y dió la vuelta al lago; después comió en Enghien, y volvió á encontrarse en su habitación sin darse cuenta de cómo había vuelto.

Al día siguiente, sentado en la cama, con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, hubo de confesar que no había dormido en toda la noche y que, desde la víspera, no dejaba de pensar en Julia y en sus mohines. De manera que lo primero que hizo Mauricio en cuanto

se levantó fué marcharse á Enghien y dar vueltas á la casa donde había visto entrar á la joven.

Después de algunas horas de paciente acecho, Mauricio columbró por fin á quien anhelaba ver. Vestida con un peinador blanco de largos pliegues, bajó despacio la escalinata, atravesó el césped y se sentó en la tablilla de un columpio, donde permaneció inmóvil algunos minutos, meditando, al parecer, profundamente. Después se levantó, y, mordisqueando un tallito que acababa de cortar, empezó á pasearse tranquilamente por el jardín; Mauricio oyó el crujir de la arena bajo los pies de la joven y observó sorprendido que su corazón latía con insólita rapidez.

—¿Qué locura!—murmuró encogíendose de hombros.—¿Podrá uno enamorarse así de un día á otro?

La joven pasó por delante de él, alejose después y entró en la casa.

—Ella es—pensaba Mauricio mientras se marchaba conmovido.—La he vuelto á ver, y todo el día habría estado viéndola muy á gusto pasear por el jardín. ¡Qué suaves y tranquilos son sus movimientos! A nadie he visto andar como á ella; parece que teme espantar á las moscas que revolotean por el aire. ¡Qué hermosa está su cabellera desatada y revuelta! ¡Qué hermosamente extraña su sonrisa semi enojada!

Hasta la hora de dormir prosiguió Mauricio su conversación mental. Resumía, discutía, dialogaba, y el resultado de su monólogo fué volver á hallarse á la mañana siguiente delante de la verja del jardín.

Aquel día la vió armada de un gran par de tijeras, y ocupada en cortar flores que en segui-

da colocaba en una cesta puesta sobre un banco, á algunos pasos de Mauricio.

Este se enteró pronto de que habian notado su presencia, porque Julia volvía con frecuencia la cabeza hacia él, con ademán inquieto y sorprendido.

Mi indiscreción es imperdonable—decía Mauricio sin moverse.

Parecióle que la joven no tenía prisa por alejarse del banco y adornaba con gran lentitud la cesta, y que, en cambio, cuando tenía que alejarse buscando flores, las cortaba muy de prisa y volvía rápidamente.

Mauricio no se atrevía á alegrarse, pareciéndole una fatuidad indigna.

Por una vez, Julieta, con una rama de laurel rosa humedecida en la mano, se paró y miró á Mauricio fijamente. El desdichado creyó leer en la mirada su sentencia de muerte, y estaba resuelto á caer de rodillas pidiendo misericordia, cuando de pronto la joven tiró la rama á la empalizada y echó á correr. Mauricio pasó brusca-mente de la desesperación al júbilo. Cogió tembloroso la rama á través de la verja y la besó mojándose la cara de rocío.

En seguida se retiró á acostarse, resuelto á hablar al día siguiente á Julia.

Cuando llegó al jardín la vió sentada en un banco, de espaldas al camino, y admiró su hermoso pelo peinado al descuido y que dejaba al descubierto su blanca nuca. Envióle un beso, y abrió la boca para pronunciar suave y tiernamente el nombre de su amada, cuando le pareció que habia hablado sin saberlo, oyendo una voz cercana que decía:

—¡Julieta!

Casi en aquel momento, otra joven vestida

con peinador blanco adelantó por la alameda. Mauricio la miró airado, porque le contrariaba que se atreviera á vestirse como la que él amaba.

—Debe de ser su hermana, porque es también rubia y se le parece bastante. ¡Pero qué diferencia entre ambas! Esta es mucho menos hechicera que la otra. El mohín que tanto me gusta y tanta gracia le hace á aquella, parece en ésta una mueca. Julia tiene la nariz mucho mejor hecha; las rosas de las mejillas, en ésta parecen manzanas, y los *no me olvides* de sus ojos parecen pintados en porcelana.

—¡Te esperan para almorzar!—dijo la recién venida.

—Tiene la voz de Julieta, pero menos suave—pensó Mauricio.

Viólas alejarse, observando que el vestido de Julia ondulaba con más gracia que el de su hermana, pero cuando ambas se detuvieron lejos, ya no sabía distinguir las.

—Resueltamente—murmuraba al irse—estoy enamorado por completo.

De todos modos, y cada día más prendado, se devanaba los sesos para buscar un medio de ver á Julia y, sobre todo, de hablarle.

Nada se le ocurría y empezaba á desesperarse, hasta que una noche, hacia las ocho, cuando iba á acostarse buscando hermosos sueños, saltó de pronto á la mitad de la habitación, se puso un frac negro, brincó por la ventana y echó á correr hacia Enghien.

Tuvo una idea que le pareció inspiración del cielo. Iba al casino, porque habia raciocinado del modo siguiente:

—Aquí bailan todas las noches; á las jóvenes les gusta el baile, de modo que vendrá.

Era muy temprano y Mauricio no encontró en los salones más que á algunos señores calvos que leían periódicos. Se fué á las orillas del lago. Salía la luna, dando al agua brillantes reflejos, y el espectáculo le admiró. El paisaje, esfumado por los vapores, le pareció un ensueño de las mil y una noches, y parecieronle ángeles los isnes que envolvían su caseta.

—Me he vuelto poético—pensó.

Cuando volvió á los salones, se llenaban éstos, pero no estaba Julia. Ya se desanimaba Mauricio, pero de pronto oyó exclamar detrás de él:

—La señora y las señoritas Manivaux están ahí.

—¡Manivaux! ¡Féisimo nombre!—murmuró. Y al volverse vió á Julieta con su madre y su hermana.

Las tres andaban despacio, devolviendo á derecha é izquierda los saludos que les dirigían. Mauricio bendijo su buena suerte, que le había hecho venir al baile.

Cuando las vió sentadas, miró atentamente á la madre de Julia, procurando leer en su rostro la ternura ó dureza del corazón y averiguar si tenía alguna probabilidad de conmovérle.

Durante el examen sufrió una impresión dolorosa, propia de su naturaleza nerviosa y extremadamente sensible: fijándose pudo ver friamente en la cara de la señora Manivaux las facciones de Julieta enrojecidas, deformadas, pronunciadas y marchitas por el tiempo implacable.

—¡Así será un día!—pensó atemorizado.

Pero apartando ideas tan sombrías, invitó á Julia para un vals. Recibióle ella con dulce mirada, y le aceptó con una serria sonrisa de

inteligencia. Pronto la cogió Mauricio y se la llevó rápidamente estremecido de felicidad. Durante la primera mitad del vals, nada pudo decir; sentíase harto conmovido para hablar, parecíale mentira tener en brazos á aquella joven, acechada diariamente de lejos, soñada cada noche, sin haberle hablado jamás. Respiraba el perfume de su pelo, seguía el vaivén de su aliento y los latidos de su corazón. Temía que fuera demasiado apasionada ó demasiado sosa la primera frase que se le ocurriera, y se callaba.

Pero temiendo que se interpretara mal su silencio, y sintiendo, además, la necesidad de romperlo, se acordó de la rama de laurel rosa.

—Quería darle á usted las gracias—dijo en voz baja—y por eso he venido aquí, suponiendo que la vería.

—¿Gracias de qué?—le preguntó Julieta alzando hacia él sus ojos azules.

—Por la hermosa flor que me dió usted y que desde ayer me ha hecho feliz.

—¿Yo le he dado á usted una flor?—preguntó sonriente.

—¿No se acuerda usted?

—No; nada le di á usted; le tiré una cosa.

—¿Como se echa una limosna á un pobre?

—No; como se tira una piedra á un indiscreto, para alejarle.

—¿Y para hacerme huir me tiró usted una flor que había mordido? Allí vi la huellade sus dientes.

—Sí la mordí, debió ser de ira.

—Ya había yo adivinado que era usted cruel, viendo el hechicero mohín en esa boca. ¿De modo que ya no me dejará usted volverla á ver desde lejos?

—Paciencia he tenido durante una semana, pero Julia ya empezaba á fijarse en usted.

—¿Julia?

—Mi hermana.

Deplorable idea haberle puesto el nombre de Julia—gruñó interiormente el enamorado.

—Le he dicho, para defensa de usted, que debía de ser vecino, puesto que le había visto en el ómnibus y había bajado al mismo tiempo que yo.

¡Qué buena es usted cuando se acuerda de nuestro primer encuentro!

—Era en jueves, día en que voy al mercado...

Acabóse el vals. Mauricio llevó á Julieta á su sitio. Estuvo muy amable con la madre y balló con Julia.

Es raro—pensaba ballando con ella:—cuando no veo á Julieta se me figura que Julia se le parece mucho. Y, sin embargo, ésta está más bien fea con esa mueca que le levanta el labio. Tiene en el pelo el mismo perfume, pero ha echado de más; suave y delicado en los rizos de Julieta, me parece ahora violento y grosero.

—Ya tuve el gusto de ver á su hermana en el ómnibus—dijo, por decir algo.

—Sí, señor; ya me lo ha contado, era el día de ir ella al mercado.

—Las mismas palabras—pensó Mauricio.—Y, sin embargo, Julieta tiene muchísimo ingenio.

—El martes me toca ir á mí. Si hubiera usted ido en martes, me hubiera encontrado á mí.

Mauricio quiso decirle alguna galantería, pero no dijo más que sandeces. Afortunadamente cesó la música y no tuvo necesidad de acabar su frase. Entre tanto terminaba la reunión. Cuando la señora Manivaux y sus hijas

se retiraban, Mauricio las ayudó á buscar los abrigos y salió con ellas.

—¿No tienen ustedes miedo á que las asesinen, viviendo las tres solas?—preguntó.—Permítanme acompañarlas hasta su puerta, porque si las ocurriera algo, serian eternos mis remordimientos.

—No hay peligro alguno, pero aceptaremos agradecidas el amable ofrecimiento de su compañía—dijo la señora Manivaux saludándole sonriente.

Mauricio dió el brazo á la madre y echaron á andar, hablando de todo un poco.

Cuando llegaron á la casa, la señora Manivaux le dijo:

—Ya que es usted vecino nuestro, supongo que alguna vez vendrá á vernos. El domingo estamos siempre en casa.

—Tendré el honor de presentarme aquí el domingo que viene—dijo Mauricio haciéndole una reverencia, y pensó después: Esta señora es amable como toda madre que tiene hijas casaderas.

El domingo siguiente llamó á la puerta de la señora Manivaux con cierta emoción.

—La señora se está vistiendo—manifestó la criada,—pero las señoritas están en el jardín.

Y le abrió la cancela de la escalinata. Mauricio vió á las dos jóvenes bordando cerca de una mesita. Delante de ellas, y de pie, estaba una niña de trece años, vestida como las otras dos, y que volvía la espalda á Mauricio.

—¡Otra hermanita más!—exclamó éste mentalmente.

Acercóse; Julieta le sonrió, Julia le saludó y la pequeña le miró. Mauricio la miró también y observó que tenía el labio belfo.

—Lili, dale una silla á este caballero—dijo Julia.

—¿Está usted enfermo? Parece usted muy pálido—añadió Julieta.

En efecto, Mauricio estaba pálido y triste.

Procuró desprenderse de su tristeza, pero tenía el corazón en un puño.

—Bordan ustedes como hadas—dijo cogiendo la punta del bordado á Julieta.

—¿Le gusta á usted esta labor?—preguntó ésta. Y Julia dijo:

—Es un sillón; Julia borda el respaldo y yo el asiento; el respaldo es complicado.

—Yo hago los brazos—dijo Lili, colocándo su labor sobre la mesa.

—Me volvería yo loco con tanto punto y tanto hilo—prosiguió Mauricio con la muerte en el alma.

—Todo se arreglará—contestó Julieta.

—No es tan difícil como parece—añadió Julia.

—Yo le enseñaré á usted si quiere—concluyó Lili.

Mauricio miraba las manos de Julieta y así se tranquilizaba. Uno de los dedos de la joven estaba adornado con una sortija que tenía una esmeralda.

Si me la quisiera dar—pensaba—me la pondría yo en el meñique, si éste cupiera en ella. No; me la colgaría al cuello y la besaría al dormirme.

Pero mirando la mano de Julia vió brillar en ella otra esmeralda y otra en la de Lili. Ya se le quitaron los deseos de la sortija de Julieta.

De pronto, un colegial de ocho á nueve años, bajó ruidosamente la escalera, y se echó en brazos de las jóvenes, dándoles besos y lanzando gritos insoportables.

—¡Dios mío!—pensó Mauricio. ¡Un hermano! Se le conoce en la cara. Monstruoso es el chiquillo, con los ojos saltones, la nariz chata y el horrible morro! Seguramente el labio levantado no es tan gracioso como al principio me pareció; llegó á convertirse en grave defecto.

Julieta había alzado la mirada hacia Mauricio y la encaminaba hacia un instante, procurando adivinar la causa de la expresión dura y penosa que había desfigurado su rostro.

—¡Con tal que ese chiquillo no se llame Romeo!—pensaba Mauricio.

El colegial se había lanzado al columpio y se columpiaba con todas sus fuerzas, haciendo rechinar las anillas.

—¡No vayas á caerte, Julio!—gritó Lili.

—¡Julio!

Levantáronse todos y empezaron á pasear. Las alamedas estrechas permitían á Mauricio ir solo al lado de Julieta; las dos hermanas les seguían. Atrajo á Julieta hacia un banco, y la hizo sentar á su lado, diciéndole:

—Aquí arreglaba usted con tanto cuidado su cesto de flores. No perdía yo ni un movimiento de usted, que iba de un arbusto á otro ligera, fresca como las flores que cogía. Parecíame ver al hada de las brisas en mi dominio. Desde aquí me tiró usted una flor para echarme.

—¡Malo—le dijo ésta,—si se la di á usted!

—Permítame usted entonces devolverle tan dulce regalo—dijo Mauricio, feliz de nuevo.

Y cortando una rosa de te la clavó en el pelo de Julieta. Esta le dió las gracias sonriendo y mirándole dulcemente con sus ojos color de cielo.

—¿Cuando esté marchita, la guardará usted?—preguntó á media voz.

—Sí—contestó la joven bajando los ojos.

En aquel momento Julia y Lili, que sin duda los espían, se alejaron un momento y volvieron con rosas en el pelo. Julio había colocado una en su kepis de colegial.

Mauricio no pudo contener un movimiento de impaciencia. Arrancó la rosa que había colocado en los cabellos de Julieta, y la tiró al suelo.

La joven se levantó bruscamente con lágrimas en los ojos.

—¡Soy un bruto, un miserable!—gritó Mauricio tapándose la cara con las manos. Perdóname usted, que estoy loco. No puede usted comprender lo que padezco.

Recogió la flor y la besó.

—Déjeme usted que la guarde, porque ha tocado á su pelo.

Pero la joven, entristecida, se alejó sin responder.

Mauricio estaba desesperado; conocía que su conducta era absurda y ridícula y se preguntaba si tenía el cerebro sano. Se levantó para reunirse con Julieta y alcanzar su perdón. Pero la joven se había metido en casa. Encontró á la señora Manivaux, que bajaba la escalinata.

Mauricio se acercó á saludar á la señora, y ésta le dijo:

—Pido á usted mil perdones por haberle hecho esperar, pero supongo que mis hijas le habrán hecho á usted los honores.

Y mientras él balbuceaba frases triviales, le llevó hacia la casa y le hizo entrar en la sala. Ha sido usted muy amable viniendo á vernos—dijo á Mauricio ofreciéndole una silla.

—Mi amabilidad está llena de egoísmo—contestó con triste sonrisa—puesto que el gusto de ver á usted es el mío.

La conversación continuó algún tiempo en aquel tono. La señora Manivaux hacía esfuerzos vanos para darle mayor intimidad; Mauricio parecía complacerse en sostenerla en el terreno de la trivialidad.

Julia y Lili habían entrado en la sala.

—Tocad algo—les dijo su madre, que ya no sabía qué hacer.

Algo se hicieron rogar, pero al fin empezaron una sonata á cuatro manos.

Mauricio las escuchaba, mirándolas con el rabillo del ojo y con sonrisa falsa; no veía allí más que muchachas casaderas escasas de dote y atractivos. Ausente Julieta, le parecía que se diferenciaba poco de sus hermanas, y pensaba:

—¿Qué demonios hago yo aquí?

Terminada la sonata, Mauricio elogió á las jóvenes y se levantó para marcharse.

—Ya nos volveremos á ver—dijo la señora Manivaux tendiéndole la mano.—¿Estará usted aquí una temporada?

—No, señora; asuntos de importancia me llevarán á París antes de lo que yo quisiera, pero ya vendré á despedirme de ustedes.

En aquel momento entraba Julieta. Mauricio le dirigió la vista, y ante la palidez de la joven y la tristeza digna de su mirada, apretósele el corazón y sintió renacer su amor todo entero.

Alejóse, sin embargo, enviando á Julieta una mirada llena de arrepentimiento y de silenciosa súplica, pero ella pareció no verla.

De vuelta en su casa, sólo á ella veía, y sintió vivo dolor al pensar en marcharse y no volverla á ver.

—¿Por qué habré dicho que me marchaba? Está visto que soy un loco de atar—decía.

No probó bocado en la comida, y por la no-

che le sacaron de la cama el insomnio y la fiebre. Salió y anduvo dando vueltas á la casa de Julieta.

Una ventana del primer piso estaba abierta y se veían pasar sombras.

—Alguien hay enfermo—pensó Mauricio conmovido.

Al cabo de un momento abrieron bruscamente la ventana como para airear á una persona angustiada.

—Sufre—pensaba Mauricio—y me parece que es por culpa mía. Nuestros corazones se comprenden; bien sabe que la amo y parece responder á mi amor. Le he dado un disgusto estúpido y cruel y no merezco que me ame.

Continuó mirando con ansia á la ventana, con la esperanza de adivinar, por una casualidad, lo que pasaba allí dentro. De pronto, la idea de que podía ser Julio, enfermo de una indigestión, el que hubiera revuelto la casa, le pasó por la imaginación, y se encontró allí tan ridículo haciendo centinela, que se puso colorado. Poco duró aquel mal sentimiento; oyó algo como un sollozo, y con el corazón, más bien que con el oído, reconoció la voz de Julieta. Con irreflexivo movimiento iba á trepar á la ventana, cuando oyó pasos en la calle. Tuvo que estar quieto, y el nuevo día le obligó á marcharse. No se atrevió aquel día á presentarse en casa de la señora Manivaux y pasó muy mal la tarde.

Por la noche fué al casino, esperando saber algo. Dió varias vueltas por los salones, y cuando iba ya á retirarse, oyó decir detrás de él:

—Ahí vienen la señora Manivaux y su colegio.

—¡Su colegio! ¡Y qué verdad es!—se dijo Mauricio con irónica sonrisa.

Primero venía Julio, después Lili, luego Julieta, detrás la señora Manivaux. Todo el mundo les miraba, y sus ademanes parecían torpes.

Julieta no estaba con ellos.

Mauricio se ocultó detrás de los grupos, salió del casino, y corrió á casa de la joven, diciéndole entre sí:

—Puede que la vea.

La ventana del salón del piso bajo que daba á la calle estaba entreabierta, y la luz pasaba á través de las cortinas corridas; Mauricio dijo:

—Ahí está.

Acercóse con sigilo á la ventana, y mirando por la abertura de las cortinas vió á Julieta medio echada en un sillón, inmóvil, y con la frente en la mano. La luz de la lámpara, atenuada por un globo, la rodeaba de una claridad pálida y suave. Llevaba un peinador blanco; la cabellera rubia estaba atada al descuido, y profundo pesar parecía abrumarla.

Dejó caer la mano y Mauricio la vió llorar.

—¡Julieta!—gritó y se precipitó á la reja, cuyos barrotes sacudió con fuerza.

La joven había corrido á la ventana y apartó las cortinas; Mauricio quiso cogerle una mano, pero ella retrocedió.

—¡Está usted ahí!—dijo con alterada voz.

—Ruego á usted que no se vaya, dígame que me perdona.

—¿Qué tengo que perdonar?

—Julieta—contestó con gravedad,—no juguemos con el corazón, no ocultemos nuestros sentimientos bajo fingidas palabras; ya ha adivinado usted que la quiero con toda el alma. Tengo la audacia de creer que no le soy indife-

rente. Sin embargo, ayer la he disgustado, y el dolor y remordimiento que por ello siento me han castigado lo bastante. Dígame usted que me perdona y que me quiere un poco.

—¿Qué le importa á usted eso, si se marcha?

—No, Julieta, no me marchó. No sé qué diablo me inspiró la idea de decirlo. Estoy encadenado aquí, y, aunque quisiera, no podría irme.

Volvió al día siguiente y halló á toda la familia reunida. Le contaron que Julieta había estado bastante mal, pero que la enfermedad había cesado repentinamente la víspera por la noche. Cambió con la joven una sonrisa de inteligencia.

Mauricio se marchó temprano, sin notar la palidez y abatimiento de Julieta, silbando y con el corazón completamente frío.

En el casino encontró un médico, con el cual había entablado relaciones, y le dió conocimiento del singular estado de espíritu en que se hallaba. El médico le contestó:

—Tiene usted un principio de neurosis. Cambie usted de aires, viaje usted.

—¡Si pudiera viajar sólo con ella!—decía entre sí Mauricio.

Algunos días después, recibía Julieta la siguiente carta:

«Si no me quiere usted, dulce y amada Julieta, no lea esta carta, porque no le encontrará sentido; pero si experimenta hacia mí un átomo del sentimiento profundo y ardiente que usted me inspira, léala, en nombre del amor, hasta el fin y sin cólera. Extraño combate se da en mi alma. Usted lo ha entrevisto, pero sin comprenderlo del todo. Por eso ha sufrido usted, y á pesar de mis esfuerzos no puedo vencerme á mí mismo. Apenas me atrevó á confesárselo á us-

ted, pero su familia me inspira celosa aversión: No puedo ver á sus hermanas, porque se atreven á parecerse á usted; ni siquiera á su madre, que ha sido tan hermosa como usted: Me parece ver en ellas espejos imperfectos que deforman esa imagen. Mi sueño se turba, mi amor vacila. La belleza de usted se oscurece con las imperfecciones de los que la rodean, y si no huyera yo de ahí, mi amor perecería como en un aire asfixiante. Prefiero el padecimiento que se apodera de mí lejos de usted, á la absurda ironía que me hiela el corazón en su casa. Por fin, prefiero que mi amor me mate á que mi amor muera. No dude usted de la lealtad de mis sentimientos. Julieta, me atrevo á creer que querrá usted casarse conmigo. Pero, si me ama usted, deme una prueba de confianza. Venga usted á mi casa. Huremos lejos de aquí. Su madre consentirá en nuestro enlace y nos casaremos en el extranjero. Al escribir esto, no se me oculta lo insensato de mi súplica, pero, de todos modos, la espero á usted durante ocho días. Transcurridos estos, todo habrá acabado para mí. Soy un miserable loco. Tenga usted compasión de mi debilidad.»

Al leer esta carta, Julieta quedó asombrada, sin voz y sin conocimiento. Después se sonrojó de pronto, arrugó el papel con rabia y lo tiró lejos de sí.

Mauricio esperaba con dolorosa ansiedad, recobraba la razón poco á poco y comprendía lo indigno de su carácter. Veía que se habían cerrado para siempre las puertas de aquella casa hospitalaria, y quizá también el corazón de Julieta. Sin embargo, aguardaba.

De pronto sintió apoyarse una mano en su hombro, alzó la cabeza y vió á Julieta delante de él.

Por poco le sofoca la emoción; no pudo decir una palabra, pero se agarró al vestido de la joven como si hubiera temido verla alejarse.

Es usted un niño enfermo, Mauricio—le dijo, poniéndole la mano en la frente abrasada.—Ya le curaremos á usted.

Mauricio vió entonces á la señora de Manivaux junto á su hija, mirándole con dulce y benévola mirada y dispuesta á llorar ante el espectáculo de su dolor.

—Vea usted á donde llega la debilidad de una madre—prosiguió Julieta;—la mía ha leído la carta y no ha querido que yo le abandone á usted. Quería yo borrar su nombre de mi corazón y mi madre ha intercedido por usted, pero no ha perdonado aún; antes ha de merecer usted el perdón de la que ha ofendido gravemente y que, con su bondad, ya lo ha olvidado.

—¡Madre mía!—exclamó Mauricio lanzándose hacia la señora Manivaux, que le abrió los brazos llorando.

—¡Hijo mío—le dijo,—no se atormente usted más, venga usted con nosotros, yo le perdono! Y añadió bajito:

—Todas esas malas ideas se le pasarán á usted cuando tenga hijos que se le parezcan á Julieta.

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD

AD AUTÓNOMA DE
CIÓN GENERAL DE

TE
P
-C
C